P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

UNA MARAVILLOSA HISTORIA DE FE
BEATA ANA CATALINA EMMERICK

LIMA – PERÚ

UNA MARAVILLOSA HISTORIA DE FE
BEATA ANA CATALINA EMMERICK

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleto

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

La vida de la beata Ana Catalina Emmerick es una historia maravillosa que parece ser de otro mundo. Pero lo que vamos a referir en las siguientes páginas no es un cuento de hadas, sino una hermosa realidad que tuvo lugar en Alemania entre los años 1774-1824.

Su vida está llena de sufrimientos. Tuvo las llagas de Cristo y sufrió como víctima por la salvación de los demás y por las almas del purgatorio. Ella sentía la vocación de reparar ante Dios las ofensas de todos los hombres y asumía muchas veces los sufrimientos que otras personas debían soportar por sus enfermedades o pecados.

Tuvo dones extraordinarios como el de la *hierognosis* para poder reconocer con toda claridad las cosas benditas de las que no lo son. Distinguía las reliquias verdaderas de las falsas y "veía" detalladamente la vida de los santos a los que pertenecían. En este don sobresale de manera única y excepcional sobre otros santos.

También tuvo muchas visiones sobrenaturales sobre la vida de Cristo y de María. Durante tres años continuos no se alimentó más que de la comunión diaria. Y, durante muchos años, apenas comía unas cucharadas de caldo y un poco de agua, a pesar de estar sangrando frecuentemente de las llagas; lo que hace que su vida fuera un verdadero milagro permanente. Su don de bilocación fue en ella muy frecuente, yendo en espíritu a todas partes del mundo.

Todo ello nos lleva a reconocer en ella un testimonio viviente de la fe católica y cómo nuestra fe es verdadera hasta en los últimos detalles propuestos por la Iglesia. Podemos decir que su vida fue una historia de fe católica, vivida en plenitud.

REFERENCIAS

a las notas de pie de página

Sch se refiere al Vie, libro del padre Schmoeger en tres tomos en francés. *D'Anne Catherine Emmerick*, Paris, Librairie Tequi, 1950.
S al libro del padre Schmoeger, escrito en español, en un tomo: *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick*, Santander, 1979.
Akten a las Actas de la investigación eclesiástica en alemán.
Tagebuch Wesener al Diario del doctor Wesener en alemán.
Tagebuch Brentano al Diario de Clemente Brentano en alemán.
Positio a la Positio super virtutibus, en tres volúmenes, presentada para el Proceso de canonización a la Congregación de las causas de los santos. Dentro de la Positio está el **Summarium** (Sumario) **additivum** (añadido); el **Sumarium**, **parte 1** y **parte 2,** y la **informatio super virtutibus** (información sobre las virtudes).

CAPÍTULO PRIMERO
VIDA EN FAMILIA

1. AMBIENTE HISTÓRICO

La vida de Ana Catalina (1774-1824) se desarrolla en Westfalia (Alemania), y más concretamente en la región de Münster, en el poblado de Flamske, a tres kilómetros del Koesfeld, pequeña ciudad del obispado de Münster. Fue en esta ciudad de Münster donde, después de la guerra de los Treinta Años, se firmó la famosa paz de Westfalia en 1648, quedando establecido el principio *cuius regio eius et religio* (cada región debía tener la religión de su príncipe). La región de Münster fue siempre católica.

En 1790 la Revolución francesa con sus leyes antirreligiosas llegó a Alemania. Después de tomar las plazas fuertes de Spira y Maguncia, la Renania católica es anexionada a Francia y las tropas francesas se acercan a Colonia. Las iglesias y conventos son saqueados a su paso, y miles de católicos y sacerdotes son asesinados. Pronto llegarán también a la Westfalia católica donde se encuentra la región de Münster, en que vive nuestra Catalina.

En 1807 Napoleón Bonaparte, después de la batalla de Jena, se apoderó de la comarca, que formó parte del reino de Westfalia bajo el mando de Jerónimo Bonaparte. En 1810 fue anexionada al Imperio francés. En 1811 Napoleón decidió clausurar todas las instituciones eclesiásticas. Las religiosas del convento donde se encontraba nuestra santa tuvieron que abandonarlo e ir a vivir con sus familias o donde les dieran alojamiento. Ante la derrota de los franceses en la batalla de Waterloo en 1815, Prusia se anexionó esta región, por acuerdo del Congreso de Viena (1815).

Como Prusia era mayoritariamente protestante, los católicos de Westfalia, al igual que los de Renania, que también fueron anexionados, tuvieron que sufrir muchas dificultades y ser considerados como ciudadanos de segunda clase. Se les restringieron muchos de sus derechos como ciudadanos, pues se reglamentó con marcados criterios protestantes, imbuidos de materialismo y liberalismo, el acceso a las universidades, la tramitación de los matrimonios mixtos y otros asuntos de la vida pública. Estas leyes restrictivas llegaron a su culmen en 1870 con la Kulturkampf (lucha cultural). Todo lo cual también dificultó la introducción de la causa de beatificación de Ana Catalina.

Sin embargo, el entorno donde nació y creció nuestra santa fue primordialmente católico, de gente campesina sencilla, que vivía su fe sin grandes complicaciones.

2. SUS PADRES

Fueron sus padres Bernardo Emmerick y Ana Killers, quienes habían contraído matrimonio en 1766 y se habían establecido como sencillos campesinos en la aldea de Flamske, a media hora del pueblo de Koesfeld. Vivían en una casa de barro con techo de paja, en una pequeña granja que pertenecía a Gerhard Emmerick, familiar suyo. Trabajaban un pequeño terreno.

Su casa la compartían con otra familia. Eran pobres, pero no vivían en la miseria. Dios les concedió nueve hijos, de los cuales murieron cuatro. Ana Catalina era la quinta.

Su padre era sumamente recto y piadoso, de carácter severo y franco al mismo tiempo. Al ser pobre tenía que afanarse y trabajar duramente, pero no se angustiaba en cómo mantener a su familia, pues todas las cosas las ponía con filial confianza en las manos de Dios[1].

Ana Catalina recuerda: *Como mi padre trabajaba mucho, me acostumbró desde niña al trabajo. En invierno y en verano, al despuntar el día, yo salía al campo a buscar el caballo. Era una mala bestia que daba coces y mordía, y muchas veces huía de mi padre, pero se dejaba sujetar enseguida por mí y aún venía corriendo a mi encuentro. A veces, para que me llevase a casa, tenía que subirme a él saltando desde una piedra u otro lugar elevado. Solía entonces volver la cabeza para morderme, pero yo lo castigaba y no era menester hacer nada más. También me servía de él para transportar frutos y estiércol. Ahora no acierto a comprender cómo lo podía manejar entonces, siendo yo una niña tan frágil*[2].

Mi padre me llevaba muchas veces consigo al campo muy de mañana. Cuando salía el sol se quitaba el sombrero y rezaba y hablaba de Dios, que hace salir un sol tan hermoso para nosotros. Solía reprender el que la gente se quedase durmiendo en la cama después de salir el sol; pues, según él, de este mal hábito provenía la ruina, tanto para las personas como para las casas y los campos. Una vez le dije: "A mí no me puede suceder esto, pues el sol no da en mi cama". Mi padre repuso: "Aunque no lo veas, el sol, cuando sale, ve todas

[1] Sch, tomo I, p. 48.
[2] Tagebuch Brentano, 8, p. 6 del 19 de julio de 1819.

las cosas y brilla sobre todas ellas". Yo me quedé pensativa meditando sus palabras.

Cuando salíamos juntos, antes de amanecer, me decía mi padre: "Mira, todavía no ha pasado ningún hombre por aquí; nosotros somos los primeros. Si tú rezas con devoción, bendeciremos el país y los campos. Es muy hermoso salir cuando todavía nadie ha pisado el rocío; aún se nota en el campo la bendición de Dios; porque aún no se ha cometido en él ningún pecado, ni se ha dicho en él ninguna palabra mala. Cuando uno sale al campo y encuentra pisado el rocío, parece como si todo estuviese ya manchado y corrompido"[3]*.*

Aunque era de constitución débil y muy pequeña todavía, trabajaba con mis padres o con mis parientes en las rudas faenas del campo. Siempre tomaba parte en los trabajos más penosos. Recuerdo que una vez cargué yo sola en el carro, de un tirón, unos veinte haces de trigo, en menos tiempo de lo que hubiese tardado el más robusto trabajador. También trabajaba mucho segando y atando las mieses[4]*.*

Cuando tocaban a misa, mi padre se quitaba el sombrero y rezaba en silencio. Luego me invitaba: "Ahora, ¡sigamos la misa!" y, mientras trabajaba, me decía: "Ahora, el sacerdote hace esto, después hace aquello", y ambos rezábamos y nos santiguábamos. Luego solía cantar el versículo de un salmo o silbaba la melodía de un cántico y, mientras yo levantaba el rastrillo, me iba explicando: "La gente no deja de hablar de milagros y, sin embargo, vivimos constantemente de los milagros y de la gracia de Dios. ¡Mira el grano de trigo en la tierra! Está enterrado y, sin embargo, saldrá de él una gran espiga que dará el céntuplo. ¡Eso también es un gran milagro!"[5]*.*

El domingo, después de comer nos recordaba el sermón y lo hacía de un modo muy edificante. También nos leía un comentario sobre el Evangelio[6]*.*

Fue mi padre quien me enseñó a rezar y hacer la señal de la santa cruz. Me tomaba en brazos, me cerraba mi manecita derecha y me enseñaba a signarme con el dedo pulgar. Luego me abría la mano y me enseñaba a santiguarme. Muy pronto, cuando ya sabía la mitad del padrenuestro o algo menos, repetía muchas veces lo que sabía hasta que me parecía que había rezado tanto como si lo hubiera dicho entero[7]*.*

---

[3] Sch, tomo I, p. 49.
[4] Sch, tomo I, pp. 49-50.
[5] Tagebuch Brentano X, 8, p. 4 del 7 de abril de 1823.
[6] Sch, tomo I, p. 50.
[7] Sch, tomo I, pp. 16-17.

Fue también mi padre quien me enseñó a leer. Más tarde, al acercarse el momento de mi primera comunión, recibí algunas lecciones de un piadoso granjero de la vecindad que vivía en Alten Höven Hook. Era maestro de escuela y cobraba un groschen al mes por cada niño. Pero yo no asistí mucho a la escuela, porque tenía que hacer toda clase de cosas en casa[8].

Semejante a su padre en piedad y buenos sentimientos era su madre. Al tener que trabajar ruda y constantemente desde que se casó, se había vuelto seria y severa, pero su corazón siempre se conservó dulce y bondadoso para con todos. Cuanto más se debía afanar con su marido por procurar para ellos mismos y sus hijos el sustento necesario, tanto menos parecía inquietarse por el porvenir y tanto más lejos se mostraba descontenta de su penosa situación.

Respecto a ella Ana Catalina nos cuenta lo siguiente: *Las primeras lecciones de catecismo las aprendí de mi madre. Su dicho favorito era: "Señor, hágase tu voluntad y no la mía", "Señor, dame paciencia y aflígeme después". Estas palabras siempre las he conservado en mi memoria. Cuando jugaba con otros niños, decía mi madre: "Siempre que los niños se llevan bien al jugar unos con otros, los ángeles o el niño Jesús les acompañan". Esto lo creía yo al pie de la letra y no me causaba admiración; de tal manera que miraba con frecuencia al cielo para ver si venían pronto, y otras veces creía que estaban con nosotros. Para que no nos dejasen, nuestros juegos eran siempre inocentes y edificantes. Cuando tenía yo que ir a la iglesia en compañía de otros niños, iba delante o detrás de todos ellos para no tener que oír ni ver durante el camino ninguna cosa mala. Esto me lo había recomendado mi madre, y me exhortaba a que, mientras tanto, rezara ya unas oraciones, ya otras. Cuando me hacía la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho, decía yo interiormente: "Estas cruces son la llave para que no entre ninguna cosa mala en el pensamiento, ni en la boca, ni en el corazón. Sólo el niño Jesús debía tener la llave. Si sólo Él la tiene, todo irá bien"*[9].

Su padre Bernardo, aunque volviera muy cansado del trabajo de todo el día, nunca dejó de reunir a sus hijos al anochecer, y de exhortarlos a rezar por los caminantes, por los pobres soldados y por los obreros sin trabajo, enseñándoles algunas oraciones con este fin. Los días de carnaval les mandaba su madre rezar postrados en tierra, con los brazos extendidos, cuatro padrenuestros para que Dios defendiese la inocencia de los que en tales días son tentados a perderla.

8 Tagebuch Brentano X, 8, p. 2.
9 Sch, tomo I, pp. 50-52.

A veces su madre decía: *"Señor, como Tú quieras, no como yo quisiera"*. Y también*: "Señor, golpéame lo que quieras, pero dame paciencia". Y Ana Catalina añade: Esa fue mi primera Biblia y no la he olvidado*[10].

Su madre fue una mujer valiente y en ocasiones tuvo que enfrentarse a grandes dificultades, porque su esposo cayó enfermo y tenían dos hijos raquíticos[11].

Con Ana Catalina era severa. Nunca le dirigía un elogio por temor a halagar su amor propio, a diferencia de otros padres que alababan a sus hijos. Y dice Catalina: *Yo sufría convencida de ser la niña más mala del mundo. Y se me oprimía el corazón ante la idea de que yo era muy mala delante de Dios*[12].

De todos modos, sus padres, trabajadores y piadosos, le dieron una buena educación cristiana, que le sirvió mucho para el futuro. Toda su vida se distinguió por su carácter trabajador y alegre, y por entregarse totalmente al servicio de Dios y de los demás.

Ella amaba mucho a sus padres. Cuando su madre enfermó gravemente en el invierno de 1816-1817, ella hizo que la llevaran a su habitación de enferma en Dülmen para poder cuidarla con su hermana Gertrudis. Murió el 13 de marzo de 1817. Catalina oró mucho por ella y el mismo día de su muerte la vio subir al cielo.

3. INFANCIA

Nació Ana Catalina el 8 de septiembre de 1774, en la aldea de Flamske, a 3 kilómetros de Koesfeld. Según la costumbre de la época, recibió el mismo día el bautismo en la iglesia parroquial de Santiago, del pueblo de Koesfeld. Ella cuenta que el 8 de setiembre de 1821 vio en visión sobrenatural todos los detalles de su nacimiento y de su bautismo. Y lo cuenta así: *Hoy he visto en éxtasis mi nacimiento y bautismo en ese día tan señalado: estaba yo allí presente y me embargaban unos sentimientos singulares. Me sentía como un niño recién nacido en brazos de las mujeres que me llevaron a Koesfeld para ser bautizada. Me causaba vergüenza el verme tan pequeña y tan necesitada de auxilio y, sin embargo, ya tan vieja; pues todo lo que sentía entonces, como niña recién nacida, lo veía y lo conocía de nuevo en esta hora, pero mezclado con las*

[10] Tagebuch Brentano X, 8, p. 2.
[11] Akten, pp. 418-419.
[12] Akten, p. 83.

impresiones presentes. Entonces era muy frágil y no podía valerme. Las tres mujeres ancianas, que me llevaban a la iglesia, me resultaban antipáticas, al igual que la partera, no así mi madre, que me amamantaba. Veía todo lo que me rodeaba: la antigua granja donde vivíamos, y todo lo que allí había, tal como después no lo he vuelto a ver, porque muchas cosas han cambiado.

Veía con toda claridad el camino que conduce desde nuestra cabaña de Flamske hasta la parroquia de Santiago, en Koesfeld; y sentía y veía lo que pasaba a mi alrededor. Vi toda la santa ceremonia de mi bautismo, y mis ojos y mi corazón se abrieron de un modo admirable. Vi que cuando fui bautizada, estaban allí presentes el ángel de mi guarda y mis santas patronas santa Ana y santa Catalina. Vi a la Madre de Dios con el niño Jesús.

Y fui desposada con Jesús mediante la entrega de un anillo. Vi a todos mis predecesores, hasta el primero que de ellos fue bautizado y conocí, en una larga serie de símbolos, todos los peligros de mi vida futura. En medio de todo esto sentía la impresión singular que me causaban mis padrinos y parientes que estaban allí y las tres mujeres que me caían antipáticas. Vi a mis antepasados en una sucesión de imágenes que abarcaba muchas comarcas, hasta el primero que fue bautizado, en el siglo séptimo u octavo, el cual edificó una iglesia. Entre ellos había varias monjas, y dos de ellas fueron estigmatizadas, pero nadie se enteró de ello, y a un ermitaño, que había sido un hombre importante, padre de varios hijos y que finalmente se había retirado del mundo y vivido santamente.

Cuando al volver a casa desde la iglesia pasé por el cementerio, experimenté un vivo sentimiento del estado de las almas cuyos cuerpos reposan allí, esperando la resurrección. Entre ellos observé con respeto algunos cuerpos que brillaban y resplandecían notablemente[13].

Cuando tenía un año de edad un día me caí al suelo. Mi madre, que en esos momentos se encontraba en la iglesia de Koesfeld, tuvo un presentimiento de que algo me había acontecido, y presa de gran ansiedad volvió a casa. Por mucho tiempo no pude caminar; recién al tercer año de mi vida curé enteramente de mi mal; el muslo se había desarrollado bien, pero por haber sido excesivamente ligado con fajas quedó para siempre delgado.

A los tres años solía exclamar con todo mi corazón: "¡Oh Señor y Dios mío, haz que yo muera; porque los que crecen y se hacen grandes, te ofenden con muchos pecados!". Cuando salía de casa me decía: "¡Si cayese muerta aquí, delante de esta puerta, no podría ofender más a Dios!".

---

[13] Sch, tomo I, pp. 13-15.

Cuando tenía seis años hacía ya lo que hago ahora (confeccionaba ropa para los pobres). Sabía que tendría un hermanito; cómo lo supe no lo podría decir. Quería entonces darle a mi madre algunas cosas para el niño recién nacido, pero no sabía aún coser. El niño Jesús se me apareció y me enseñó y ayudó a hacer un gorrito y otras prendas para el niño. Mi madre quedó muy sorprendida de cómo yo había podido hacer tales trabajos. Recibió las prendas que le ofrecí y se sirvió de ellas.

Cuando comencé a cuidar las vacas, vino un niñito hacia mí e hizo que las vacas se cuidasen ellas mismas. Nosotros hablábamos juntos de cosas buenas, cómo queríamos servir a Dios y amar al niño Jesús, y cómo Dios lo ve todo. Yo me encontraba a menudo con ese niñito y nos entendíamos perfectamente. Cosía y hacía gorritas y medias para los niños pobres. Yo me sentía capaz de hacer todos los trabajos que quería y además tenía todo lo que necesitaba para esos trabajos: A veces venían también algunas monjas y se unían a nosotros, y siempre eran del convento de las Anunciatas. Lo más admirable era que yo creía y me comportaba como si todo lo hiciese por mí misma, cuando en realidad era aquel niñito quien lo hacía todo.

A mis compañeritos les decía: "Debemos pensar siempre que el niño Jesús está entre nosotros. No debemos hacer ninguna cosa mala; antes bien, debemos impedirla en cuanto nos sea posible. Si encontramos lazos tendidos para cazar liebres y trampas para pájaros, preparados por los muchachos, las sacaremos para que no sigan haciendo tales cosas. Debemos empezar a cambiar poco a poco este mundo para que la tierra se convierta en un paraíso"[14].

Cuando guardaba las vacas me venía a acompañar el niño san Juan Bautista. Yo le decía: "Juancito, el de la piel de camello, ven aquí conmigo". Él venía y se entretenía conmigo. Un día tuve una visión, en la cual vi toda su vida en el desierto. Conversaba familiarmente con él, y me iba enseñando con gran sencillez cómo imitar su inefable pureza y simplicidad con que tanto había complacido al Señor en todas sus acciones. Yo me hacía presente en su casa paterna y asistía a los maravillosos acontecimientos de su sagrada infancia junto a su santa familia. Tenía para con todas esas personas un afecto tan vivo y real, que las trataba con mucha más familiaridad y confianza que a mis propios parientes[15].

Ana Catalina, que era de constitución frágil, tenía unos grandes ojos azules y su cabello oscuro. Era de carácter impaciente y hasta testarudo, pronta a la cólera, pero generosa y muy cariñosa. El doctor Wesener, del que hablaremos

[14] Sch, tomo I, pp. 38-39.
[15] Sch, tomo I, p. 41.

ampliamente, dirá de ella en su *Diario*: *Era de constitución delicada y, cuando la conocí, aún mostraba las huellas indudables de un raquitismo que había padecido en sus primeros años... Desde pequeña pasaba muchas horas, a veces noches, orando arrodillada en la pradera. De niña tuvo allí los más hermosos sueños alegóricos y autenticas visiones de la vida de Cristo*[16].

Según todos los testigos del proceso de canonización: *De niña era muy educada, amable y piadosa. Prefería ir a la iglesia que tomar parte en las diversiones con otros niños. Una de sus amigas dirá de ella: "Nunca la oí hablar de otros. Sus conversaciones trataban de la Biblia, de los santos y de las verdades de la fe, evitando las conversaciones mundanas. Pero no era carácter triste, sino todo lo contrario, muy agradable con todos y tenía buen corazón"*[17].

Respecto a su vida de unión con Dios, la misma Ana Catalina nos dice: *De pequeña con apenas tres años, yo sentía una viva inclinación a tratar con Dios y a servirlo. A los seis o siete años solía recogerme en oración y en ello encontraba un gozo extraordinario*[18].

Así lo asegura también en el Proceso su hermano Jan Bernd: *Ella dedicaba mucho tiempo a la oración. Cuando nosotros nos íbamos a dormir, ella muchas veces seguía en vela, leyendo un libro o rezando; la mayoría de las veces de rodillas y con los brazos en cruz. Rezaba también mientras trabajaba*[19].

Ella nos asegura: *Cuando tenía seis o siete años pensaba mucho en los sufrimientos de Jesús... Veneraba especialmente la llaga del costado, porque había oído decir que Jesús tenía esa llaga, la más dolorosa de todas*[20].

A los siete años hizo su primera confesión. Creyendo haber cometido un pecado mortal lloró amargamente en el confesionario y al sacerdote le costó trabajo calmarla. Su pecado no era otro que haberse peleado con otro niño[21].

Otro pecado del que tuvo que confesarse fue que, una vez, se propuso pasar por delante de una aldeana sin saludarla, porque ésta había hablado con poco respeto a sus padres. Así lo hizo, aunque con trabajo, pero se arrepintió tanto de ello que fue a pedirle perdón a la interesada y en su primera confesión se

---

16 Tagebuch Wesener, p. 245.
17 Akten, p. 205.
18 Akten, p. 44.
19 Akten, p. 206.
20 Akten, p. 41.
21 Akten, p. 81.

acusó de ello con gran arrepentimiento[22]. Otro pecado que confesó fue haber desobedecido a sus padres por quedarse a orar y leer por la noche.

A los ocho años, aunque ya sabía leer, porque le había enseñado su padre, fue a la escuela, donde aprendió algo de escritura, cálculo y algunas oraciones.

Clara Söntgen certificó en el Proceso: *En la escuela ella sobresalía por su inteligencia de los otros niños. El maestro llegó a decir a sus padres que ella siempre sabía responder bien a las preguntas que le hacía. Ella sólo asistió a la escuela durante cuatro meses. El resto lo aprendió mientras guardaba el ganado y en sus horas libres. Mientras que los otros niños se dedicaban a jugar, ella se retiraba a un rincón y leía un libro. Cuando por la noche todos dormían, ella iba a ocultas a la sala común para leer libros espirituales. Más de una vez, sus padres se levantaron y le ordenaron ir a dormir*[23].

Otro aspecto importante de su vida fue el encanto que sentía por la naturaleza, por su carácter alegre y jovial.

Cuando se encontraba sola en el campo o en el bosque, llamaba a las aves y cantaba con ellas alabanzas al Señor, y acariciaba a los pajarillos que se posaban confiados en sus brazos y en sus hombros. Si por ventura encontraba algún nido, su corazón palpitaba de gozo y decía a los polluelos las más tiernas palabras. Conocía los lugares donde brotaban las primeras flores en la primavera, y con ellas tejía guirnaldas a la Virgen María y al niño Jesús. Así como los niños gustan ordinariamente de ver libros de estampas y prefieren las flores y animales pintados en ellos a los que viven en los campos, así a los ojos de Ana Catalina las criaturas eran las imágenes en donde contemplaba y admiraba con alegría la sabiduría y bondad de Dios[24].

Era de admirar el espíritu de sacrificio que tenía desde muy niña. Llevaba cuerdas atadas a la cintura y vestía una camisa interior de áspera tela[25]. Pero, sobre todo, destacaba en su deseo de ayudar y hacer el bien a los demás. Dice ella misma:

Desde niña oraba yo menos por mí misma que por los demás, para que no cometieran pecado y no se perdiera ningún alma. Todo se lo pedía a Dios y cuanto más Dios me concedía, más le pedía y nunca me cansaba de pedirle. Era

---

22 Sch, tomo I, p. 58.
23 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 431.
24 Sch, tomo I, p. 58.
25 Positio, tomo II, parte 2, p. 191.

yo muy atrevida en su presencia, pues estaba persuadida de que siendo Señor de todas las cosas, mira con buenos ojos lo que le pidamos con recta intención.

Siendo todavía muy pequeña, tenía que vendar las heridas a los vecinos, porque lo hacía con más cuidado y suavidad. Cuando veía alguna llaga, decía para mis adentros: "Si la oprimo, le dolerá mucho; pero debe salir el pus". Y tuve la idea de chupar las llagas, y se curaban. Nadie me ha enseñado esto; me lo ha sugerido el deseo que tenía de que se curasen. Al principio sentía asco; pero este mismo asco me movió a vencerlo, porque es señal de falsa compasión. Cuando vencía pronto el asco, experimentaba una gran alegría; me acordaba entonces de nuestro Señor Jesucristo, que así obró por la salud de todos[26].

Había un niño que tenía muy malas costumbres y cometía muchas faltas. Ella rezaba para que se corrigiera y se impuso hacer penitencia por él. Cuando años después le preguntaron que explicara por qué desde su más tierna infancia ella había hecho semejantes cosas, ella dijo: *No puedo decir quién me lo enseñó, pero yo lo hacía porque sentía compasión de mi prójimo. Yo siempre he sentido que todos formamos un solo Cuerpo en Cristo y que el mal del prójimo me hacía daño a mí como si fuera un dedo de mi mano. Desde muy pequeña yo pedía para mí las enfermedades de los otros. Y pensaba que Dios me enviaba los sufrimientos por alguna razón particular y que tenía algo que pagar*[27].

En una ocasión mi madre estaba en cama con erisipela en la cara. Yo estaba sola junto a ella y me sentía triste de verla así. Me arrodillé en un rincón y le rogué a Dios con fervor. Yo sentí un fuerte dolor de dientes y toda mi cara se inflamó. Cuando todos regresaron a casa mi madre ya había mejorado y yo no tardé mucho en curar[28].

Algunos años después yo tenía fuertes dolores. Mis padres estaban enfermos. Me arrodillé junto a su cama y rogué a Dios por ellos. Yo me vi con mis manos juntas por encima de ellos y me sentí impulsada a orar por ellos para que se curaran[29].

Como vemos, su alma resplandecía del amor que Dios le infundía en la oración. Ella dice a este respecto: *Mi oración consistía habitualmente en un dialogo con Dios. Yo le hablaba como un hijo a su padre*[30]*. Era muy raro que pidiera a Dios alguna cosa para mí. Mis intenciones eran la conversión de los*

[26] Sch, tomo I, p. 55.
[27] Sch, tomo I, p. 23.
[28] Ibídem.
[29] Ibídem.
[30] Akten, p. 49.

pecadores y la salida de las almas del purgatorio[31]. Y cuando cometía alguna falta, acudía a la intercesión de la Virgen María y le decía: *"¡Oh Madre de mi Salvador, eres doblemente mi madre! Tu Hijo, el Verbo Encarnado, te entregó a mí como madre cuando le dijo a Juan: "Ahí tienes a tu madre"; y yo estoy unida a tu Hijo. Pero le he desobedecido y estoy tan avergonzada que no me atrevo a presentarme delante de Él. Ten piedad de mí. Pídele que me perdone, pues es siempre tan bueno el corazón de una madre, que a ti no te lo negará*[32].

4. PRIMERA COMUNIÓN

El diablo no veía con buenos ojos tanta alegría y tanta bondad en una criatura humana. Por eso, en la época en que se preparaba para hacer su primera comunión, sufrió toda clase de tentaciones y ataques por parte del diablo. Parecía que alguien hubiera tratado de ahogarla con su almohada o como si alguna cosa viva y pesada cayera de golpe sobre su pecho[33].

Por su puesto que el diablo ya se le había manifestado de varias maneras mucho tiempo antes, pero ahora se le manifestaba más claramente, tratando de alejarla de Dios y de su vocación.

Hizo su primera comunión a los doce años, probablemente el día de san Ludgero, patrón de la diócesis, como era costumbre en aquel tiempo, en el tercer domingo de Pascua. Ella contó que *no le hizo muchas peticiones. Simplemente pidió al Señor que hiciera de ella una niña buena y que fuera digna de su amor. Luego rezó también por sus padres*[34].

A partir de ese día, la Eucaristía se convirtió en el centro de su vida y de su amor. Su mayor alegría, después de su primera comunión, era ir los domingos a confesar y comulgar. Cuando se sucedían varias fiestas, el confesor le daba permiso para comulgar todos los días. Los tres días del triduo pascual no comía nada hasta el día de Pascua a mediodía. Esto no le resultaba penoso y podía hacer los trabajos más duros a pesar del ayuno[35].

Los frutos de su primera comunión se dejaron ver en un mayor deseo de mortificación y de amor a Jesús, sirviendo y ayudando a los demás. Cuando iba a la iglesia, se concentraba en el sagrario como si viese a Jesús. En esto le ayudaba

---

31 Akten, p. 300.
32 Akten, p. 103.
33 Akten, p. 44.
34 Akten, p. 81.
35 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 432.

su ángel custodio, ya que nunca *entró en la casa de Dios sin ser acompañada por su ángel, en cuya adoración a Jesús sacramentado, encontraba el modelo de respeto con que debía acercarse a Él… Con filial confianza hablaba con Jesús sacramentado y le cantaba en las festividades los himnos de la Iglesia. Pero, como no podía permanecer en el templo tanto tiempo como deseaba, se le iba sin darse cuenta su mirada por la noche hacia donde ella sabía que se encontraba el sagrario de la iglesia...Y, cuando llegaba la hora de recibirlo sacramentalmente, todo le parecía poco para prepararse y recibirlo lo más dignamente posible*[36].

Dividía el tiempo desde una comunión a otra, dedicando la primera parte a dar gracias por la comunión recibida, y la segunda para la preparación de la siguiente. Invitaba a todos los santos a unirse conmigo para dar gracias y rezar a Dios, y suplicaba al Señor que me ayudara a disponer mi corazón para lo que le fuera más agradable[37].

A veces Jesús se le aparecía como un niño en la hostia consagrada para alegrarla y encenderla más y más en su sed de amar y sufrir por los demás.

5. DE SIRVIENTA

Después de su primera comunión sus padres la colocaron de sirvienta en la casa del rico propietario en cuya granja trabajaba su padre y que era de la familia. Ella conocía la casa muy bien, pues desde niña había ido a jugar con los niños que vivían en ella o a prestar pequeños servicios. Según se afirma en el Proceso: *Su padre y su madre quisieron que permaneciese allí el mayor tiempo posible, para que viviese más en sociedad, porque no veían con buenos ojos sus ansias de soledad. Durante tres años tuvo que vivir en dicha casa con tales parientes, incluso para dormir*[38].

Durante estos tres años, de los doce a los quince, irá madurando espiritualmente y corrigiendo sus defectos. La propietaria, Elisabeth Emmerick, llegó a afirmar: *Nunca tuve nada que reprocharle y todos nos entendimos muy bien con ella*[39].

Los domingos acostumbraba a hacer el Vía crucis desde Flamske hasta la santa Cruz de Koesfeld con los pies descalzos, sola o acompañada por alguna amiga. Esta santa Cruz de Koesfeld estaba en la iglesia de san Lamberto y era del

---

36 Sch, tomo I, p. 68.
37 Akten, p. 95.
38 Akten, p. 94.
39 Akten, pp. 208-209.

siglo XIII. Los fieles le tenían mucha devoción y la veneraban con gran solemnidad el Viernes Santo. Era de madera tallada, de tamaño casi natural y con un Cristo de un realismo sobrecogedor. Su madre le había enseñado a hacer los domingos el recorrido del Vía crucis en las 18 estaciones, construidas entre los años 1650 y 1655, que estaban distribuidos a lo largo del camino entre Flamske y Koesfeld.

Clara Söntgen afirma que muchas veces los jóvenes se dirigían a ella, le abrían su corazón y le pedían consejo. Los domingos los convencía para acompañarla en el Vía crucis que ella comentaba en alta voz. Ella se levantaba frecuentemente por la noche a ocultas. Y, cuando encontraba la puerta de su casa cerrada, saltaba el muro[40].

Una noche su pariente el granjero la vio salir y, preocupado por lo que pudiese pasarle, la siguió con uno de sus criados sin que ella se diese cuenta. La vieron hacer todo el Vía crucis hasta Koesfeld y regresar antes del amanecer. Quedaron conmovidos por su piedad. Tal es así que el dueño le propuso levantarse más tarde que los demás para que pudiera descansar un poco. Ella rehusó la invitación y le agradeció que no le prohibiera seguir con sus prácticas religiosas. No tenía miedo de ir sola por el camino, ni de lo que pudiese hacerla el demonio, porque iba bien acompañada de su ángel custodio.

6. DE COSTURERA

A sus quince años sus padres la reclaman. Su madre necesita que la ayude en casa, por lo que le permite que durante el día vaya todavía a trabajar a la granja, pero al atardecer debe volver a su casa. Ella empezó a sentir deseos de hacerse religiosa, pero su madre *hizo todo lo posible para disuadirla, haciéndole ver la dureza del estado religioso, especialmente para ella, hija de un pobre campesino*[41]. Sus padres ven con buenos ojos que algunos jóvenes se fijen en ella y revoloteen a su alrededor; y le obligan a que salga a divertirse con sus compañeras.

Ana Cataliza refiere sobre esto lo siguiente: *Una vez quiso mi hermano mayor que le acompañase al baile. Como yo me negara resueltamente a complacerle, se disgustó mucho y se enfureció conmigo, saliendo de casa muy disgustado. Pero pronto volvió y, postrándose de rodillas delante de mí, me pidió*

---

[40] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 194.
[41] Tagebuch Wesener, p. 120.

perdón en presencia de mis padres. Fue la primera y la última vez que discutimos.

Una vez condescendí llevada por una falsa compasión y dejé que me llevaran al baile, pero sentí tanta tristeza que anduve medio desesperada durante todo el rato que duró. Ciertamente mi espíritu estaba muy lejos de allí, pues me parecía que estaba en el infierno; y sentía tanta turbación y tormento que ansiaba salir de allí. Sin embargo no me fui, temiendo que no conviniera irme, pues si me marchaba iba a llamar la atención, por lo que permanecí allí todavía largo tiempo. Me parecía entonces como si me llamara desde afuera mi celestial esposo y que yo huía de Él. Mirando a mi alrededor, lo hallé bajo unos árboles triste y airado, con el rostro desfigurado y cubierto de sangre: "¡Qué infiel eres! ¡Cuánta amargura me causas! ¡Qué mal me tratas! ¿No me conoces ya?". Yo le pedí perdón y me di cuenta de lo que debía hacer para evitar que se siguiese pecando. Debía de arrodillarme en un rincón y orar con los brazos en cruz o ir al lugar donde podía impedir que se siguiesen cometiendo.

Otra vez en que fui a otra diversión, sentí que una gran fuerza que me inducía a alejarme de aquel lugar, tanto mayor cuanto más empeño ponían mis compañeros en retenerme. Tuve que alejarme de allí, pues me parecía como si la tierra quisiera tragarme. Me encontraba totalmente turbada. Apenas había atravesado las puertas de la ciudad y tornado al camino que conduce a mi casa, se llegó a mí una maravillosa mujer, y me dijo muy afectada: "¿Qué has hecho? ¿Qué vida es esa? ¡Te has desposado con mi Hijo!". Luego vi a su Hijo con el rostro desfigurado y triste, y sus censuras me partían el corazón, pues yo había estado en tan mala compañía, mientras que Él me esperaba sufriendo. Lloré y creí morirme de dolor, y rogué a su madre que intercediera para que me perdonase, prometiéndole no volver a ser jamás tan condescendiente. Y ella en efecto intercedió por mí, y fui perdonada. Prometí una vez más no concurrir a tales reuniones. Entonces ellos me dejaron, después de haberme acompañado largo trecho. Yo estaba en mis cinco sentidos, y ellos hablaron conmigo como pudiera haber hablado cualquier persona viva.Me sentía enormemente alterada y anduve hasta casa llorando a gritos. A la mañana siguiente, me reprendieron por haberme vuelto sola.

Finalmente hallé la paz. Llegó a manos de mi padre un librito en el cual leyó que los padres no deben llevar a sus hijos a semejantes diversiones. Fue tanta su aflicción al darse cuenta de lo que había hecho, que lloró amargamente, diciendo: "Dios bien sabe que obré con buena intención, pues pensaba que lo que hacía estaba bien". Yo misma hube de consolarle lo mejor que pude[42].

[42] Sch, tomo I, pp. 119-121.

De todos modos, como ella quería a toda costa hacer la voluntad de Dios, comenzó a pedir al Señor que *le quitara la repulsión que sentía por el matrimonio, si era su voluntad que se casara. Sin embargo, su deseo de entrar en el convento se hizo aún más vehemente*[43].

El tiempo que estuvo en su casa después de haber sido sirvienta fue poco. Sus padres pensaron en su futuro y la enviaron a Koesfeld de aprendiz de costurera, al taller de Elisabeth Krabbe. Estaba con ella de lunes a viernes, y los sábados y domingos regresaba a casa a realizar las labores domésticas.

Dios le dio tan gran habilidad, que hacía todas las labores, aún las más difíciles, sin prestar atención al trabajo. Sus manos trabajaban, como dirigidas por el ángel con firmeza y seguridad, pero sus ojos se elevaban por encima de las cosas del mundo. Al principio se acercaba con temor a la mesa de la costura, porque sabía que no podría librarse de las imágenes que arrebataban su espíritu, y no quería llamar la atención de los que la rodeaban. Pronto sus súplicas en demanda de auxilio fueron escuchadas, y el ángel puso en su boca las palabras que había de responder cuando era súbitamente interrogada, y dirigía sus manos para que no dejase de hacer su labor.

Pronto Ana Catalina se habituó a trabajar de esta manera, de forma que hasta el final de su vida pudo pasar sus noches de sufrimiento, no sólo en oración y completa actividad espiritual, sino cosiendo para los niños pobres y para los enfermos, sin necesidad de fijar en el trabajo los ojos ni la atención de su espíritu[44].

Al cabo de dos años, más o menos, enfermó y tuvo que regresar a su casa. Cuando se recuperó sus padres la enviaron de nuevo a Koesfeld, para que se adiestrase más como costurera y allí estuvo otros tres años.

A sus 18 años recibió la Confirmación de manos del Vicario general de Münster, Von Droste. Y así nos lo cuenta Ana Catalina: *Nos dirigimos a Koesfeld los que íbamos a ser confirmados. Antes de acercarnos al obispo, estaba yo con mis compañeras a la puerta de la iglesia. Estaba muy emocionada por participar de tal acontecimiento, y veía a los que salían de la iglesia transformados interiormente, aunque en diferentes grados, y señalados exteriormente con el carácter indeleble del sacramento. Cuando entré en la iglesia, vi al obispo que resplandecía intensamente. Estaba rodeado por un*

[43] Akten, p. 89.
[44] Sch, tomo I, p. 112.

ejercito de los poderes celestiales. El óleo de la unción brillaba con gran fulgor, y la frente de los confirmados irradiaba luz. En el momento de ser ungida sentí un fuego que penetraba por mi frente y me llegaba al corazón, y me sentí fortalecida. Después he visto varias veces al obispo auxiliar normalmente, de forma que apenas lo he reconocido.

Cuán grandes y variados fueron en Ana Catalina los efectos de la Confirmación, échase de ver en su misma declaración, según la cual, desde aquel momento le fue imposible ver los pecados del prójimo, bien sea por medio de la contemplación o de forma natural, sin ofrecerse a Dios como víctima expiatoria. Así lo confesó a su director Overberg: "Desde que fui confirmada nunca dejé de pedir a Dios que castigara en mí todas las culpas que Él me mostraba o que yo misma veía"[45].

En los últimos tres años que estuvo en Koesfeld aprendiendo costura, de los 17 a los 20 años, tuvo su noche oscura. Los ejercicios religiosos que antes realizaba con gran alegría, le resultaban tan aburridos que debía hacer mucho esfuerzo para cumplirlos. Pero continuó haciéndolos, no obstante, pensaba que no podía comulgar con tanta frecuencia. Durante estos tres años tuvo tentaciones terribles de vanidad y de buscar la compañía de otros jóvenes[46].

A los 20 años regresó a su casa. Su padre le preparó una habitación para el trabajo de costura y ella trabajaba como costurera itinerante por las granjas y las aldeas de la zona. Gracias a su dulzura y responsabilidad logró pronto tener bastantes clientes. Tenía tanto trabajo que tomó a una joven de aprendiz para que la ayudase. Se llamaba María Feldmann y tenía 14 años. Estuvo trabajando con ella durante tres años. Esta joven nos dice por propia experiencia:

Yo estaba muy unida a ella, porque era una persona piadosa y temerosa de Dios; y porque me enseñó su oficio con paciencia, a pesar de que yo era extremadamente lenta. Ya estaba en pie cuando yo me levantaba, y me la encontraba rezando. Y por la noche, mientras yo me quedaba dormida, seguía rezando de rodillas y con los brazos en cruz. Llevaba una camisa de tela recia, y el viernes no comía ni bebía hasta el mediodía. Me decía que uno se puede mortificar simplemente absteniéndose de comer un plato que le gusta mucho. Frecuentemente descubrí bajo las sábanas de su cama unos pedazos de madera que disponía en forma de cruz y sobre los que dormía. Huía de la sociedad, cuando iba a trabajar de granja en granja no deseaba más compañía que la mía, y jamás hablaba de los demás. Me enseñó a no hablar mal de los demás, incluso

---

[45] Sch, tomo I, pp. 126-128.
[46] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 189.

cuando estuviera ofendida, sino, al contrario, a hacerles el bien. Daba todo lo que ganaba a los necesitados, así que no tenía casi nada. Raramente llevaba dinero, pues lo distribuía inmediatamente[47].

Y no olvidemos que a todos los pobres que encontraba y a sus mismos clientes les hablaba siempre de Dios y les refería muchas cosas edificantes que había leído o conocía por sus visiones. Después de cinco años trabajando de forma independiente como costurera, a sus 25 años había conseguido hacer siete u ocho piezas de tela de lino de un valor de unos 25 táleros, pensando que así podrían recibirla en algún convento.

CAPÍTULO SEGUNDO
VIDA RELIGIOSA

1. DESEO DE VIDA RELIGIOSA

Ya desde muy niña había sentido el deseo de ser religiosa como ella misma lo refiere: *Había hecho mi padre el voto de regalar todos los años un ternero cebado al convento de la Anunciación de Koesfeld. Cuando llevaba el regalo, solía ir yo con él. En el convento las monjas me hacían sencillas bromas. Me ponían en el torno y le daban vuelta hacia dentro para que me divirtiera; luego lo volvían hacía fuera preguntándome en broma si quería quedarme con ellas. Siempre les respondía que sí y nunca quería salir del convento. Entonces me decían ellas: "La próxima vez que vengas, te quedarás con nosotras". A pesar de ser muy niña cobré mucha afición a este convento, en el cual notaba mucho fervor. Cuando oía la campana de la iglesia del convento me ponía en oración, intentando unirme espiritualmente a la oración de tan piadosas monjas. De esta suerte entré en íntima relación con el monasterio de la Anunciación*[48].

A sus 16 años de edad un día le ocurrió un suceso que la confirmó en su deseo de ser religiosa. *Serían como las tres de la tarde cuando, hallándose trabajando en el campo con sus padres y hermanos, tocaron a vísperas las campanas del convento de la Anunciación de Koesfeld. Otras muchas veces las había oído, cuando había viento favorable, pero esta vez se sintió poseída de tan maravilloso anhelo de entrar en el convento que estuvo a punto de caer desmayada. Le parecía como si oyera una voz que le decía: "Entra en el*

[47] Akten, pp. 207-208.
[48] Sch, tomo I, p. 99.

convento suceda lo que suceda". No pudo trabajar más, y fue preciso que la llevaran a la casa.

Ella misma declara: *Desde aquella hora me puse enferma; vomitaba con mucha frecuencia y estaba muy triste. Como andaba tan inquieta mi madre me preguntó qué tenía. Yo le declaré terminantemente que quería entrar en un convento. Mucho le desagradó mi resolución a mi madre, argumentando que cómo quería entrar en un convento no teniendo bienes y estando además delicada de salud. Luego fue a quejarse a mi padre y ambos trataron de quitarme por todos los medios la idea de ser religiosa. Me describieron la vida del claustro como una cosa sumamente difícil para mí, y me dijeron que las monjas me rechazarían por ser una pobre labradora. Pero yo respondí: "Aunque nada tengo, Dios es poderoso y lo llevará a cabo". La negativa de mis padres me llegó tan a lo vivo que mi enfermedad se agravó y hube de quedarme en cama*[49].

Cuando tenía 25 años, su petición de entrar en el convento fue rechazada en las agustinas de Borken y en las clarisas de Münster, pero estas últimas le dijeron que, como no tenía dote y necesitaban una organista, podrían recibirla si aprendía a tocar. Con esta intención se fue a vivir a Koesfeld, a casa del organista Söntgen. Este buen hombre era viudo y tenía una hija, Clara, diez años menor que Catalina. Ambas dormían juntas y llegaron a hacerse muy buenas amigas. Ana Catalina, que poseía algunas piezas de lino y que pensaba entregarlas al convento como dote, las vendió todas para calmar la pobreza de esta familia.

El doctor Wesener escribe en su *Diario*: *En casa del organista era tal la pobreza material con que vivían que estaban muy angustiados, por lo que ella trató con todas sus fuerzas de remediar y aliviar su situación, tanto material como espiritualmente. Y las hermosas piezas de lino que guardaba para su dote sirvieron para calmar el hambre de todos y enjugar las deudas que los acreedores reclamaban insistentemente*[50].

Clara Söntgen, contagiada por Catalina, siente también deseos de entregarse totalmente al servicio de Dios y ambas buscan un convento para entrar. Ana Catalina estuvo en casa de los Söntgen durante tres largos años, haciendo todas las tareas de la casa y sin recibir ningún sueldo, a pesar de que las clases de música fueron pocas y apenas aprendió nada. Ella nos dice: *Nunca llegué a tocar el órgano. Yo era la sirvienta y no pude aprender porque apenas paraba en la casa, pues buscaba la manera de ayudar a los que tantos trabajos*

[49] Sch, tomo I, p. 104.
[50] Tagebuch Wesener, p. 246.

y miserias padecían. Servía como criada, hacía todas las cosas y daba todo lo mío… ¡Cómo aprendí a pasar hambre! Muchas veces pasaron ocho días sin ver el pan. Nadie les fiaba ni a un valor de siete cuartos. Todo lo que había ganado cosiendo voló, y llegué a pasar hambre. Di hasta mi última camisa. Mi buena madre se compadeció de mí y me llevaba huevos, manteca, pan y leche, con lo cual vivíamos. En cierta ocasión me dijo: "No sabes la aflicción que nos causas queriendo a toda costa irte al convento. Cuando miro el lugar que ocupabas en casa, se me parte el corazón, pues eres mi hija". Yo le respondí: "Dios os lo pague, madre mía, que yo nada tengo con qué pagároslo. Pero es voluntad de Dios que sean alimentados los pobres por mi medio. Ahora Dios proveerá. Todo se lo he dado y Él sabrá ayudarnos a todos". Y mi madre se volvía contenta. Muchas veces pensaba yo: "¿Cómo podré entrar en un convento, si no tengo nada, y todas las cosas se ponen en contra mía?". Pero después, dirigiéndome a Dios le decía: "Yo no sé valerme; mas Tú que has suscitado en mí este deseo, le darás cumplimiento"[51].

Finalmente en el año 1801, a los 27 años de edad, las trapenses del convento Nuestra Señora de la Fidelidad, emplazado en Rosenthal, cerca de Darfeld, la quisieron recibir. Pero sólo permaneció unas pocas semanas. Según el libro de Crónicas de la Comunidad, la Madre Priora consideró que las vías extraordinarias de la sencilla campesina podían perturbar a las demás religiosas de la Comunidad[52].

Entonces, cuando ya había cumplido los 28 años, las canonesas regulares de san Agustín de Dülmen aceptaron recibir a Clara Söntgen como organista sin dote. Pero el padre rechazó la oferta, si es que no recibían también a Ana Catalina sin dote y como religiosa de coro. Las agustinas, que necesitaban urgentemente una organista, aceptaron la propuesta a regañadientes, pues era un convento muy pobre y necesitaban dinero para su mantenimiento.

A finales de septiembre de 1802 Ana Catalina se fue a su casa de Flamske para despedirse de su familia. Así nos lo refiere: *La víspera del día de nuestra partida de Koesfeld para Dülmen, donde teníamos que entrar en el convento, fui a casa de mis padres para decirles adiós y pedirles algo de dinero para el viaje; en efecto, a pesar de la felicidad y de la gran alegría que irradiaba ante la perspectiva de abandonar el mundo y entrar en la casa de bodas de mi celeste esposo, yo carecía de cualquier bien terrenal. Pero no tenía que llevarme nada de este mundo: Jesús deseaba acogerme pobre y despojada de todo. De modo que no recibí nada de los míos, sino las lágrimas de mi madre y las duras*

[51] Sch, tomo I, pp. 143-145.
[52] Pueden verse los archivos del convento de Oelemberg en Alemania.

palabras de mi padre: "Si hubiera que enterrarte mañana, yo pagaría gustoso los gastos de tu entierro, pero como se trata de entrar en un convento, ¡no te daré nada!". Sin embargo, ni las palabras de mi buen padre ni la oposición de los míos, que tanto lloraban por mi causa, fueron capaces de disuadirme[53].

2. VIDA EN EL CONVENTO

El convento de Agnetenberg de las canonesas regulares de san Agustín había sido fundado en el año 1457 y estaba emplazado en Dülmen. Al principio tuvo una excelente reputación y muchas vocaciones. En 1417 fueron anexionadas con pleno derecho a la Orden de san Agustín y hasta fines del siglo XVII fue una comunidad próspera y fervorosa, pero las guerras continuas empobrecieron el convento y cayó en relajación.

La visita pastoral de 1799 anotó numerosas faltas a la Regla y al espíritu religioso según el vicario general de la diócesis, que se vio obligado a dictar algunas medidas de reforma. Se prohibió que las hermanas salieran del convento para asistir a celebraciones mundanas, como bodas, festejos etc. Igualmente se prohibió salir a la caída de la tarde. Se limitaron los tiempos de acudir al locutorio y se prohibieron las idas y venidas por el claustro de personas ajenas al convento.

Para paliar su pobreza en 1792 aceptaron hacerse cargo del colegio de niñas de Dülmen, y hacían también algunos trabajos de costura y bordado. También alquilaron algunas celdas del convento a personas laicas. Lo más cuestionable es que alquilaban su espaciosa sala capitular para asambleas y fiestas profanas. Debido a la pobreza del monasterio se instauró la costumbre de que cada hermana se hacía cargo de su desayuno, de la mitad de los gastos médicos y de una parte de su vestimenta, teniendo derecho a dos medios días semanales libres para trabajar por su cuenta, quedándose el salario para estos gastos que no cubría la comunidad. Esto dio lugar a ciertos comportamientos individualistas y a que cada una dispusiese de dinero propio en contra del voto de pobreza. Felizmente conservaban todavía el rezo en común del Oficio divino.

En esa Comunidad relajada, integrada por ocho religiosas, entran el 13 de setiembre de 1802 Clara Söntgen y Ana Catalina. Para Catalina no hay celda propia, pues las otras están alquiladas a personas de fuera. Ambas deben habitar en la misma celda, pero se entienden muy bien, pues han vivido juntas antes de entrar al convento.

---

[53] Tagebuch Brentano X, 9, p. 1.

A Ana Catalina le dan a entender que tiene que compensar el que la hayan aceptado gratuitamente, encomendándole los trabajos más duros, reservados normalmente a las hermanas legas, aunque ella es religiosa de coro. Debe cuidar el ganado, cuidar del jardín, atender a las enfermas..., pero, sobre todo, debe superar las mezquindades y envidias de algunas hermanas que creen que tienen derecho a exigirle todo para que se gane el derecho de ser religiosa.

Durante el año de noviciado, a pesar de no tener dinero alguno, debe buscarse el desayuno por su cuenta. Clara dirá: *Como no tenía dinero ni provisiones de té o café, iba todas las mañanas a la cocina con su pequeña cafetera y recogía los posos que las otras hermanas habían tirado la víspera y los hervía, bebiéndoselos después a modo de desayuno*[54].

Ana Catalina no se desanima. Está acostumbrada a la pobreza y a ayunar frecuentemente, pero los trabajos duros y la mala alimentación la debilitan y enferma. Entonces, debe pagar la mitad de los gastos de sus medicinas.

Como dirá el doctor Wesener: *Tomaba los medicamentos que le prescribía el médico* (Dr. Krauthausen), *por miedo a desobedecerle, pero constataba enseguida que le eran perjudiciales para su salud. Si se olvidaba de tomarlos, le reprochaban su descuido en los términos más amargos. Los remedios eran tan caros que un envase podía costar hasta dos táleros y solía ocurrir que el médico cambiaba la receta cuando el recipiente estaba aún medio lleno*[55].

La cuidan Clara y la hermana Neuhaus, pero pronto la priora nombra como enfermera a la hermana Essewich, que lo hace negligentemente y apenas va a visitarla por la mañana para preguntarle cómo está, despreocupándose de si tiene hambre o frío u otras necesidades personales.

Al acabar el año de noviciado le toca hacer sus votos. Entonces surge un grave inconveniente. Aparece un acreedor a quien Catalina debe diez táleros por haberse hecho garante de una deuda del organista Söntgen, que no los pudo pagar. La priora le avisa que deberán retrasar la profesión hasta que la deuda no esté pagada. Felizmente Dios providente no la abandonó. *Se fue a orar con fervor a la iglesia conventual y, al regresar a su celda, encontró en la ventana exactamente los 10 táleros que necesitaba*[56].

---

54 Akten, p. 111.
55 Tagebuch Wesener, p. 47.
56 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1363.

Estas misteriosas aportaciones se repetirán más de una vez, especialmente cuando, enferma, tenga que pagar la atención médica y los remedios.

Las dos novicias profesan el 13 de setiembre de 1803. La fórmula acostumbrada que ella firma es así: *Yo, sor Ana Catalina, hago voto de observar con la ayuda de Dios la castidad perpetua, la renuncia a todo bien propio, la estabilidad en el lugar que decida la autoridad superior y la obediencia a nuestra reverenda madre María Francisca Hackebram y a las que le sucedan legítimamente según la regla de san Agustín y nuestras Constituciones, en presencia del reverendo canónigo Theodor Joseph Verning; 13 de setiembre de 1803*[57].

Todo aquel día, en que hizo sus votos, fue de gozo y de suave paz. Se mostró tan amable a la comunidad con el brillo de su dicha interior que no podía ser oscurecido por sus incesantes lágrimas de alegría; y causaron tal impresión en las religiosas las tiernas palabras con que les dio gracias por haberle permitido pronunciar los votos, que todas ellas quedaron muy edificadas. Después de la misa solemne se celebró un convite, al cual estaban invitados los padres de Ana Catalina. Nunca había sentido su corazón amargura mayor que la que le causaron sus padres cuando le negaron el permiso para entrar en el convento; y por esa razón había pedido muchas veces a Dios que les concediera, a los que tanto amaba, la gracia de aceptar con toda su alma aquel sacrificio. Y su oración fue escuchada. El padre y la madre, al ver a su hija, se conmovieron de tal manera que uniendo al de ella su propio sacrificio, se la entregaron a Dios con todo su corazón[58].

Ella misma nos dice: *Después de la profesión volvieron mis padres a tratarme con mucha bondad. Mi padre y mi hermano vinieron a verme a Dülmen, y me trajeron de regalo dos piezas de tela de hilo*[59].

Mi alma desbordaba de felicidad. Mi celda tenía una silla sin asiento y otra sin respaldo y, sin embargo, a mí me parecía tan espléndida y regia, que creía estar en el cielo. Por la noche con frecuencia, llevada por el amor y la misericordia de Dios, prorrumpía en alabanzas ardientes y cargadas de amor confiado y filial, tal como tenía la costumbre de hacerlo desde mi infancia. Cuando trabajaba en el jardín, los pájaros venían a mí, se ponían sobre mi cabeza y sobre mis hombros, y cantábamos juntos las alabanzas de Dios. Veía siempre a mi lado al ángel de mi guarda y, aunque el espíritu maligno me

[57] Archivos de la Casa Cröy, Nº 36-37; Akten, p. 96, nota 2.
[58] Sch, tomo I, p. 184.
[59] Sch, tomo I, p. 180.

asaltara y trababa de meterme miedo de diferentes maneras, no podía hacerme mucho mal. Mi deseo de la santa Eucaristía era tan irresistible que con frecuencia salía por la noche de mi celda y me iba a la iglesia, si estaba abierta; en caso contrario, me quedaba en la puerta o cerca de la pared, aún en el invierno, arrodillada o prosternada, extendidos los brazos o en éxtasis.

El capellán del convento que tenía la caridad de venir temprano para darme la comunión, me hallaba en ese estado; mas, al aproximarse y abrir la iglesia, volvía yo en mí, me acercaba con ansia al comulgatorio, y encontraba a mi Señor y mi Dios. Cuando estaba encargada de las funciones de sacristana, me sentía de pronto como transportada; subía a los sitios más elevados de la iglesia, sobre las cornisas, los frontones y molduras de albañilería adonde parecía imposible humanamente subir. Entonces limpiaba y adornaba todo. Me parecía siempre que había sobre mí espíritus bienhechores que me elevaban y me sostenían. Esto lo veía muy normal, porque estaba acostumbrada a ello desde mi infancia: nunca me veía mucho tiempo sola, y lo hacíamos todos juntos con mucha familiaridad[60].

Después de su profesión recibe el cargo de sacristana. Ella se entregará a esta labor con gran dedicación: cuidará de los ornamentos litúrgicos, de los vasos sagrados, limpiará la capilla, lavará y planchará los lienzos del altar, etc.

Un día, siendo la encargada de hacer las hostias, lo que era muy de su agrado, estaba en cama enferma. Había que preparar la masa para las hostias y la Superiora le encargó a otra hermana, pero de pronto se presentó Ana Catalina e hizo todo el trabajo como si estuviera completamente sana, aunque estaba ardiendo de fiebre. Cuando terminó el trabajo se fue de nuevo a acostar. Por eso, las hermanas pensaban que no estaba realmente enferma y que las engañaba. *No comprendían la devoción tan profunda que ella tenía hacia el Santísimo Sacramento*[61].

En otra ocasión le encargan la portería y ella atiende a todos los que llegan con dulzura y bondad, especialmente a los pobres, para quienes siempre encuentra qué darles, aunque ella se tenga que privar de algo que necesite. En sus tiempos libres, con retazos de tela que le regalan, hace gorros, pañuelos, delantales y otras cosas para los niños pobres. Pero a pesar de toda su dedicación y entrega para servir a sus propias hermanas de comunidad, ellas la consideran la última del convento.

---

[60] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, pp. 1399-1400.
[61] Luise Hensel, Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 26.

Sin embargo, cumplía sus tareas de tal modo que no había nada que reprocharle. *Todo lo hacía en interés del convento y así no tenían más remedio que felicitarla*[62]*. Participaba con toda regularidad en el rezo de oficio divino, siempre que su salud se lo permitía... y siempre que no se lo impidieran la enfermedad u otras obediencias*[63].

Uno de sus mayores pesares era que la Superiora le daba muy pocas o casi ninguna orden. Más de una vez acudió a ella pidiéndole que le mandara algo, asegurándole que lo cumpliría con gusto. Pero por toda respuesta le indicó que estaba dotada del suficiente juicio como para saber lo que tenía qué hacer. Ana Catalina quedó enormemente confusa. Como su Superiora no le daba orden alguna y deseaba poner a prueba su obediencia, se aplicaba con gran celo a leer y releer la Regla, con objeto de observarla escrupulosamente[64].

Por otra parte siempre debía sufrir el desplante y las exigencias de algunas hermanas que siempre la veían como inferior a ellas. Cuando había algún problema, le echaban a ella la culpa.

Un día, una tal señorita Oldenkott abandona el convento donde ha pasado algún tiempo en calidad de pensionista. En el momento de marchar, regala a cada religiosa un gulden holandés, y a algunas —Ana Catalina entre ellas—, dos. La novicia, según manda la regla de la Orden, se los lleva a la Superiora. Poco después, con ocasión de una visita de Söntgen padre a su hija Clara, inician una investigación. Al acabarla, acusan a Ana Catalina de haber recibido cinco gulden de la señorita Oldenkott, y de haber entregado tres al organista y solamente dos a la comunidad. Ella niega enérgicamente esa falsa acusación. Insisten, y como ella persiste en defender la verdad, es condenada a arrodillarse delante de cada religiosa y pedir perdón. Obedece sin protestar. Algún tiempo después, la señorita Oldenkott vuelve a Agnetenberg, y Ana Catalina pide a la Superiora que se informe de la realidad de los hechos. La madre Hackebram se niega y le ordena callar, porque ha dado por terminado el incidente[65].

También el diablo la seguía persiguiendo. *Un día que estaba enferma llegó a atormentarla de un modo tan espantoso, que tuvo que enfrentarse a él en un combate agotador, mientras se esforzaba por multiplicar las jaculatorias y las oraciones mentales. Era como si intentara estrangularla para matarla,*

[62] Akten, p. 277.
[63] Akten, pp. 220-221.
[64] Akten, p. 89.
[65] Tagebuch Wesener, p. 87.

desplegando contra ella un furor inaudito. Por fin, Ana Catalina consiguió hacer la señal de la cruz y le ofreció la mano diciéndole: "¡Muérdela!"[66].

Ana Catalina atribuye también a Satán un incidente que se produjo durante su noviciado, cuando estaba enferma: *La Superiora y la maestra de novicias entraron en su cuarto; le dirigieron palabras muy duras, amenazándole con expulsarla, sin que ella pudiera explicarse el motivo. Cuando al día siguiente lo contó a otra religiosa, ésta le aseguró que ni la Superiora ni la maestra de novicias habían ido a verla*[67].

Otra cosa que tenía a sus hermanas en vilo era que conocía sus intenciones. Según afirma el doctor Wesener: *En el convento solía oír las conversaciones de las hermanas y ver sus reuniones, aunque estuviera lejos y separada por tabiques*[68].

Otros testigos afirman: *Veía y oía con el espíritu sus disposiciones interiores, sus conversaciones privadas y los proyectos que ideaban para humillarla*[69].

Ella misma nos asegura: *A veces, daba a entender que sabía muy bien lo que decían y lo que tramaban en secreto contra mí. Entonces me acosaban para que les revelara cómo había llegado a saberlo, pero yo no podía explicárselo, de modo que pensaban que alguna de ellas les traicionaba, dándome a conocer sus manejos*[70].

A lo largo de los diez años de vida conventual, estuvo casi siempre enferma, y a menudo tuvo que guardar cama durante varias semanas. Pero lo que aumentaba aún más su prueba era el hecho de ser considerada por sus hermanas como una mujer floja y exaltada, digna de ser despreciada, porque solía comulgar más que ellas… distinguiéndose demasiado en eso de las demás[71].

En 1805 su salud sufrió un duro revés. Estaba un día ayudando a una hermana a subir al tendedero la ropa mojada que habían lavado ese día, unos veinte kilos, y la izaban en un cesto a través de una cuerda, una desde abajo y Catalina desde arriba. Pero la hermana no pudo soportar el peso y soltó de

---

66 Akten, p. 91.
67 Akten, pp. 72 y 86.
68 Tagebuch Wesener, p. 260.
69 Akten, p. 89.
70 Akten, p. 88.
71 Akten, pp. 191-192.

repente la cuerda, en el momento en que el cesto pasaba por la trampilla del techo y el cesto vino sobre Ana Catalina, que cayó de espaldas, recibiendo un fuerte golpe en la cadera. Tuvo que guardar cama durante tres meses y sus secuelas y dolores persistieron toda la vida. Al principio no podía ni tocar la campana por los intensos dolores de riñones que sentía.

Para soportar sus dolores ella necesitaba de la comunión frecuente. Su confesor, el padre Limberg, le había dado permiso para comulgar más veces que a sus hermanas. Al sentirse criticada, decidió reducir el número de sus comuniones para no dar disgusto ni escándalo. Pero como lo hizo por su cuenta, no obedeciendo al confesor, Dios dejó de darle alivio y consuelo en sus comuniones. Ella reconoció su error y pidió humildemente perdón. Le decía: *Dios mío, soy el hijo pródigo, he malgastado la herencia que me habías entregado. No soy digna de llamarme tu hija. Ten compasión de mí. ¡Acéptame de nuevo!*[72]*. Pero tuvo que reparar duramente su desobediencia. Durante dos años experimentó aridez sin el menor consuelo*[73]*.*

Fueron dos años de noche oscura. A veces se sentía rechazada por Dios, otras veces creía que sus pecados lo habían alejado de su alma. Pero en esos momentos aprendió a obedecer y, a pesar de no sentir nada, sentía la necesidad de recibir la comunión. A veces era un deseo incontenible, ya que se sentía morir de desfallecimiento físico y espiritual. En una ocasión no pudo reprimir su deseo de comulgar y fue a llamar al padre Lambert a una hora intempestiva, por lo que él le llamó la atención, aunque viendo el estado en que se encontraba, accedió a darle la comunión[74].

Clara Söntgen certifica: *Una noche estábamos juntas terminando un trabajo para la reverenda Madre, cuando las puertas se abrieron bruscamente. Miramos por todas partes pero no vimos a nadie, aunque oíamos ruido de pasos a nuestro alrededor, como si alguien anduviera por la habitación. Eso sucedió dos veces, cuando todavía compartíamos celda. En otra ocasión, mientras Emmerick leía la Regla, alguien, al que no vimos, se acercó a ella y volvió rápidamente las hojas, terminando por hacer un ruido seco, como si hubiera golpeado violentamente el libro con la palma de la mano*[75]*.*

Otro día, cuando estaba en la capilla delante del Santísimo Sacramento, el diablo se acercó a ella, arrojándose con tal fuerza sobre el reclinatorio, que el mueble se rompió. En aquel momento ella sintió un vivo calor y, después, un frío

72 Akten, p. 103.
73 Akten, p. 88.
74 Ibídem.
75 Akten, p. 161.

glacial. A veces él se le acercaba por la noche, la despertaba y tiraba de su mano como si quisiera sacarla de la cama[76]*.*

El padre Lambert, capellán del monasterio, la tuvo que consolar y aconsejar. A través de la confesión pronto comprendió que se trataba de un alma escogida por Dios. Pero sus hermanas se quejaban de que él estaba con ella más tiempo que con las demás y de que le daba permiso para comulgar más frecuentemente.

Sus tiempos libres los dedicaba a estar en la capilla en oración ante el sagrario. Por la noche se quedaba en el coro después de Completas, pero las hermanas se quejaron a la Superiora y se lo prohibió; sólo se lo permitió en alguna ocasión muy especial.

Durante la misa sentía un inmenso amor por Jesús a quien veía en la hostia en algunas oportunidades. Y se emocionaba tanto que lloraba de alegría, lo que le achacaban también sus hermanas por no comprenderla. Ella nos dice: *Si durante la misa oía los cánticos o simplemente el sonido del órgano, solía pensar: "Ah, ¡qué hermoso es esto, qué armonioso! Si los objetos inanimados son capaces de lograr una amistad tan hermosa, ¿por qué no hacen lo mismo nuestros corazones?". Y ello me hacía romper en llanto*[77]*.*

Su mayor alegría en el convento consistía en poder prestar a sus hermanas algún servicio de caridad. Si le pedían cualquier cosa, la daba inmediatamente, aunque la necesitara. Y lo hacía con más gusto por las que sabía que le eran hostiles.... Una de sus mayores alegrías era la de ver acercarse a pedirle algún servicio a las que no estaban bien dispuestas en su favor, pues tenía la esperanza de que entonces saborearían la alegría de vivir en paz con ella[78]*.*

Una gran ocasión de demostrarlo se le presentó cuando su antigua enfermera, hermana Essewich, que tanto le había hecho sufrir por no atenderla, cayó enferma con unas llagas que despedían un pus nauseabundo. Nadie, ni siquiera las criadas del convento, querían curarla, pero Catalina lo hizo con gran amor. Durante semanas le cambiaba diariamente los vendajes, hacía su cama y le daba ánimo y consuelo. *Todo lo hacía con alegría, encontrando consuelo en la*

---

[76] Akten, p. 91.
[77] Akten, p. 95.
[78] Akten, p. 163.

oración[79]*. Y era tanto lo que quería a sus hermanas que habría vertido su sangre por ellas*[80]*.*

Rezaba mucho por ellas. Estaba muy preocupada por el estado (de relajamiento) *en que se encontraba la Comunidad y rezaba para que reconocieran sus faltas y reinara la paz entre todas*[81]*.*

De todos modos, no era una religiosa triste sino todo lo contrario. Solía afirmar que *nunca fue tan feliz como en el convento*[82].

CAPÍTULO TERCERO
VIDA FUERA DEL CONVENTO

1. SUPRESIÓN DEL CONVENTO

El 3 de diciembre de 1811 el convento fue suprimido por las autoridades francesas. Las religiosas salieron el 13 de abril de 1812 y se dispersaron cada una por su lado. Ana Catalina se quedó pobre y enferma con una criada caritativa que la cuidaba por amor de Dios y también con el anciano sacerdote padre Lambert, sacerdote emigrado francés, que celebraba la misa en el convento. Los tres se quedaron hasta que no pudieron permanecer más. Salieron probablemente en mayo de 1812.

Ana Catalina fue recibida como ama de llaves por el padre Lambert, que era confesor de la familia del conde de Cröy, quien le daba un sueldo de 160 táleros anuales. El padre Lambert alquiló una habitación decente en la Münstersstrasse (calle Münster) en el primer piso, cuya ventana daba a la calle, en casa de la viuda Roters.

Ella cuidaba perfectamente la vivienda del sacerdote y él se sentía profundamente satisfecho, pero se enfermó gravemente en Navidad y fue cuidada por la señorita Geilmann hasta su recuperación. Sin embargo, el martes de carnaval de 1813, de nuevo empeoró y tuvo que guardar cama hasta su muerte[83]*.*

---

79 Ibídem.
80 Akten, p. 88.
81 Akten, p. 101.
82 Así le decía al doctor Wesener: Tagebuch Wesener, p. 377.
83 Tagebuch Wesener, p. 249.

En febrero de 1813 llegó su hermana Gertrudis, llamada Drüke, para cuidarla y estuvo con ella ocho años. El 22 de marzo de 1813, el doctor Wesener fue a visitarla. Ya la conocía desde 1807, cuando el médico del monasterio le había llamado para consultarle sobre una grave enfermedad que ella padecía. Pero Wesener no creía en la realidad de sus llagas de que le habían hablado. Ana Catalina no quiso ni contestarle, abandonando él la habitación muy contrariado. Al día siguiente, hizo nuevo intento. Luise Hensel dice en sus *Recuerdos*: *La encontró sentada en el lecho. Sin una palabra, ella le señaló con el dedo una silla colocada al pie de la cama. Su mirada era sombría e imperiosa. Intimidado, se sentó en silencio a su lado y ella le recordó como en un espejo toda su vida pasada, su infancia piadosa y sus dudas actuales*. *El dijo*: *No había en ella nada que me convenciera, pues hubiera podido enterarse de todo a través de terceros que me conocieran. Sin embargo, me dijo con exactitud y hasta en sus menores detalles dos cosas concretas con todas sus circunstancias que sólo podía conocer a través de una revelación sobrenatural. En efecto, habían sucedido entre Dios y yo y nadie pudo tener jamás el menor conocimiento. Yo exclamé: "Sólo Dios se lo ha podido revelar. Así pues, es cierto lo que enseña la Iglesia"*[84].

A partir de ese momento, Wesener se convertirá en el médico personal de Ana Catalina hasta su muerte. Ella le da permiso para visitarla y él acudirá diariamente, llevando control de lo que ve en su *Diario*. El padre Limberg, su confesor, le cuenta de sus llagas y de otros fenómenos extraordinarios. De ello, Wesener saca la conclusión que hay que hacer una investigación sobre los hechos para poder informar a la autoridad eclesiástica. Para este efecto, reúne al doctor Krauthausen, al deán Rensing y al padre Limberg el mismo día 22 de marzo por la tarde. Le piden a la enferma que responda bajo juramento a seis preguntas concretas relacionadas con las llagas y su origen.

Ana Catalina expone con sencillez sus llagas para que fuesen examinadas. Wesener escribió sobre el resultado: *En el dorso de cada mano observamos unas costras del tamaño de una moneda de dos céntimos, causadas por la sangre que había manado, y bajo las cuales estaba dañada la piel. Tenía en las palmas otras costras semejantes un poco más pequeñas, y debajo, la piel también estaba dañada. Descubrimos las mismas llagas en el dorso y en la planta de los pies. Eran muy dolorosas al tacto, y el pie derecho había sangrado poco antes. Al lado derecho del pecho, cerca de la cuarta costilla empezando por abajo, vimos una llaga larga, de tres pulgadas aproximadamente, que parecía formada por múltiples pinchazos. En el esternón descubrimos unos arañazos lineales que formaban una cruz en Y. Por encima del ombligo vimos una cruz clásica de brazos de media pulgada de longitud. En la parte superior de la frente,*

[84] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 360.

numerosos puntos comparables con pinchazos de aguja se escondían bajo los cabellos a ambos lados de la cabeza. En la banda que rodeaba su frente observamos numerosos puntos sangrantes[85].

Dice Luise Hensel: *Después de haber comprobado Wesener la realidad de las llagas y reconocer en ella la mano de Dios, se convirtió en un hombre muy piadoso y aplicado, educó cristianamente a los numerosos hijos que Dios le dio y, junto a su magnífica esposa, vivió de modo ejemplar como buen padre de familia y católico convencido*[86].

2. INVESTIGACIÓN ECLESIÁSTICA

El deán Rensing comunica al Vicario general Monseñor Von Droste sobre las observaciones realizadas y le escribe a Münster el 25 de marzo: *Con el corazón profundamente conmovido y desbordante de sentimiento religioso, doy a conocer a usted como mi Superior eclesiástico un acontecimiento capaz de proporcionar una deslumbrante prueba eclesiástica de que el Señor, en otro tiempo tan admirable en sus santos, lleva a cabo también en nuestros días, de indiferencia religiosa y de incredulidad, unos signos que demuestran con el mayor esplendor la fuerza de nuestra religión*[87].

El Vicario general toma las cosas en serio y el 28 de marzo, en compañía de su médico personal von Druffel y de Overberg, van a Dülmen y observan las llagas[88].

El Vicario Von Droste dirá: *Suponía que se trataba de una ilusión, incluso de un fraude, pero cuando vi que se había convertido en tema de conversación en toda la ciudad de Dülmen y, pensando en que la verdad se descubriría fácilmente, al día siguiente me dirigí a Dülmen donde no me esperaban*[89].

Ana Catalina tiene conocimiento sobrenatural de su llegada y le dice al padre Lambert: *¿Qué me va a suceder? Se reúnen con él y deán para hacerme examinar*[90]. Ella recibe a los tres visitantes con amabilidad. Al poco rato cae en éxtasis, del que todos son testigos, observando su sensibilidad ante la bendición

---

85 Tagebuch Wesener, pp. 397-398.
86 Positio, tomo III, Summarium additivum, p. 1118.
87 Akten, pp. 191-192.
88 Overberg (1754-1826) será el confesor y director extraordinario de Ana Catalina durante años y llegó a ser en Alemania un gran educador y reformador de la enseñanza católica en Münster.
89 Akten, p. 242.
90 Positio, tomo III, p. 1065.

sacerdotal y las cosas sagradas. El Vicario general sale impresionado, convencido de la realidad de los hechos, y plantea la necesidad de una investigación seria. Por ello, da instrucciones al deán Rensing para que dirija la investigación eclesiástica. El padre Limberg, debe transmitir al deán Rensing, todo lo que observe, a no ser que sea de conciencia y conocido en confesión. Rensing deberá observar todos los días a la enferma y redactar un *Diario* detallado que enviará semanalmente al Vicario general. El doctor Krauthausen deberá intentar curar a la enferma, incluidas las llagas, con todos los medios que considere adecuados. También le enviará las observaciones de orden clínico semanalmente.

Por otra parte, se prohíben las visitas a la enferma, a no ser las permitidas por Rensing, exceptuando la de su antigua compañera y amiga Clara Söntgen[91]. Por otra parte, Rensing contratará a una persona de confianza, discreta y competente, que hará el papel de enfermera, a quien remunerará el mismo Vicario general, para que observe todo y le informe. Y a todos impone discreción y que no se divulguen las observaciones ni se hable públicamente de la enferma.

El deán Rensing comienza su investigación sobre su infancia y antecedentes, preguntando a sus parientes y conocidos, especialmente a las religiosas de su convento, aunque no es mucha la información que recibe.

Por su parte, el santo sacerdote Overberg le pide por obediencia a la misma Catalina que le informe sobre su infancia y juventud, lo que ella hace con toda sencillez y sinceridad.

Lo que realmente hace sufrir a Ana Catalina son las curas del doctor Krauthausen para curar las llagas. Le ablandó y extirpó las costras de manos y pies y se las vendó en seco, lo que le produjo mucho dolor, no pudiendo dormir por la noche. El doctor Wesener tuvo que consolarla para que no perdiera la paciencia y ella se declaró dispuesta a sufrir por obediencia, pidiendo mucha gracia a Dios.

Al cabo de tres días, estaba agotada de tantos dolores que le resultaban insoportables. Solamente en los éxtasis encontraba alivio. En esos días, Garnier, comisario general de policía, viene a ver las llagas y a enterarse si la enferma hablaba o profetizaba cosas de política. El doctor Krauhthausen descose los vendajes y ella encuentra mucho alivio. Antes de ponérselos de nuevo, le aplica una pomada calmante, pero la sangre comienza a correr abundantemente y los sufrimientos se le hacen intolerables, pidiendo ella que tengan compasión de su

[91] Akten, p. 195.

estado. Siguen los días sin poder dormir y con la paciencia al límite, pues los dolores le impiden rezar.

El 7 de abril regresa el Vicario general con el doctor Druffel y Overberg. El doctor Druffel, al ver las llagas, considera que se pueden curar en poco tiempo. Continúa con los vendajes. El 26 de abril el doctor Krauthausen se retira de la investigación, conmovido por los dolores que la enferma debe soportar.

El Vicario general decide que se continué con la investigación más en serio. Decide que sea después de Pentecostés para que pueda celebrar esta fiesta con tranquilidad y que se comience una vigilancia estrecha de la enferma con hombres de edad madura, que estarán a su cabecera, de dos en dos, día y noche, sin perderla de vista. Fueron 32 los hombres escogidos para la vigilancia.

La investigación formal comienza el 9 de junio de 1813 para que pudiera terminar el 17 y observar que nadie le provoca las llagas y que no come, como se decía. El padre Lambert y el padre Limberg, para descartar sospechas, se ausentan de la ciudad. Todo fue normal, pero el 17 de junio el Vicario general decidió postergar la investigación otros dos días.

El 19 de junio los miembros de la comisión concluyen la investigación y firman el informe definitivo. Garantizan que Ana Catalina ha sido sometida durante nueve días a una vigilancia continua por unos hombres que se han turnado día y noche de dos en dos y nadie se ha podido acercar a ella sin autorización. Durante los nueve días ha vivido sin alimento, excepto la comunión diaria. Los días 15, 16 y 18 han visto sangrar las llagas. También han visto a Ana Catalina en éxtasis todas las noches entre las diez y doce de la noche. Todos se declaran dispuestos a confirmar sus declaraciones bajo juramento solemne, a excepción del doctor Ringenberg. Él propone que la investigación se haga fuera de Dülmen y por una comisión estrictamente médica.

A fines del verano de 1813, el padre Lambert y el padre Limberg deciden buscar otro alojamiento para que los visitantes no molesten tanto, ya que en la habitación en que estaba había mucho ruido de la calle y algunos curiosos miraban por la ventana que daba al exterior. Encuentran alojamiento en la casa de la viuda Wenning, hermana del padre Limberg. Está en la primera planta y su habitación da al jardín de su antiguo convento. La mudanza tiene lugar el 23 de octubre de ese año. Ana Catalina pide al Vicario general de la diócesis, Monseñor von Droste, tener la misa a *Diario* en su habitación, pero el Vicario le dice que eso depende del nuevo obispo, nombrado por las nuevas autoridades francesas sin permiso de Roma, quien tampoco se quiere meter en nada.

3. INVESTIGACIÓN GUBERNAMENTAL

Cinco años más tarde, la cuestión de Ana Catalina se seguía comentando hasta en el palacio del gobierno de Berlín y no faltaban chismes y calumnias. El 30 de noviembre de 1818, el Ministro de Asuntos religiosos de Berlín le pide al presidente del gobierno de Münster, barón von Vincke, que el asunto sea examinado por una comisión de expertos. Vincke fija el comienzo de la investigación para el 3 de agosto de 1819. Será una comisión de médicos y también la atenderá una honesta enfermera. Ella la cuidará con solicitud maternal y Catalina le estará agradecida de por vida. Deciden que la investigación sea fuera de la casa donde habita. El 7 de agosto, ayudados por la policía, pues mucha gente se hubiera opuesto por la fuerza, la envuelven en una manta y la trasladan rápidamente. Nadie de sus conocidos podrá visitarla. Ella se siente sola y angustiada, poniendo toda su confianza en Dios. La mayor parte de los médicos de la comisión consideran por adelantado que todo es superchería y fraude, creyendo que la enferma es víctima de la manipulación de otros.

Los investigadores se ensañaron con ella. A veces, los interrogatorios duraban dos o tres horas, tratando de inducirla a que dijera que todo era mentira o que alguien le producía las llagas . Por otra parte, la obligaban a alimentarse y le daban a la fuerza café, potaje, crema de avena, patatas… La enferma lo vomitaba todo y sufría lo indecible.

El segundo día pide la comunión y se lo conceden. Y ella dice: *Después de comulgar me sentí fortalecida, abandoné toda tristeza, todo temor e, incluso, toda antipatía hacia ellos. Perfectamente lúcida pude considerar tranquilamente los acontecimientos futuros con toda calma y absoluto abandono a la voluntad de Dios*[92].

Lo que más le hizo sufrir fue la falta de respeto a su pudor. Ella misma le contó al doctor Wesener: *Estaba completamente llena de vergüenza, porque me obligaron a desnudarme y las frases que oía me confundieron. Cuando intenté cubrirme un poco el pecho, me volvieron a arrancar la camisa*[93].

A partir del segundo día prohíben al padre Limberg llevarle la comunión. El 13 de agosto le descubren la cofia que acababa de ponerle la enfermera en la cabeza y descubren huellas de sangre, considerando que ella misma se ha provocado a pesar de las protestas de la enfermera, quien con sinceridad le dice:

---

[92] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 755; Tagebuch Wesener, pp. 204-205.

[93] Tagebuch Wesener, p. 207.

Señorita Emmerick, la están traicionando y vendiendo. Dicen que la sangre que ha manchado su camisa es de café y que la de la venda de la cabeza se la ha hecho usted misma: ¡Ha tenido la desgracia de caer entre unos hombres semejantes! Pero me siento feliz de haberla conocido y poder ayudarla[94]. *Esta buena enfermera tenía que espantar las moscas que abundaban en aquella habitación*[95].

Ella oró diciendo: *Mi Señor y mi Dios, mi esposo y mi único amor. Ves cómo el mundo me desprecia. Estos hombres, que no te conocen, quieren hacer que mienta. Pero es en la verdad y en la práctica de las virtudes como yo me he unido a Ti. Tendría que mentir para encontrar mi libertad y hasta para que me den dinero. Señor, es tu obra. Estoy aquí al término de mis fuerzas. Toma Tú mi vida y guíame por tus caminos*[96].

Los de la comisión, al no poder hacerle confesar que todo es un engaño, deciden terminar la investigación. El 29 de agosto, a las ocho de la mañana, la llevan casi a escondidas a su antigua habitación. Los doctores de la comisión, excepto el doctor Zumbrinck, creen que todo es fraude, pero la intervención personal del rey de Prusia, Federico Guillermo III, acaba con la polémica. Envía a su médico personal el doctor von Wievel, quien reconoce que no existe ninguna impostura. El mismo doctor Wievel, en 1822, ofreció a Catalina sus servicios para el caso en que sus detractores volvieran a importunarla.

El doctor Wesener fue a verla la misma mañana del 29 de agosto y la encontró al límite de su existencia, casi moribunda, por todos los sufrimientos padecidos durante las tres semanas y un día de investigación estricta. Ya no podía hablar, estaba con los ojos cerrados y creyeron que había llegado a su última hora. El 3 de setiembre de 1819 el doctor Wesener le preguntó si perdonaba a sus torturadores y ella le apretó la mano sonriendo. El padre Limberg estaba esperando para administrarle los santos óleos, pero contra toda esperanza humana, el 5 de setiembre se recuperó algo y el 17 ya pudo tomar un poco de caldo y hablar un poco. Sólo por un milagro de Dios se mantuvo en vida y se recuperó totalmente poco a poco. Y todavía vivió casi cinco años más por la gracia de Dios. En la noche del 6 al 7 de agosto de 1821, Brentano y el padre Limberg la llevaron a otra casa cercana, propiedad del hermano del padre Limberg.

[94] Tagebuch Wesener, p. 215.
[95] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 345.
[96] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 758.

CAPÍTULO CUARTO
SUFRIMIENTOS POR LOS DEMÁS

1. EL DIABLO

En la vida de todos los santos Dios da permiso al demonio para que pueda molestar a sus escogidos y así puedan hacer méritos por su amor y la salvación de las almas. Ana Catalina tuvo que sufrir desde niña los embates del maligno espíritu. Ella nos dice: *Siendo yo niña, y aun después, me he visto muchas veces en peligro de vida; pero con el auxilio de Dios siempre he salido bien de ellos. Sobre este punto me ha sido dada con frecuencia luz interior con que conocía que tales peligros no nacían de la ciega casualidad, sino que procedían, por permisión de Dios*[97].

No lejos de nuestra casa había un lugar completamente estéril en medio de otras tierras que producían frutos. Cuando siendo niña pasaba por aquel lugar, siempre sentía espanto y me parecía como si fuera lanzada de allí; varias veces me caí al suelo sin saber cómo. Veía dos como sombras negras, que andaban vagando y que los caballos solían espantarse cuando se acercaban. Habiendo experimentado muchas veces cuán temeroso era aquel lugar, pregunté la causa, y me respondieron las gentes que habían visto allí cosas extrañas. Una noche hice oración con los brazos en cruz en el referido sitio. La primera vez esto me costó gran violencia; la segunda vino una figura como un perro, que me ponía su cabeza sobre mi espalda. Yo le miré y vi sus ojos encendidos y su hocico. Temí, pero no me desconcerté, sino dije: "Oh Señor, Tú qué hiciste oración en el huerto de los olivos en medio de las mayores angustias, Tú estás conmigo. El demonio nada puede contra mí". Comencé, pues, a orar de nuevo, y el enemigo se alejó. Cuando volví a orar en aquel paraje, fui arrebatada como si fuera lanzada a una cueva que había allí cerca. Pero tuve firme confianza en Dios y dije: "Nada puedes contra mí, Satanás"; y el demonio huyó. Seguí orando fervorosamente, y desde entonces no he vuelto a ver las sombras y todo ha quedado tranquilo[98].

Siendo niña, mis padres estaban un día fuera de casa. Mi madre me había mandado que cuidara la casa y que no saliera. Vino una mujer muy anciana y me dijo: "Vete a mi peral y saca peras, ven pronto, antes que tu madre vuelva". Caí en la tentación; olvidé lo que mi madre me había mandado y corrí al huerto de aquella mujer tan apresuradamente que me di un golpe en el pecho con un

---

[97] Sch, tomo I, p. 76.
[98] Sch, tomo I, p. 62.

arado que estaba oculto entre pajas y caí al suelo sin sentido. Así me halló mi madre y me hizo volver en mí por medio de un castigo sensible. El dolor del golpe lo sentí durante largo tiempo. Más tarde supe que el maligno se había servido de la mala voluntad de aquella mujer para tentar mi obediencia por medio del apetito desordenado y que, habiendo caído en la tentación, puse en peligro mi vida. Esto me hizo ser muy precavida contra la gula y reconocer cuán necesario es al hombre mortificarse y vencerse a sí mismo.

Cierta vez iba yo de noche a la iglesia, cuando se me presentó una figura semejante a un perro. Puse la mano delante y recibí tan fuerte golpe en el rostro que me echó fuera del camino. En la iglesia se me hinchó la cara y las manos se me llenaron de ampollas. Hasta que volví a casa estuve irreconocible. Me lavé con agua bendita. Camino de la iglesia había un cerco que era preciso salvar sobre una tabla. Cuando llegué allí muy de mañana, en la fiesta de san Francisco, vi una gran figura negra que intentaba detenerme. Luché con ella hasta que pasé, sin sentir angustias ni temor al enemigo. Siempre me sale al encuentro en el camino y quiere que yo dé un rodeo; pero no lo consigue.

La discordia que reinaba en una familia de Koesfeld me afligía mucho. Rogué por aquellos infelices e hice el Vía crucis el Viernes Santo en la iglesia, a las nueve de la noche. Se me apareció el maligno en figura humana, en una calle estrecha, y quiso matarme. Llamé a Dios con todo mi corazón y el maligno huyó. Desde entonces el jefe de aquella familia se portó mejor con su mujer.

En una ocasión, iba con una amiga a la misa de Nochebuena, cuando un perro enorme apareció en el camino cerrándoles el paso: *El perro las retuvo durante un cuarto de hora en el camino de la iglesia; primero se plantó en un puentecillo que debían atravesar; luego retrocedió poco a poco a medida que Ana Catalina repetía la señal de la cruz, mientras que su amiga, aterrada, se agarraba a ella con todas sus fuerzas. Por fin, desapareció de repente cuando ella gritó: "¡En el nombre del Señor Jesús, déjanos pasar! Dios es quien nos guía. Si tú fueras Dios, no nos impedirías avanzar. ¡Sigue tu camino y déjanos continuar el nuestro!". Ante esas palabras, el perro desapareció de un salto en medio de la noche. Cuando su amiga, temblando todavía, le preguntó: "¿Por qué no se lo has dicho antes?", ella respondió sencillamente: "No lo pensé"*[99].

Clara Söntgen declara: *Algunas veces, oíamos algo que bullía alrededor de nuestra cama, y que luego, arrastrándose por el suelo, llegaba a la cabecera y nos ponía las almohadas sobre la cara como para asfixiarnos. Era exactamente como si alguien golpeara nuestra almohada con un puño enorme. A*

[99] Akten, pp. 91 y 101.

veces, Emmerick estaba tan enfadada, porque no nos dejaba descansar, que trataba de agarrarlo, pero no lo conseguía. Después de unos momentos de calma, lo oíamos de nuevo. Solía durar hasta las 1l o las 12 de la noche. Una vez iba y venía maullando como un gato. Yo llamé a mi padre y le grité que nos trajera un candil. Buscó por todo el cuarto, pero no encontró nada[100].

Estos asaltos del enemigo encierran un sentido más profundo que el que a primera vista parece; pues no sólo demuestran la cólera y malicia del demonio, sino que además indican como la misión de Ana Catalina hacía que ella atrajera la cólera infernal y se expusiera a estas luchas con el fin de librar a los que por sus propias culpas estarían sujetos a ellas. Ana Catalina se pone en lugar de los culpables, de los débiles y miserables, muchos de los cuales se perderían, si un alma inocente y generosa como la suya, no pagara y luchara por ellos.

2. LAS LLAGAS

Ana Catalina pedía a Jesús que le hiciera participar de sus sufrimientos pare poder así asemejarse más a Él y ayudarle a salvar almas. Ella misma nos dice cómo recibió la corona de espinas: *Cuatro años antes de mi entrada en el convento, en 1798, me hallaba hacia el mediodía en la iglesia de los jesuitas de Koesfeld y estaba arrodillada delante de un Crucifijo: estando absorta en la meditación, sentí de pronto un calor dulce y ardiente, y vi venir del altar, donde estaba el Santísimo Sacramento en el tabernáculo, a mi esposo celestial bajo la forma de un joven resplandeciente. Su mano izquierda tenía una corona de flores, su mano derecha una corona de espinas, y me las presentó ambas para escoger. Tomé la corona de espinas. Él me la puso sobre la cabeza y yo la apreté con las dos manos; entonces desapareció, y volví en mí con un dolor violento alrededor de la cabeza.*

Salí de la iglesia, pues iban a cerrar. Una de mis amigas, que estaba arrodillada a mi lado, podía haber observado algo de mi estado; al llegar a casa le pregunté si no veía alguna herida en mi frente, y le hablé en términos generales de mi sueño y del dolor violento que le había seguido. Ella no vio nada exteriormente; pero no se extrañó de lo que yo le dije, porque sabía que estaba algunas veces en un estado extraordinario, cuya causa no comprendía. Al día siguiente mi frente y mis sienes estaban muy hinchadas, y padecía horriblemente. Estos dolores y esta hinchazón se repitieron con frecuencia, y duraron algunas veces días y noches enteras. Yo no observé sangre alguna alrededor de la cabeza, hasta que mis compañeras me advirtieron que me pusiera otro gorro,

[100] Akten, p. 161.

porque estaba lleno de manchas coloradas. Las dejé que pensaran lo que quisieran, y me compuse el peinado de modo que cubriera la sangre que caía de mi cabeza; lo hice así hasta en el convento, donde una sola persona lo descubrió y guardó fielmente el secreto[101].

También el Señor le hizo participar de los sufrimientos de la llaga de su hombro derecho. Así lo refiere:

Cuando estaba todavía en el convento, el Salvador me reveló un día que la llaga de su hombro, en la que pensamos tan poco, le había causado unos fuertes dolores, y que le resultaría agradable que la veneraran. Sería para Él como si, en el momento en que cargaba con la cruz camino del Calvario, alguien se le hubiera acercado y compadecido de su estado se la hubiera retirado de los hombros para llevarla en su lugar[102].

Un día Jesús le concedió sentir los dolores de las llagas de los pies, manos y costado, de modo invisible. Ella nos relata: *Cuatro años antes de la disolución del convento, hice un viaje a Koesfeld para visitar a mis padres. Por aquel tiempo hice oración en la iglesia de san Lamberto detrás del altar y delante de la cruz por espacio de dos horas. Afligida en vista del estado de nuestro convento, había pedido a Dios que mis hermanas y yo reconociéramos nuestras faltas, para que hubiera paz en él. También pedí a Jesús que me permitiera participar de todos sus sufrimientos. Desde este tiempo tuve siempre estos dolores. Creí que tenía fiebre constante y que de ella procedían los dolores. Muchas veces era tan vivo el dolor en los pies, que no podía andar. Las manos también me dolían tanto que las faenas rudas del campo, por ejemplo, cavar, me estaban vedadas. Los dedos de en medio no podía doblarlos; muchas veces los tenía como muertos*[103].

Después de suprimido el convento, el 29 de diciembre del año 1812, a las tres de la tarde, se hallaba acostada en cama con los brazos extendidos. Meditaba en los padecimientos de la Pasión del Señor y le pedía que compartiera con ella su dolor. Rezó cinco padrenuestros en honor de las cinco llagas y se sintió inflamada de amor a Jesús. Entonces vio una luz que bajaba sobre ella y distinguió la figura deslumbrante del Salvador crucificado. Sus llagas resplandecían como cinco soles luminosos. Entonces, de las manos, salieron unos rayos de color de sangre en forma de una flecha que vinieron a clavarse en sus manos, pies y costado derecho. Inmediatamente le salió sangre

[101] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1396.
[102] Akten, p. 90.
[103] S, p. 187.

de las heridas. Cuando regresó del éxtasis vio con sorpresa la sangre de las heridas y sintió fuertes dolores en ellas.

La hija del ama de casa donde vivía entró en la habitación y, al ver sus manos llenas de sangre, se lo refirió a su madre, quien corrió asustada y le preguntó qué le había pasado. Catalina le rogó que no dijera nada. A partir del momento de la impresión de las llagas, sintió que el curso de la sangre parecía haber tomado otra dirección y se dirigía con fuerza sobre las llagas[104].

El padre Limberg fue el primero que observó sus llagas sangrantes y afirma: *Yo fui el primero que las vi y se lo comuniqué al padre Lambert, que vivía en otra habitación de la misma casa. Inmediatamente acudió y le dijo a la señorita Emmerick: "No vaya a creerse, hermana, que es una nueva Catalina de Siena". Pero como las llagas persistieran al día siguiente, me dijo que nadie debía saberlo para evitar problemas*[105]. Sin embargo, fue su ex-compañera Clara Söntgen quien el 28 de marzo de 1813, al visitarla, observó las llagas sangrantes y lo propagó por la ciudad. De ahí vinieron las dificultades, unos creían y otros no. Lo cual dio motivo a las investigaciones eclesiástica y civil, como ya hemos anotado.

3. VÍCTIMA DE AMOR

Los sufrimientos de las llagas y de tantas enfermedades que padeció en su vida eran impresionantes. Su médico personal, el doctor Wesener, tardó unos nueve años en comprender el carácter sobrenatural de las mismas.

Por eso, pudo decir en 1821: *La mayor parte de sus padecimientos eran consecuencia de que tomaba libremente sobre sí los sufrimientos de sus amigos que venían a volcar en ella sus aflicciones y se confiaban a sus plegarias. En sus éxtasis hablaba de ello como de un trabajo del que solía anunciar el momento en que tendría fin. Cuando recuperaba la conciencia, no recordaba haber hablado ni tampoco, por supuesto, de todo lo que se refería a su persona*[106].

Esta disponibilidad a sufrir por otros no se limitaba a los amigos y conocidos cercanos, sino también a personas que veía en sus visiones y a otros que vivían lejos y no los conocía.

---

104 Ana Catalina Emmerick, *Autobiografía,* Ed. Guadalupe, Buenos aires, 2004, pp. 30-31.
105 Akten, p. 279.
106 Tagebuch Wesener, p. 257.

El internuncio Chamberlain fue a visitar a Ana Catalina el 31 de julio de 1815 y, después de un tiempo, le escribió desde Roma que rezara por un cardenal aquejado de una enfermedad ocular, que le impedía atender a sus numerosos e importantes asuntos. *Desde entonces ella padeció unos dolores en los ojos que se acrecentaban de día en día, y que llegaron a resultar insoportables*[107].

Muchas veces veía en visión problemas y sufrimientos de la gente. Veía enfermos impacientes, cautivos afligidos, moribundos sin preparación. Veía viajeros extraviados, náufragos y necesitados, próximos a la desesperación. Veía al borde del abismo almas vacilantes a las cuales la divina providencia quería auxiliar. Y sabía que, si ella dejaba de orar y hacer penitencia por ellos, no habría quien la reemplazara y ellos quedarían sin consuelo y se perderían. El ángel custodio la apoyaba en sus oraciones[108].

Los días de carnaval eran para ella días de terribles sufrimientos a causa de los pecados que se cometen en esos días. Sobre esto llegó a decir: *Dios me hace ver todas las abominaciones y el libertinaje en pensamientos y la malicia de los corazones y las trampas tendidas por el diablo*[109].

Este deseo de sufrir por los otros lo tenía desde niña, porque el Señor le había hecho sentir que todos formamos un solo Cuerpo en Cristo. Por eso dice: *Desde mi infancia siempre he rogado para que las dolencias ajenas viniesen sobre mí. Haciendo esto yo pensaba que Dios no manda ningún sufrimiento sin tener una especial razón, y que con ese sufrimiento se debe descontar algo. Yo pensaba que el porqué sucede a veces que un mal oprime poderosamente a alguno, era porque ninguno quiere tomar sobre sus espaldas el mal de otro. Por esto, yo rogaba al Señor que se dignase dejarme descontar y expiar por mi prójimo y suplicaba al niño Jesús que me ayudase; muchas veces tenía por esto mismo bastantes dolores*[110].

Veremos ahora un caso concreto: *Por espacio de muchas semanas se vieron en Ana Catalina síntomas de una tisis en último grado: severa congestión del pulmón, sudores que empapaban toda la cama, tos persistente, expectoración continua, y calentura violenta constante; se esperaba cada día su muerte o, por mejor decir, se deseaba: tan horribles eran sus padecimientos. Se observaba en Ana Catalina una lucha extraña contra su gran propensión a irritarse. Si sucumbía un instante, derramaba lágrimas, sus padecimientos se aumentaban y no podía vivir sin reconciliarse por medio del sacramento de la penitencia.*

---

[107] Akten, p. 305.
[108] S. p. 37.
[109] Sch, tomo III, p. 563.
[110] Sch, tomo I, p. 23.

Luchaba siempre contra la aversión que sentía a una persona que estaba enfrentada con Ana Catalina desde muchos años. Se desesperaba al observar que esa persona, con la cual nada tenía que ver, se le aparecía siempre delante con malas disposiciones de todo tipo, y lloraba amargamente en medio de una gran perturbación de conciencia, diciendo que no quería pecar, que debían ver su dolor, y otras cosas poco inteligibles para los que las oían. Su enfermedad se fue agravando y se creyó que iba a morir. En el mismo momento, uno de sus amigos se quedó sorprendido al verla levantarse de pronto y decir: "Rezad conmigo las oraciones de los agonizantes".

Se hizo lo que pedía y Ana Catalina respondió con voz reposada durante la letanía. Al poco rato se oyó tocar a muerto y una persona vino a pedirle por su hermana que acababa de morir. Ana Catalina preguntó con interés los detalles de su enfermedad y de su muerte, y su amigo oyó la descripción más exacta de la tisis que había tenido Ana Catalina. La difunta había estado primero tan atormentada y tan inquieta, que parecía no podría prepararse para morir; pero hacía quince días que estaba mejor, se había reconciliado con Dios, y con una persona con quien estaba reñida. En fin, había muerto en paz y acompañada de todos los sacramentos. Ana Catalina dio una limosna para su entierro. Desaparecieron sus sudores, su tos y su calentura, y se asemejaba a un hombre rendido de cansancio, que se ha mudado de ropa y se ha acostado en una cama fresca[111].

Cuando Ana Catalina recibió en la confirmación las armas necesarias para cumplir su inmensa tarea —víctima por los pecadores— descendió sobre ella la plenitud del Espíritu Santo y recibió lo mismo que los apóstoles el día de Pentecostés: ellos fueron llenos de tal fuerza del Espíritu Santo, que creían que no podían ser más felices que siendo dignos de sufrir por el nombre de Jesucristo. Ella reveló un día con total simplicidad el secreto de su fuerza a su director espiritual: *Desde el día de mi confirmación mi corazón ha recibido la gracia de que no poder estar un instante sin pedir el castigo por los pecados que me mostraban o que yo veía por mí misma*[112].

Una gran fuente de sufrimientos fue para ella su hermana Gertrudis (Drüke). Al poco tiempo de ser suprimido su convento y vivir en casa de la viuda Roters, Ana Catalina se enfermó y llamó a su hermana para que viniera a vivir con ella y así atender al padre Lambert y a ella misma. Pero su hermana fue una de sus mayores cruces por la que tuvo que sufrir dolores sin cuento.

---

111 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1415.
112 Sch, tomo I, p. 128.

Brentano la calificaría con los peores epítetos: brusca, grosera, áspera, irritable, torpe, orgullosa, gruñona y profundamente envidiosa. Llega a decir que la enferma vivía noche y día sometida a la brutalidad de aquella desgraciada[113]. Para Brentano su hermana *era su cruz pesada*; para el doctor Wesener era el *flagelo de Dios* para ella.

Ana Catalina, con su paciencia y sus dolores consigue su salvación. El doctor Wesener afirma: *Desea soportar a su hermana con sus flaquezas, pues la quiere con toda su alma. El sueño siguiente es una prueba. Una noche, durante el sueño, comienza a gemir con acento doloroso, mientras el sudor cubre su frente. El padre Limberg se acerca y le pregunta la causa de su miedo o de su esfuerzo: "¡Ah, suspira entre dos golpes de tos desgarradores, es tan pesada!*

\- *Pero ¿quién?*

\- *Drüke*

\- *¿Qué pasa con Drüke?*

\- *¡Tengo que llevarla a lo alto, a lo más alto! ¡Tiene que salvarse!"*[114].

Felizmente terminó por dominarse y, después de la muerte de Ana Catalina, se convirtió en una persona completamente distinta[115].

Luise Hensel afirma en el Proceso: *Fui a visitarla unos años después de la muerte de su hermana, y me habló de ella con emoción, mostrándose extraordinariamente amable conmigo*[116].

Era el triunfo de la gracia, pero ¡cuánto sufrimiento le costó a Ana Catalina!

[113] Tagebuch Wesener, p. 281.
[114] Tagebuch Wesener, p. 187.
[115] Ib. 281.
[116] Akten, p. 367.

CAPÍTULO QUINTO
DONES SOBRENATURALES

Ana Catalina recibió grandes dones sobrenaturales para servir a los demás y poder acercarlos más a Dios. Veamos algunos de ellos.

1. INEDIA

Es el don por el que una persona puede vivir mucho tiempo sin comer. El doctor Wesener que la atendió diariamente durante once años, refiere lo siguiente: *Su alimentación normal era beber dos vasos de agua fría y por la tarde chupar alrededor de un cuarto de manzana asada, desechando las fibras. Eso era todo. Después de varias semanas, no había tomado ni siquiera una manzana. Durante tres años (1813-1816) yo la he visto alimentarse únicamente de pura agua fresca y todas las tentativas para descubrir un engaño fueron vanas. El que no quiera creer, que encuentre otra explicación. Por mi parte, yo afirmo delante de Dios que yo creo que así fue y que soy un hombre honesto, que amo la verdad y que la busca como a Dios, que es la verdad eterna misma*[117].

Durante tres años enteros vivió solamente de agua clara. Eso es verdad y yo lo he visto. Ella bebía tres medidas de agua cada 24 horas, pero a veces durante dos o tres semanas no tomaba ni siquiera media medida de agua. Y lo que bebía lo vomitaba, un poco más tarde... A los que no crean, yo no tengo nada que decir, les doy autorización de creer que he sido víctima de un fraude o de tenerme por un idiota, pero les pido solamente dejar en claro la honorabilidad de mi nombre y la completa buena fe. Confieso una vez más que, a pesar de todos mis intentos por descubrir el más mínimo fraude, cualquiera que fuese, no he sido capaz durante los casi once años que la conozco. Y en este asunto yo he sido imparcial y he actuado honestamente[118].

2. LEVITACIÓN

Es el don por el cual, una persona, cuando está en éxtasis, puede levantarse del suelo y moverse como una pluma, estando así durante horas. Ella misma dice: *En mis ocupaciones de sacristana me sentía muchas veces arrebatada de improviso y subía, caminaba y vagaba por los lugares altos de la iglesia, sobre las ventanas, sobre los adornos, sobre las cornisas. A lugares*

[117] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1361.
[118] Ib. p. 1367.

donde parecía imposible llegar humanamente, yo llegaba para limpiar y para adornar. Me sentía elevada, sostenida en el aire, sin espantarme por ello, porque desde la infancia estaba acostumbrada a experimentar la ayuda de mi ángel custodio. Muchas veces, volviendo del éxtasis, me encontraba sentada sobre un armario donde conservaba los objetos de la sacristía; otras veces volvía en mí en un ángulo, detrás del altar, donde no podía ser vista ni por el que pasara delante. No puedo pensar cómo podía llegar hasta allí sin desgarrarme los vestidos, ya que era difícil el acceso[119].

Su compañera Clara Söntgen afirma que ella misma le contó: *Un día, estando enferma, fui elevada de mi lecho por dos religiosas que me dejaron suavemente en medio de la celda. Entonces, una de las hermanas de la comunidad entró de pronto y me vio elevada sobre el suelo sin nada bajo mis espaldas; y dio tal grito que su ruido me hizo caer en tierra. La hermana después me atormentaba con preguntas para que le explicara cómo había estado en el aire. Pero yo no le podía dar ninguna explicación, porque eran cosas inexplicables, a las que no prestaba mucha atención y me parecía totalmente natural*[120].

3. PROFECÍA

Es el don por el cual una persona, por gracia especial de Dios, puede conocer cosas que sucederán en el futuro. Veamos algunos ejemplos:

Una mañana el padre Limberg vino a visitarla y ella le preguntó si vendría en la tarde. El dijo que sí, pero ella le dijo que viniera antes. "Venga a tomar el café con el padre Lambert, porque temo que le pase algo malo". El padre Limberg llegó a tomar el café y, mientras lo tomaban, el padre Lambert tuvo un desmayo. La ayuda del padre Limberg fue decisiva, pues de otro modo su hermana Gertrudis no hubiera podido hacer nada ella sola. Y el padre Lambert pronto se repuso[121].

Dice un testigo del Proceso: *A veces ocurría en presencia de mi padre que alguien tocaba a su puerta y ella sabía quién estaba fuera y lo que quería. Un día le dijo que estaba tal y tal persona, tocando la puerta, y venía a pedir información sobre la señora Hülsmann que estaba enferma. Ella invitó a rezar por ella ya que iba a morir aquella misma noche, lo que ciertamente ocurrió.*

---

[119] *Visiones y revelaciones*, tomo 3, Ed. Guadalupe, México, 1944, p. 171; Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1400.
[120] Sch, tomo I, p. 216.
[121] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 11.

Otro día le dijo a mi padre que en la vecindad habría un incendio, pero que su casa quedaría indemne. El día del incendio mi madre y mi abuela estaban muy preocupados. Mi padre, en cambio, estaba tranquilo... Se presentó un hombre desconocido para decir que estuvieran tranquilos que no corrían ningún riesgo. Nadie lo conocía y nadie lo volvió a ver. Por eso, mis padres, pensando en las circunstancias del hecho, supusieron que debía tratarse de un ser sobrenatural; así me lo decía mi padre[122].

A su gran amiga Luise Hensel que quería entrar en el convento de las hermanas de la misericordia de Münster en 1823 y había hecho voto de virginidad, le dijo que no era esa su vocación. Luise, después de haber trabajado de enfermera en el hospital de Coblenza de 1827 a 1832, se unió al equipo pedagógico del internado de Saint Léonard en Aix-le-Chapelle. Allí inculcó a sus alumnos los principios fundamentales de la fe con el testimonio de su vida. De sus alumnas, 20 se harán religiosas y tres de ellas fundadoras de instituciones caritativas y hoy están beatificadas[123].

Luise Hensel fue un modelo de laica consagrada y comprometida con la Iglesia hasta el final de su vida.

4. CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es un don por el cual se pueden conocer por gracia de Dios muchas cosas que humanamente sería imposible conocer.

El doctor Wesener afirma: *Ella me dijo que leía frecuentemente los corazones de la gente que venía a verla y que normalmente ella sabía lo que se pensaba de ella*[124].

A Luise Hensel le dirá en su primera visita: *Créeme yo llego hasta el fondo del corazón de los que vienen a mí. Dios me ha hecho este regalo*[125].

Ella misma le dijo al padre Everberg: *Yo les hacía ver a mis hermanas que yo sabía todo lo que ellas decían y hacían en secreto. Ellas me preguntaron*

[122] Positio, tomo II, Summarium, parte 1, p. 61.
[123] Francisca Schervier (1819-1876), fundadora de las Hermanas pobres de san Francisco, beatificada en 1974; de Pauline von Mallinckrodt (1817-1881), fundadora de las Hermanas de la caridad cristiana, beatificada en 1985; y de Klara Fey (1815-1894), fundadora de las Hermanas del Niño Jesús, beatificada el 2003.
[124] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1153.
[125] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 341.

cómo lo sabía. Pero yo no se lo podía decir. Ellas pensaban entonces que entre las hermanas había alguna que me lo decía a ocultas[126].

El doctor Wesener aseguró que *la primera vez que pudo hablar con ella comprobó que no era una persona común: Me recordó con exactitud y hasta en sus menores detalles dos cosas concretas con todas sus circunstancias que sólo podía conocer a través de una revelación sobrenatural*[127].

Ludwig von Noel certificó lo siguiente: *El padre Limberg me contó que en el albergue donde él vivía, se presentó un hombre forastero de aspecto taciturno que se sentó junto a él en el fuego de la cocina. Al poco rato, Ana Catalina le envió un aviso para que no albergara al forastero aquella noche en la casa. Ella no podía conocer la llegada del desconocido y de sus malas intenciones a no ser por inspiración sobrenatural*[128].

Una señora contaba: *Un día, siendo yo niña, estaba en cama. Mi madre y una vecina me preguntaron qué quería comer. Pero yo sólo quería comer ensalada de repollo. En esa época del año era muy raro encontrar repollo en la ciudad. En ese momento, una persona entró en casa y le dijo a mi madre que Ana Catalina quería verla. Mi madre fue a su habitación y ella le dijo a su hermana Gertrudis: "Vete a la bodega, corta el repollo en dos y le das la mitad a esta señora, porque tiene una hija enferma que desea comerla*[129].

Otro día, el padre Lambert leyó en un periódico francés de Frankfort un artículo donde decía que Napoleón había maltratado al Papa a puñetazos. Ella dijo: *Es cierto. Eso ha ocurrido cuando Napoleón fue a exigirle que firmara el Concordato. El Papa no quiso dejar su oración y él le dijo si no se había enterado que tenía al emperador enfrente. El Papa respondió que tenía otro emperador más grande a quien él adoraba. Entonces Napoleón se enfureció y le golpeó al anciano Papa, y el santo Padre lo soportó pacientemente sin decir nada*[130].

En otra ocasión, el padre Limberg fue llamado a casa de Catalina para llevarle la comunión; pero como había comenzado la temporada de caza, a la que era muy aficionado, pidió su fusil y se fue a cazar. Al regresar por la tarde preguntó a Catalina qué tal había pasado el día, y ella le respondió: "He visto a

---

[126] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 544.
[127] Luise Hensel, Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 360.
[128] Positio, tomo II, Summarium, parte 1, p. 93.
[129] Positio, tomo I, Informatio super virtutibus, p. 179.
[130] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1197.

una liebre caer por un tiro de fusil". El padre Limberg sonrió avergonzado y le prometió no volver a hacerlo más[131].

En el invierno de 1813 el padre Limberg vino a ver a Catalina una tarde. Durante toda la jornada había estado visitando enfermos y no había rezado el breviario. Cuando llegó a la habitación de Catalina él se dijo: "Estoy cansado; si no fuera pecado, yo me dispensaría de rezar el breviario". Apenas pensó esto, ella le dijo: "Entonces, rezad". Él le preguntó:

- *¿De qué me hablas?*
- *Del breviario.*

Esa fue la primera vez, dice el padre Limberg, que yo quedé impresionado de que ella tenía algo especial[132].

El padre Rensing en carta el Vicario general Von Droste le escribía: *Por las tardes tiene un síncope habitualmente durante dos horas. Durante este síncope, que yo preferiría llamar éxtasis, está rígida como un palo, pero su rostro está resplandeciente como el de un niño inocente... Si le doy a ocultas la bendición sacerdotal, ella levanta la mano y hace la señal de la cruz. Después de estos éxtasis, ella le ha revelado a su confesor, el padre Limberg, y a mí mismo cosas ocultas que ella no puede conocer, si no es por revelación de Dios*[133].

El mismo padre Rensing aseguró: *Ella me contó una vez que, durante su estancia en el convento, ella conocía cuando moría algunos de sus conocidos de cerca o de lejos. Incluso sabía a qué hora iba a ocurrir. Cuando le pregunté cómo lo sabía respondió: "Algunas veces por una aparición que lo daba a entender; otras veces, tenía la impresión de que alguien me lo decía*[134].

5. HIEROGNOSIS

Es el don sobrenatural por el cual se puede distinguir lo bendito de los profano, es decir, lo que está bendecido por un sacerdote de lo que no lo está, especialmente, las hostias consagradas y las reliquias de los santos. Ella nos dice: *Todo lo santo y bendecido lo veo luminoso, multiplicándose, reflejando luz y*

[131] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 375.
[132] Sch, tomo I, p. 273.
[133] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 336.
[134] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 481.

difundiendo salud y ayuda. Al contrario, todo lo profano lo veo siempre oscuro, difundiendo tinieblas[135].

Clemente Brentano en su *Semblanza* de Ana Catalina escribe: *Lo más sorprendente es la acción de la consagración sacerdotal. Cuando, estando en éxtasis, se le acercan las manos ungidas del confesor, levanta la cabeza y las sigue con ella hasta que el confesor las retira. Entonces, vuelve ella a dejar caer la cabeza. Esto le sucede con todos los sacerdotes. Quien tal ve, como lo vi yo, no puede menos de reconocer que sólo en la Iglesia hay sacerdocio y que la consagración sacerdotal es algo más que una ceremonia. Una vez le oí decir llorando: "Los dedos consagrados de los sacerdotes serán conocidos en el purgatorio y en el infierno arderán con un fuego especial"*[136].

Ella conocía los sitios benditos y santificados. Cuando un sacerdote pasaba con la Eucaristía, aunque fuera a larga distancia de su choza o del sitio donde se guardaba su ganado, se sentía atraída hacia aquel paraje. Corría y se arrodillaba en el camino y adoraba la santa Eucaristía. Experimentaba aversión hacia los lugares donde había sepulturas de paganos y, al contrario, le atraían los restos de los santos, tal como el hierro atrae el imán[137].

Dice Brentano a este respecto: *Un día me hallaba sentado en su habitación, estando ella en contemplación. Como empezara a suspirar penosamente, sin volver en sí, me llegué a ella con el vaso que siempre había a su lado y que debía contener agua bendita. Le pregunté si quería beber; pero ella movió la cabeza y, mirándome tristemente, dijo con voz apagada: "¡Agua fresca y bendita! Aquí cerca hay dos sacerdotes que tienen de Dios la facultad de bendecirla; pero se olvidan de mí; voy a desfallecer. Dios quiere que yo viva de esto; no me dejen morir".*

Al punto fui a la habitación próxima, del abate Lambert, en cuya compañía encontré al confesor, a quien suponíamos ausente. Este bendijo agua fresca y se la llevó. Después de haber bebido, dijo: "¡Ya he tomado fuerzas!". Y como el confesor le dijera en broma: "Vente conmigo por obediencia", ella intentó levantarse; pero como el mandato no había sido verdadero, volvió a caer desmayada. Aunque estaba muy conmovido a la vista de tal escena, no me atreví a pedir al confesor que omitiera semejante prueba para no turbar la armonía y buena correspondencia; pero no pude menos de llorar de compasión al ver cuán tranquilamente y sin quejarse la sufrió.

---

135 Ana Catalina Emmerick, *Autobiografía*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 2004, p. 67.
136 Ib. p. 153.
137 Clemente Brentano, Positio, tomo III, Summarium, parte 2, pp. 1393-1394.

Otra vez la oí expresarse en estos términos acerca de las bendiciones sacerdotales: "Es muy triste la negligencia de los sacerdotes en nuestros días respecto a las bendiciones. No parece sino que no saben muchas veces lo que son estas bendiciones; gran número de ellos apenas creen en su poder, y se avergüenzan de ellas como de ceremonias anticuadas y supersticiosas; otros usan de este poder y gracia, que Jesucristo les ha conferido, sin atención y como de paso. Cuando ellos no me bendicen, Dios me suele bendecir; pero como el mismo Dios ha instituido el sacerdocio y le ha otorgado la potestad de bendecir, casi desfallezco por el deseo de recibirlas. En la Iglesia todo forma un solo cuerpo; así que, cuando a alguno de sus miembros se le rehúsa algún bien, se siente como desfallecido"[138].

Veamos el efecto de la estola sacerdotal. Ella refiere el 2 de julio de 1821 lo siguiente: *He pasado una noche espantosa. He visto acercarse un gato a mi lecho y saltar hacia mis manos. Yo le tomé las patas y lo eché de la cama queriendo matarlo, pero se me escapó y huyó. Estaba despierta, viendo todo lo que sucedía en torno mío. Vi a la niña (su sobrina) dormida e intranquila, y temí que viera mi lastimoso estado. Toda la noche hasta las tres de la mañana siguió maltratándome el enemigo bajo la figura de un no sé qué de negro y espantoso. Me dio golpes y me arrojó fuera del lecho, de manera que tocaba yo con las manos el suelo. Me arrojó hacia delante con las almohadas y me oprimió con mucha violencia. Todo esto, y el haberme levantado en alto, me causó indecible angustia. Yo veía con toda claridad que aquello no era sueño, y sabía todo lo que hacía; pero no obtuve respuesta. Conjuré al enemigo en nombre de todos los santos, que me dijera qué derecho tenía sobre mí. Nada me respondió, pero siguió atormentándome. Me cogía de la nuca o ponía sobre mis espaldas sus garras frías como la nieve. Por último, habiendo podido llegar, arrastrándome sobre el suelo, hasta el armario que hay a los pies de la cama, tomé la estola del confesor que estaba allí guardada, y me la puse al cuello. Entonces dejó de tocarme*[139]. ¡Maravilloso efecto de la estola sacerdotal!

Cuando alguien le llevaba una imagen bendita de la Madre de Dios, decía: *"Está bendita. Conservadla cuidadosamente y no la tengáis entre cosas no santas. En las tentaciones es bueno ponerse estas cosas benditas sobre el pecho. Guardadla cuidadosamente"*[140].

[138] Brentano, *Semblanza de Ana Catalina, Autobiografía*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 2004, p. 155.
[139] Sch, tomo III, p. 140.
[140] S, p. 370.

Respecto de un día que estaba muy grave, nos dice lo siguiente: *Cuando el padre Niesing vino, no podía mover ningún miembro ni hablar. Yo sabía que traía consigo un libro y presentí que iba a orar por mí. Cuando él empezó a orar, su caridad penetró en mi alma y la calentó; yo volví en mí y pude decir con profunda devoción los nombres de Jesús, María y José, y la vida me fue restituida como un don de la bendición sacerdotal*[141].

Cuando era todavía una niña percibía el sonido de las campanas benditas como si fueran rayos de bendición. Creo ciertamente que las campanas benditas ahuyentan a Satanás. Cuando en mi juventud oraba en el campo durante la noche, veía a los demonios muchas veces en torno mío, pero tan pronto como las campanas de Koesfeld tocaban a maitines, conocía que huían... Jesús ha otorgado su bendición a los sacerdotes para que esta bendición llegue a todas las cosas penetrando y obrando en ellas de cerca y de lejos para su servicio... El sonido de las campanas benditas es para mí más santo, más alegre, más vigoroso y suave que todos los sonidos[142].

Cuando era sacristana, yo debía tocar la campana bendita y me sentía muy feliz, porque creía extender la bendición por todas partes, llamando a voz en grito a todas las gentes a alabar a Dios. Yo unía mis suspiros y oraciones a cada toque de la campana para que los sonidos pudieran rechazar el mal de los corazones y pudieran alabar a Dios. Hubiera querido tocar las campanas mucho más tiempo, pero debía limitarme a lo establecido[143].

El doctor Wesener declara: *Cuando se le presentaba cualquier cosa bendecida por la Iglesia católica, inmediatamente ella lo tomaba y lo apretaba contra su pecho y nadie podía quitárselo, estando en éxtasis, hasta que despertaba. Cuando se le echaba agua bendita, ella hacía la señal de la cruz. Y siempre que un sacerdote pronunciaba las palabras de la bendición, ella se signaba. Y cuando algún sacerdote le daba la bendición mentalmente, aun en la puerta de la casa o fuera de ella, también hacía la señal de le cruz. Y, si se le presentaba el recipiente del agua bendita, ella, estando con los ojos cerrados, metía sus dedos y se signaba*[144].

Y este sentimiento y reverencia por lo sagrado era especial con relación a los sacerdotes, a quienes amaba y respetaba, pidiéndoles la bendición.

---

[141] S, p. 365.
[142] Sch, tomo I, p. 60.
[143] Sch, tomo I, p. 224.
[144] Historia abreviada, Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1360.

El doctor Wesener escribió en su *Diario*: *Siendo aún niña, sentía tal inclinación por las personas consagradas, que no podía contener su alegría cuando veía a un fraile o a una religiosa. La casa de sus padres se encontraba cerca de un gran campo, a media hora de Koesfeld. A su alrededor se extendía el modesto prado familiar, rodeado de un seto. Allí, después de la comida, se dirigía ella todos los domingos para sentarse detrás de la valla y esperar al capuchino que pasaba regularmente por allí y que venía de Koesfeld, para ir a dar clase de catecismo en un pueblo vecino; al verlo a lo lejos, corría a su encuentro con las manos extendidas para saludarle. Entonces, el fraile le daba su bendición y ella regresaba tan contenta*[145].

Y ella misma dice: *Un día pensé que si no conseguía su bendición, mi día corría el riesgo de echarse a perder. Sin embargo, no podía dejar la casa... Entonces —me dije— si me asomaba por un saliente tendría una vista amplia del camino y observaría fácilmente si llegaba alguien; al no ver a nadie en aquellos parajes, podría correr a buscar mi bendición y volver rápidamente a la casa, esperando que no se hubiera advertido mi ausencia. No se veía un alma por el camino. Entonces tuve que correr hasta ponerme delante del padre, que pasaba en aquel momento; me bendijo, y regresé inmediatamente a la casa. Apenas entré me encontré con mis padres, que volvían de misa. Me preguntaron: "¿Dónde estabas?". Yo les respondí: "Justamente detrás del seto". Me riñeron un poco, pero yo me sentía muy feliz por haber conseguido la bendición*[146].

Wesener atestigua: *Una vez, el padre Limberg, mientras ella estaba en éxtasis, la tocó con sus dos dedos (índice y pulgar) y su rostro tomó una expresión alegre. Hemos repetido esta experiencia muchas veces y siempre con el mismo resultado. Muchas más veces hemos hecho la siguiente experiencia. El padre Limberg acercaba sus dos dedos benditos a unas dos pulgadas de sus labios y, su cuerpo que estaba rígido, se inclinaba hacia los dos dedos como el metal atraído por un imán. Ella los besaba y se ponía a chupar el índice. Y, cuando el padre le preguntaba, por qué chupaba el dedo, ella decía que era muy dulce. El padre Limberg me insinuó de hacer yo lo mismo, pero ella no reaccionó.*

Otras veces el padre Limberg inclinaba su cabeza hacia ella, que estaba inconsciente. Cuando se acercaba a unas tres pulgadas de su rostro, su cuerpo, que parecía muerto, se inclinaba hacia la cabeza del sacerdote y ella lo tocaba… En otra ocasión, el padre Limberg se colocó en medio de la habitación, haciendo sobre ella la señal de la cruz con la mano y diciendo: "Que Dios te bendiga en el

145 Tagebuch Wesener, pp. 119-120.
146 Tagebuch Brentano X, 8, p. 10; del 2 de noviembre de 1819.

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Y ella inmediatamente hizo la señal de la cruz. Hemos hecho esta experiencia muchas veces. Ella hacía lo mismo si el padre Limberg estaba lejos (incluso fuera de la casa) y decía la fórmula de bendición mentalmente. Un día le preguntó por qué había hecho la señal de la cruz y respondió (en éxtasis), porque un sacerdote desde la calle me ha dado la bendición y me he sentido impulsada a signarme[147].

El doctor Wesener un día untó sus dos dedos (índice y pulgar) en agua bendita y se los acercó a su boca. Ella los tomó compulsivamente y no los podía quitar de su boca[148]. No era por sus dedos sino por el agua bendita que tenían.

De otro día, que estaba con muchos dolores, nos cuenta Ana Catalina lo que le ocurrió: *Cuando el sacerdote me impuso las manos y oró, sentí una corriente de luz, llena de dulzura, que pasó a través de mí y me dormí. Yo me sentí mucho mejor y llena de esperanza. Hacia el mediodía el mal empeoró y el anciano padre Lambert me impuso la mano, rezó el rosario, y yo sentí un gran alivio*[149].

El 28 de abril de 1817 la enferma sufría violentos dolores de cabeza. El padre Limberg le impuso las manos y los dolores desaparecieron en cinco minutos. Él mismo tomó confianza en este medio para aliviarla frecuentemente[150].

Una mañana —dice el padre Limberg— *le había pedido el padre Lambert que consagrara dos hostias en su misa. Cuando la enferma estaba dormida con la cara hacia la pared, yo fui a la habitación del padre Lambert, tomé la hostia consagrada y, al llegar a la puerta de su habitación, ella con los ojos cerrados, abrió los brazos y se arrodilló en la cama. Le pregunté: "¿Quién llega?". Y ella gritó: "He aquí a mi Señor Jesús que viene a mí". Le pregunté: "¿Dónde está Él?". Y respondió: "Allí, señalando donde yo lo traía; y recibió a Jesús con gran fervor"*[151].

Una tarde —dice el doctor Wesener— *su hermana le había dado unas cucharadas de caldo, estando inconsciente, pero lo vomitó inmediatamente. Yo le pedí al padre Lambert que le diera sus dedos benditos a chupar. Ella los chupó y casi de inmediato la indisposición desapareció*[152].

---

147 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, pp. 1127-1128.
148 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1163.
149 Sch, tomo III, p. 171.
150 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1297.
151 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1301.
152 Ib. p. 1143.

Otro punto importante de su don de hierognosis o conocimiento de lo sagrado era el conocimiento de las reliquias auténticas de las falsas. Una vez su ángel le dijo: *Tú has recibido el don de ver la luz que sale de las reliquias de los santos en orden a la comunidad de los miembros del Cuerpo de la Iglesia… Y ella declaró: Esa luz de las reliquias me causaba consuelo, fortaleza, alegría y una como atracción hacia ellas; por el contrario, me sentía repelida con repugnancia y horror cuando me acercaba a alguna cosa impura, pecaminosa o maldecida o cuando llegaba a algún lugar donde se había cometido algún delito o donde pesaban las consecuencias de culpas no expiadas... Veo la luz y las tinieblas como cosas vivas que producen respectivamente luz y tinieblas. Conozco hace ya mucho tiempo las reliquias verdaderas de las falsas*[153].

Un día le dijo Ana Catalina a Brentano: *Se me ha dicho que ninguna persona tuvo jamás el don de discernimiento de las reliquias en el mismo grado en que a mí se me ha concedido. Ello se debe a que estas cosas están en deplorable decadencia y es necesario remediarlo*[154].

Una vez, el Peregrino (Brentano) le llevó cierto número de reliquias. Tomándolas ella, una por una, se las puso todas en el pecho. Después las ordenó, las estrechó contra su corazón y las miró atentamente. A una de ellas la separó de las demás como no auténtica y a las otras las declaró verdaderas, diciendo: "¡Son magníficas, no se puede decir cuán hermosas son!... Entre el cuerpo y el alma hay una admirable relación que no se interrumpe con la muerte, de modo que los espíritus bienaventurados prosiguen obrando siempre sobre los fieles mediante parte de sus cuerpos. En el último día será muy fácil a los ángeles separar a los buenos de los malos, pues todo será luz o tinieblas"[155].

El doctor Wesener relata en su *Diario* el día 16 de octubre de 1816: *Vi a la enferma en profundo éxtasis en presencia del padre Limberg, le enseñé un relicario procedente de mi suegra, que acababa de morir, el cual, además de otras reliquias, contenía dos partículas considerables de la santa cruz. El padre Limberg sin decir ni una sola palabra me tomó la caja de las manos, se acercó al lecho de la enferma y tuvo el relicario algo separado de ella. De repente ella se incorporó y tendió las manos hacia el relicario, y cuando lo hubo recibido, lo estrechó contra su corazón. Después le preguntó el padre Limberg qué contenía el relicario. Ella respondió: "Una cosa muy preciosa, parte de la santa cruz"*[156].

---

[153] Sch, tomo III, p. 235.
[154] Sch, tomo III, p. 236.
[155] Sch, tomo III, p. 261.
[156] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1275.

La misma experiencia tuvo al presentarle otro relicario. El padre Limberg sacó de su bolsillo un cofre con reliquias y ella lo tomó y también lo estrechó contra su corazón. *Al preguntarle por obediencia qué era, respondió que eran reliquias. ¿De quién son? Y dijo: Son de los apóstoles Pedro y Pablo, de santa Inés, Bárbara y otros. El padre Limberg dijo que, aunque estaba escrito que eran reliquias de los apóstoles, estaba en duda de si era cierto*[157].

Brentano trajo también un día un cofrecito con unas reliquias de santos. *Lo sacó de su bolsillo y lo acercó al rostro de Catalina. Entonces ella tendió la mano, tomó el cofre y lo estrechó contra su corazón. Al preguntarle qué era, respondió: "Reliquias". ¿Cuántas son? "Son 15".*[158].

Francisco Hilgenberg dice en el Proceso: *Mis hermanos habían desenterrado unos huesos de una antigua tumba. Mi padre tomó uno de esos huesos y fue a visitar a Catalina. Antes de hablar, ella le dijo: "Sé que quieres saber de quién es ese hueso que tienes en el bolsillo. Entiérralo, porque pertenece a un hombre indigno de cuya malicia no quiero hablar"*[159].

El 30 de diciembre de 1818, la hermana Neuhaus, su antigua maestra de novicias le llevó un paquetito. Cuando ella entró en la habitación, Ana Catalina sintió un estrecimiento de alegría y tuvo la certeza interior de que eran reliquias. Cuando la hermana Neuhaus las colocó sobre la mesa, ella estaba muy conmovida y temía caer en éxtasis. Sentía una voz interior que le decía: "San Ludgero está aquí"[160].

En varias ocasiones su director Overberg le envió a Dülmen paquetes de reliquias; algunas con nombres, otras sin ninguna indicación. Al principio ella hacía una descripción general de a quiénes pertenecían las reliquias, pero con el tiempo distinguía los huesos y daba detalles de los santos a que pertenecían, siguiendo las indicaciones de su ángel[161].

Al ver las reliquias de los santos ella no sólo conocía que eran autenticas, sino que por gracia de Dios podía conocer de modo claro y detallado la vida de esos santos. *A este don de ver la vida de los santos por medio de las reliquias debemos la noticia de muchos rasgos muy instructivos, ignorados hasta entonces de la vida de muchos bienaventurados*[162].

---

157 Ib. p. 1305.
158 Ib. p. 1303.
159 Positio, tomo II, Summarium, parte 1, p. 60.
160 Sch, tomo III, p. 255.
161 Sch, tomo III, p. 279.
162 S, p. 530.

6. BILOCACIÓN

Es el don sobrenatural por el cual una persona puede estar en dos lugares a la vez. Según algunos autores, eso es imposible y en uno de los lugares está sólo en apariencia o un ángel hace sus veces. Sin embargo, Ana Catalina salía de su convento incluso corporalmente y regresaba con heridas producidas durante su viaje en espíritu o bilocación, a pesar de haber permanecido en su habitación sin poder levantarse por estar enferma. Fue conducida en espíritu a la prisión de María Antonieta, reina de Francia, y le dio fuerza y consuelo. La impresión que tuvo fue tan fuerte que ella contó a sus padres y hermanos la tristeza de la reina, exhortándolos a orar con ella por la infortunada reina. Pero ellos no la comprendieron y le dijeron que para ir allá y ver todo hacía falta ser una bruja. A ella le entraron dudas y fue a confesarse. El confesor la tranquilizó. También asistió en espíritu a muchas ejecuciones para dar ayuda y consuelo a los que iban a morir, especialmente al rey Luis XVI. Y dijo: *Cuando yo vi al rey Luis XVI padecer la muerte con tanta resignación, yo me dije: "Es bueno para ellos alejarse de tantas abominaciones". Pero, cuando hablé de ello a mis padres, ellos pensaron que había perdido el juicio*[163].

Ella asistió a la coronación de Napoleón el 18 de mayo de 1804. Afirma: *Un día rezaba ante el Santísimo Sacramento, cuando fui transportada a una iglesia magníficamente adornada. He visto al Papa (Pío VII) consagrar como rey a un hombre de pequeña estatura. Hubo una gran solemnidad y fui presa de inquietud y temor. Tuve el sentimiento de que el Papa debía haberse negado con mayor firmeza. He visto entonces los males que ese hombre habría de causar al santo Padre y la incontable cantidad de sangre que habría de hacer derramar*[164].

Su director Overberg declaró: *Ella me dijo haber asistido a muchas batallas que se habían desarrollado en los últimos tiempos. Que aquello era terrible. Ella afirmó que Napoleón no estaba totalmente humillado, que él tenía todavía un plan que no llegaría a realizar. Cuando le pregunté cuál era ese plan, respondió: "Él quiere armar a todos los habitantes de Francia"*[165].

Ella misma dice: *Muchas veces soy conducida en espíritu por mi guía a lugares donde se ven patentes las necesidades de los hombres. A veces me veo en*

---

[163] Sch, tomo I, pp. 27-28.
[164] *Visiones y revelaciones de Ana Catalina Emmerick*, 3 tomos, Ed. Guadalupe, México, 1944, p. 401.
[165] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 7.

las cárceles; otras, junto a los moribundos o al lado de enfermos, de los pobres, de las familias, entre querellas y pecados[166].

Muchas veces, mientras estaba ocupada en un trabajo o estaba enferma en cama, me encontraba presente en espíritu entre mis hermanas y veía y entendía lo que hacían y decían o me encontraban en la iglesia delante del Santísimo Sacramento, aunque no hubiera podido dejar mi celda. Cómo se explica, yo no lo sé. La primera vez que me pasó creía que era un sueño. Fue cuando tenía unos 15 años y vivía con mis padres[167].

Pero no siempre era en espíritu solamente cuando yo iba en socorro de los pobres. Yo iba también corporalmente. Una vez, estaba enferma en cama y vi durante la noche dos personas que hablaban de cosas piadosas en apariencia, pero su corazón estaba lleno de malos deseos. Yo me levanté y fui al edificio en cuestión para separarlos. Cuando me vieron venir, huyeron. Cuando retorné, me di cuenta que estaba en medio de la escalera del convento y no pude llegar a mi celda sino con gran esfuerzo, debido a mi debilidad[168].

Otras veces algunas de mis hermanas han creído verme junto al fogón de la cocina, comiendo a escondidas alguna cosa de una vasija, o en el huerto cogiendo frutas. Han corrido a decírselo a la Superiora, pero al ir a verme, me han encontrado acostada en mi celda gravemente enferma. De estos incidentes mis hermanas religiosas no sabían que pensar sobre mí[169].

Sobre lo que le aconteció tras el fallecimiento del padre Lambert ella nos dice: *Yo he ido a la iglesia delante del cortejo fúnebre. He visto muchas almas, una llevaba un cirio encendido. Asistí al oficio divino y me uní al rezo. Y he visto a Padre Lambert en un jardín celestial donde están otros sacerdotes y otras almas de su misma condición. Después yo vi a san Martín y a santa Bárbara, cuya asistencia había implorado*[170].

Otro caso. *Ayer, 27 de octubre de 1821, fui conducida junto a una mujer que estaba a punto de perderse. Luché con Satanás delante del lecho de la enferma, pero el demonio me echó de allí. Era demasiado tarde... Esta mujer estaba casada y tenía hijos. Era tenida por muy buena y vivía según el mundo y la moda. Tenía trato ilícito con un sacerdote y había callado en la confesión este pecado. Había recibido los santos sacramentos y todos se hacían lenguas de su*

---

[166] *Visiones y revelaciones*, Ed. Guadalupe, o.c., p. 372.
[167] Sch, tomo I, p. 246.
[168] Sch, tomo I, p. 247.
[169] Ibidem.
[170] Sch, tomo III, p. 500.

buena preparación y disposición para bien morir… Todos mis esfuerzos resultaron vanos. Era demasiado tarde, no fue posible acercarse a ella y murió. Era espantoso ver a Satanás llevarse aquella alma. Yo lloré y grité. Una indiscreta anciana entró y consoló a los parientes de la difunta, hablándoles de su hermosa muerte. Al pasar por un puente para ir a la ciudad me encontré con muchas personas que querían ir a la casa de la difunta, y yo me decía a mí misma: "Si hubieran visto lo que yo he visto, ciertamente huirían de su presencia"[171].

También cuenta que cerca de Münster vio a una joven de vida disoluta que había dado a luz detrás de una valla y se dirigía a un profundo estanque para arrojar allí al niño. Y dice: *Al lado de ella, había una figura sombría e insolente. Creo que era el mal espíritu. Ella tenía al niño en la falda. Me llegué allí y oré. Entonces vi que el mal espíritu se alejó. La madre, tomando a su hijo, lo bendijo, lo besó y después ya no tuvo valor para arrojarlo al agua. Se sentó y lloró amargamente, pues no sabía cómo encontrar auxilio. Yo la consolé y le inspiré el pensamiento de que acudiera a su confesor. Ella no me vio, pero se lo dijo su ángel custodio. Me pareció que aquella joven era de clase media*[172].

En otro viaje vi, pasando por encima del mar, un barco que se hallaba en muy grave peligro, ya que no pudiendo navegar, estaba a punto de naufragar. En torno suyo se veían muchos malos espíritus. Iba en él toda una familia de Sicilia, desde el abuelo a los nietos. Se habían apoderado de muchos tesoros de la Iglesia con los cuales pensaban construir espléndidas casas cuando llegasen a tierra. Les dije que se irían al fondo del mar si no renunciaban a esos bienes injustamente adquiridos y los restituían; les aconsejé que los pusieran en la orilla y en ellos el nombre y demás señas de su legítimo poseedor. Habiendo seguido mi consejo, pudieron continuar el viaje sin ningún obstáculo[173].

Y sigue diciendo: *En estos viajes tan frecuentes que hago para prestar algún auxilio, las personas se vuelven a Dios y son consoladas... Muchas veces intervengo impidiendo que se cometa el mal, bien sea infundiendo temor y espanto, o estorbando a los que están a punto de causar algún daño. En ocasiones he despertado a algunas madres cuando amenazaba algún peligro a sus hijos*[174].

Un día acudí a un gran hospital militar repleto de soldados heridos, que había en no sé qué lugar a la intemperie. Veíanse en él alemanes y extranjeros

---

[171] S. pp. 506-507.
[172] Sch, tomo III, p. 227.
[173] Sch, tomo III, p. 213.
[174] S. pp. 459-460.

que parecían prisioneros y venían en carretas. Muchos de los que conducían las carretas estaban vestidos con casacas grises… Yo entraba allí y ayudaba, curaba, vendaba y hacía gasas. En mi compañía iban santos que me ayudaban y ocultaban a mis ojos cuanto había de vergonzoso, pues muchos de estos infelices estaban desnudos. El olor que exhalaban las llagas de las enfermedades espirituales era mucho más fétido que el de las corporales[175].

La noche del 8 de marzo de 1820, yendo de viaje, he llegado a un lugar donde había caído mucha nieve y he visto a dos hombres ser apaleados por otros. Uno de ellos cayó muerto. Me apresuré a ayudarles y me pareció que se asustaban los asesinos. El otro vivía aún. Vinieron algunos de sus parientes y le condujeron a un lugar vecino donde había médico. Yo conocí en oración que aquel hombre sanaría[176].

El 22 de agosto de 1820 hice un largo viaje conducida por mi guía. Vine a una ciudad más bien luterana que católica y fui conducida a casa de una viuda enferma. Cuando entramos en ella mi guía y yo, salía de allí el confesor. Vi todo lo que la enferma había hecho. Era católica, exteriormente llevaba una vida piadosa y daba muchas limosnas, pero en secreto era disoluta y había callado sus pecados en la confesión dieciocho veces, creyendo que repararía esta omisión dando limosnas a los pobres. Yo me sentía avergonzada y oía que decía a sus amigas: "He dicho al confesor tal y cual pecado, pero tal otro no". Y las amigas se reían. Se apartaron las amigas para dejarle dormir y mi guía me dijo que era yo mensajera de Dios y que me acercara a la enferma. Me acerqué y le hablé. No sé si me vio o si vio a mi guía, pero se quedó pálida como si hubiese sufrido un desmayo, porque le dije: "Te ríes y has abusado para tu condenación dieciocho veces del sacramento. Has cometido (y le dije todos sus pecados ocultos). Dentro de pocas horas vas a comparecer ante el tribunal de Dios. Ten compasión de tu alma, arrepiéntete y confiésate".

Apenas me separé de ella, llamó a las que la asistían y pidió que viniera el confesor. Vino, en efecto, se confesó de todos sus pecados, recibió los últimos sacramentos y murió. Sé su nombre, pero no debo declararlo[177].

Me parece cosa admirable que casi todas las noches tenga que hacer tan largos viajes y tantas cosas. Reflexionando sobre esto y me digo a mí misma: "Cuando estoy viajando o ayudando a alguno, todo me parece natural y

---

175 Sch, tomo II, p. 305.
176 S. p. 482.
177 S. pp. 479-480.

verdadero, a pesar de que me hallo enferma y en miserable estado dentro de casa"[178].

El 12 de enero de 1820 dice: *Me dijo mi guía que debía ir al Papa y animarle a que hiciera oración. Me dijo todo lo que tenía que hacer. Fui en efecto a Roma. Atravesé los muros y estuve en un ángulo de una habitación, viendo desde arriba a las personas. Cuando de día pienso en esto, me parece muy extraño. De la misma manera, también suelo hallarme a menudo junto a otras personas*[179].

Otro día, dice: *Fui a Roma, donde había un gran peligro. Querían asesinar al fiel mayordomo del Papa, pero yo me puse en medio y el cuchillo me penetró por el lado derecho hasta la espalda. El buen mayordomo se volvió a su morada. En el camino le salió al encuentro otro traidor que llevaba un cuchillo debajo de la capa. Viendo yo que con perversa intención le abrazaba amistosamente, me arrojé por bajo de la capa y recibí una herida en la espalda. Entonces se oyó un chasquido tal como si el puñal hubiera tropezado en ella. El mayordomo se defendió y cayó a tierra desmayado. El asesino huyó y acudió gente. La curación de mis heridas duró todo el mes de enero y padecí todos los síntomas (fiebre, inflamación…) como habría sucedido normalmente si hubiese sufrido una herida*[180].

Luise Hensel anota otro caso: *Una noche estaba muy enferma y con la mente ausente o por lo menos absorta interiormente en oración, mientras yo cosía junto a su lecho, cerca de la lámpara. Fuera el viento era cada vez más fuerte y golpeaba violentamente contra la ventana. Bruscamente salió de su estado de ausencia y, mirándome horrorizada, exclamó: "¡Reza, reza, reza! Hay un barco a la deriva con muchos hombres a bordo. He de volver allí de nuevo". Cayó bruscamente hacia atrás y permaneció así acostada durante media hora. Luego abrió los ojos, me parece que le di a beber un vaso de agua, pero estaba totalmente agotada y, sin embargo, consolada. Un poco más tarde le pregunté: "¿Qué ha ocurrido con el barco?". Me miró cansada y, bajando un poco la cabeza, me respondió amablemente: "La tripulación está a salvo". Desde entonces cada vez que el tiempo sopla con fuerza me siento impelida a rezar por los navegantes*[181].

---

178 *Visiones y revelaciones*, o.c., p. 377.
179 S. p. 431.
180 S. p. 436.
181 Positio, tomo I, Summarium additivum, pp. 351-352.

Luise Hensel recuerda este hecho en sus *Recuerdos*, anotando que le dijo después: *La tripulación se salvó y que el hecho había sucedido en las costas de África*[182].

Y para reafirmar que sus viajes en espíritu eran verdaderos y no pura imaginación, con frecuencia volvía con heridas corporales. Dice Clemente Brentano en su biografía: *Ana Catalina sintió todas las fatigas de un viaje penoso, se hirió los pies y tuvo en ellos señales que parecían causadas por piedras o por espinas. Se torció un pie, que le hizo sufrir mucho tiempo corporalmente. Conducida en este viaje por su ángel de la guarda, le oyó decir que esas heridas corporales eran la señal de que había sido arrebatada en cuerpo y en espíritu… Sus viajes a Tierra Santa los hacía por los caminos más contradictorios. Algunas veces daba vuelta a la tierra, cuando su marcha espiritual lo exigía. En el curso de sus viajes, desde su casa hasta los países más lejanos, socorría a mucha gente y ejercía con ellas las obras de misericordia espirituales y corporales*[183].

Ana Catalina es la santa por excelencia de la bilocación, puesto que en sus viajes en espíritu viajaba por todas partes del mundo, hasta China y el Tibet ¡Bendito sea Dios que, por su medio, pudo hacer tantas maravillas en tantas partes del mundo!

7. SUS VISIONES

Ana Catalina es conocida en el mundo por sus extraordinarias visiones y revelaciones que fueron recogidas y escritas por Clemente Brentano (1778-1842). Clemente tenía un hermano, Christian, que a sus 30 años había regresado a la práctica religiosa después de estar alejado de la Iglesia. El 5 de abril de 1817 Christian fue a visitar a Ana Catalina. Estuvo viéndola tres meses en Dülmen y quedó entusiasmado de sus experiencias místicas. Por ello, se apresuró a contárselo a su hermano Clemente.

Clemente, o Brentano como lo llamaremos en adelante, era uno de los poetas líricos más representativos de Alemania. Era apasionado, de carácter inquieto y fuerte, y dotado una gran imaginación. En 1803 se había unido a una mujer, Sofía Mereau, que murió al dar a luz la tercera vez, cuando habían ya muerto sus dos hijos primeros. En 1807 se desposó con la joven Augusta Bussmann de 17 años, pero el matrimonio se terminó a los pocos meses. Después

182 Ib. p. 352.
183 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1413.

vivió en distintos lugares como ave solitaria. Estuvo dos años en Berlín y otros dos en Bohemia, teniendo frecuentes aventuras amorosas. En 1814 se estableció definitivamente en Berlín. En 1816 conoce a Luise Hensel, de 18 años, también poeta, se enamora y quiere casarse con ella, pero Luise se convierte a la fe católica y le invita a acercarse a Dios. El 27 de febrero de 1817, Brentano hace una confesión general y recibe la comunión. El 24 de setiembre de 1818 va a visitar en Dülmen a Ana Catalina. Él mismo le escribe a Luise Hensel:

A las 10:30 de la mañana del 24 de setiembre de 1818 llegué a Dülmen. Aquí vive la joya más extraordinaria, la sencilla y enferma, cordial y espiritual, hija de campesinos, a la que Jesús ha marcado su cuerpo con sus estigmas... Tomé hospedaje en la Posta (Casa del Correo). El médico (Wesener) me condujo a la casa de Emmerick. Entramos en una pequeña habitación. Aquí está la querida alma, el rostro más amable, cordial, sereno, puro y vivaz que se pueda imaginar. Ella me extendió sus manos llagadas y me dijo rápida y cordialmente: "Mira, cómo se parece a su hermano, lo habría reconocido entre mil…

A los seis minutos se confiaba en mí como si me conociese desde su juventud. Me dijo con gran naturalidad muchas cosas afectuosas. Al verla me doy cuenta con profunda alegría de que todos los que aman a Jesús son una sola cosa. Ahora entiendo lo que es la comunión de los santos. Me quedaré aquí unas semanas... Hoy he visto sangrar sus heridas, pero esto no me turba ni me espanta. Me alienta su serenidad. Ella es muy bondadosa y afable, un ser ciertamente celestial[184].

Brentano, que pensaba quedarse sólo unas semanas para verla y conocer a fondo los sucesos extraordinarios de su vida, permaneció en Dülmen hasta su muerte, salvo brevísimas interrupciones originada por algunos viajes que tuvo que realizar.

Ella le llamaba *El peregrino* y, según nos dice Luise Hensel, en sus "*Recuerdos"*: *Debo testimoniar que la queridísima religiosa me dijo un día haber recibido de Dios la orden de referir sus visiones a Brentano para que las anotase por escrito*[185].

La misma Catalina le dijo a Brentano: *Muchas veces me maravillo de hablarle confidencialmente y confiarle cosas que normalmente no digo a nadie. Desde el primer momento usted no me era desconocido, yo lo conocía antes de venir a mí. Frecuentemente en mis visiones me ha sido mostrado un hombre*

---

[184] Giovetti Paola, *La monaca e il poeta*, Ed. San Paolo, 2000, pp. 67-68.
[185] Positio, tomo I, Summarium additivum, pp. 374.

moreno, sentado junto a mí, que estaba en disposición de escribir. Por eso, cuando usted entró por primera vez en mi habitación pensé: "Aquí está él"[186].

Mi esposo (Jesús) *me ha dicho que Él no me daba estas visiones para mí, sino para hacerlas escribir y, por tanto, que debía comunicarlas*[187].

Clemente Brentano tomó la cosa en serio y para poder copiar todas sus visiones se estableció definitivamente en Dülmen y vendió la biblioteca que tenía en Berlín con millares de libros. Al principio se quedaba casi todo el día con ella para poder copiar las visiones, pero pronto tuvieron que ponerle límites y darle sólo una hora por la mañana para que no molestara a la enferma que, muchas veces, no tenía fuerzas ni para hablar. Ella le hablaba en su dialecto local, el plattdeutsch (bajo alemán). Él copiaba sus visiones, estando junto a su cabecera, y regresaba por la tarde después de haberlo transcrito a la forma correcta, legible y literaria del alemán normal, para que ella lo pudiera corregir, si había escrito algo equivocado.

Al respecto, dice Luise Hensel en sus *"Recuerdos": Clemente solía ir a verla por la mañana de 9 a 10 y anotaba en un pliego lo que ella le contaba. Después iba a su casa y transcribía todo detalladamente. Por la tarde regresaba a leérselo y ella a veces corregía algunas cosas. Una vez protestó y dijo muy contrariada que él había escrito algo diferente de lo que ella le había dicho. Y lo amenazó de no contarle más cosas, si modificaba lo que le decía*[188].

Hay que aclarar que las visiones de Ana Catalina no abarcaron sólo al tiempo en que llegó a verla Brentano, sino también a las que tuvo desde su infancia. El doctor Wesener afirma que *cinco años antes de la llegada de Brentano, ya conocía él la vida de Jesús y de María al detalle por habérsela contado Ana Catalina.* Según Wesener: *Ella había visto toda la Pasión de Jesús como si hubiese asistido realmente a ella*[189].

Brentano publicó en 1833 *La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, de acuerdo a las visiones que le contó Ana Catalina, pero algunos autores consideran que no son auténticas, porque en una oportunidad él le confesó a Luise Hensel que, en algunos casos, había completado por su cuenta los detalles que faltaban a la Obra.

186 *Visiones y revelaciones*, tomo 3, Ed. Guadalupe, México, 1944, p. 55.
187 Sch, tomo III, p. 498.
188 Akten, p. 385.
189 Tagebuch Wesener, p. 254.

Luise Hensel afirma al respecto: *Clemente me dijo en varias ocasiones que en "La Dolorosa Pasión" dice muchas cosas que no proceden de Ana Catalina. Que había copiado mucho del padre Martin de Cochem, con cuyos escritos las visiones de Ana Catalina ofrecían mucha semejanza*[190].

Su hermano Christian también habló de que para completar algunos datos usó los escritos de santa Brígida, Madre María Ágreda y quizás algunos otros. De todos modos, no podemos negar que fue un hombre honesto y quitando algunos detalles, la inmensa mayoría de lo que describe es realmente producto de las visiones auténticas de Ana Catalina. De ahí que el médico Wesener pudo decir: *Lo conozco desde hace casi seis años y doy testimonio que él es un hombre honesto y de buena voluntad*[191].

Sin embargo, al no haber seguridad absoluta de que tal o cual detalle de la narración sea de Ana Catalina o añadido por Brentano, los escritos de *La Dolorosa Pasión* y de la *Vida de la Santísima Virgen María*, fueron excluidos en 1927 por la Congregación de Ritos para el Proceso de la Causa de beatificación de Ana Catalina.

De todos modos, podemos decir que de hecho el libro de *La Dolorosa Pasión* ha hecho un bien inmenso y lo sigue haciendo a quienes lo han leído. Incluso, el famoso director de cine Mel Gibson se inspiró en este libro para hacer la película *La Pasión*.

Su libro de la *Vida de la Santísima Virgen María* lo dejó incompleto y lo terminó su hermano Christian, que lo publicó en 1851. Pero Brentano dejó muchas visiones transcritas sin publicar. Este tesoro espiritual, escrito en miles de páginas, lo pudo recoger el padre Carlos E. Schmoeger y escribir así su famoso libro *Vida y visiones de Ana Catalina Emmerick* en tres tomos en la edición francesa.

En el caso del padre Schmoeger es más fácil asegurar la autenticidad de las visiones que él narra, pues él no las manipuló, sino que las dejó tal como las había transcrito Brentano con el visto bueno de Ana Catalina.

Actualmente, están publicados los escritos de Ana Catalina en seis partes. *La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, La vida de la Santísima Virgen María, El primer año de enseñanza de Jesús, El segundo año de enseñanza de Jesús, El tercer año de enseñanza de Jesús* y *Misterios del Antiguo y Nuevo*

[190] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 373.
[191] Tagebuch Wesener, pp. 241-242.

Testamento. Estos cuatro últimos fueron escritos por el padre Carlos Schmoeger, que no sólo aprovechó los escritos de Brentano, sino también de los testigos más inmediatos de la santa como el doctor Wesener y el director Overberg.

Para comprobar la autenticidad esencial de las visiones de Ana Catalina, podemos poner como ejemplo el hallazgo de la casa de la Virgen en Éfeso. Según el relato escrito en "*La vida de la Santísima Virgen María", la casa de María se encuentra a unas tres horas de Éfeso sobre una colina situada a la izquierda de la carretera de Jerusalén. La montaña cae a pico hacia Éfeso que se divisa, viniendo del sudeste*[192].

El 1891, el padre Jung, sacerdote lazarista, acompañado por otro hermano y dos laicos, se dirigieron hacia Éfeso, en Turquía, para estudiar la realidad del relato de acuerdo a la visión de Ana Catalina. Encontraron una capilla en ruinas que eran los restos de un modesto y antiguo santuario que la tradición local llamaba *Panaghia Kapulu* (puerta o Casa de la Santísima). Ese sería el lugar donde vivió la Santísima Virgen en Éfeso los últimos años de su vida. Y los fieles ortodoxos acuden a él anualmente el día de la Asunción, en peregrinación.

Las coincidencias entre el relato de Brentano y la realidad eran tan grandes que se hicieron excavaciones arqueológicas en 1892, sacando a luz los cimientos de una casita edificada entre los siglos I y II y cuyo plano corresponde a lo que indica Ana Catalina como vivienda de María. La noticia se extendió rápidamente y, ya en 1896, acudieron un millón de fieles en peregrinación.

En la actualidad en ese lugar está el santuario *Meryem Ana* (Casa de María), cuya importancia como lugar de peregrinación se debió sobre todo al impulso que el dio el obispo Descuffi de Izmir, entre los años 1937 y 1966. Es el santuario mariano más importante de Turquía, que atrae a miles de peregrinos cada año. El 26 de Julio de 1967 lo visitó el Papa Pablo VI y el 30 de noviembre de 1979 el Papa Juan Pablo II.

Si hoy la Casa de la Virgen de Éfeso es un lugar venerado por cristianos, hebreos y musulmanes, se debe a Ana Catalina Emmerick, que, sin moverse de su lecho de enferma, pudo dar detalles al *Peregrino*. Por eso, no se excluyen otros hallazgos, siguiendo sus visiones.

---

192 Ana Catalina Emmerick, *Leben der Hl. Jungfrau María*, Aschaffenburg, Paul Pattloch Verlag, 1974, pp. 405-406.

8. ALGUNAS VIRTUDES

Ana Catalina sobresalía en muchas virtudes, pero sólo hablaremos de algunas, como la pureza, la obediencia, la caridad, la alegría y la amistad.

a) CASTIDAD

Respecto de a sus luchas por vivir esta virtud Ana Catalina afirma: *Parecía que el diablo y los hombres se hubieran aliado para arrastrarme al pecado y a menudo tuve que resistir a los requerimientos de los muchachos, especialmente los de un tal N. que una vez estuvo dos horas acosándome*[193].

Sus padres habrían consentido en un buen partido... Su madre le insistía en que saliera con su hermano a distraerse y divertirse con otros jóvenes y que fuera a cantar y bailar[194].

Ella confesó que *había tenido fuertes tentaciones contra la pureza de parte de demonios y de hombres, pero que jamás en su vida tuvo necesidad de confesarse de algo contrario a la castidad. Durante mucho tiempo ni siquiera había sabido que Dios la había preservado de ese pecado por una gracia especial. Ella creía que así era con todos los hombres. Había podido cuidarse de la impureza y nadie la tocó jamás*[195].

Ella cuidaba mucho su pureza. Debido a ello, el doctor Wesener afirma que ella aceptaba cualquier cosa que pudiese aliviar sus sufrimientos, excepto que no afectara a su pudor. *Ella sufría muchas veces de retención urinaria, pero no quería que se utilizara la sonda para evacuarle la orina*[196]. En la investigación civil lo que más le hizo sufrir, hasta quedar agotada, fue la falta de pudor con que la trataron. El doctor Wesener declara que ella le contó lo siguiente: *Estaba completamente llena de vergüenza, porque me obligaron a desnudarme y las frases que oía me llenaron de sonrojo. Cuando intenté cubrirme un poco el pecho me volvieron a arrancar la camisa*[197]. Tuvo que sufrir esa prueba para poder asemejarse en esto también a Jesús.

Su pureza brillaba en sus ojos limpios de malas intenciones. Era muy discreta en presencia de hombres, pero muy cariñosa, cuando estaba, por

---

193 Akten, p. 98.
194 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 188.
195 Ib. p. 187.
196 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1368.
197 Tagebuch Wesener, p. 207.

ejemplo, con su gran amiga Luise Hensel, a quien besaba y abrazaba con ternura y afecto al igual que a los niños.

b) OBEDIENCIA

Otra virtud en la que sobresalió fue en la obediencia. Esto se manifestaba especialmente cuando, estando en éxtasis, la llamaba su confesor. Dice el doctor Wesener: *El señor Brentano me comunicó que un día hizo una experiencia. Ella estaba dormida y le pidió al padre Limberg que le pidiera por obediencia con palabras en latín que se despertara. El padre se acercó a ella y le dijo en voz baja en latín: "Debes obedecer, levántate". La enferma se despertó inmediatamente y quería levantarse. Al preguntarle qué quería, respondió: "Me llaman".*

Al día siguiente, el padre, sin decir una palabra, escribió en un papel: "Obedece, levántate para hacerte la cama". El padre quería colocar el papel debajo de su cabeza, pero al momento que el papel tocó su cabeza se despertó con un profundo suspiro y dijo: "Me están llamando". Esta experiencia la hicieron varias veces[198].

Otro día, en que no estaba el padre Limberg, el señor Brentano quería que se despertara para que le hiciera la cama y tomó el papelito escrito por el padre Limberg y ella se despertó de inmediato, diciendo: *"Ya voy, me llaman"*[199].

Esta obediencia inmediata a la llamada del confesor, cuando estaba en éxtasis o para obedecer cualquier orden de su Superiora, llegaba al extremo de obedecer en tomar las medicinas que mandaba el doctor, aún sabiendo que le hacían daño a la salud y que debía pagar con su dinero el gasto de las medicinas.

Uno de sus mayores pesares era que la Priora le daba muy pocas o casi ninguna orden... Cuando la Superiora no le daba orden alguna, ella se aplicaba con gran celo a leer y releer la Regla con objeto de observarla escrupulosamente[200].

Y para más cumplir el voto de obediencia, deseó morir como religiosa y pidió a la madre Hackebram, su antigua Priora, que estuviera presente, en calidad

198 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1327.
199 Ibidem.
200 Akten, p. 89.

de representante de su antigua Comunidad, al momento de administrarle la extremaunción[201].

c) CARIDAD CON LOS POBRES

Desde muy niña tenía un cariño especial por los más pobres, a quienes ayudaba cuanto podía. Cuando algún pobre llamaba a su puerta, ella le salía al encuentro y le decía con sencillez: *Espera, espera, y te traeré un pan.* Su madre la dejaba y nunca la reprendía. Llegó hasta quitarse algunas prendas de su vestido para dárselas a los mendigos y supo conseguir con suaves palabras que sus padres aprobaran este acto[202].

Ella misma dice: *Cuando me sentaba a la mesa para comer, dejaba lo que más me gustaba o alguna parte y decía: "Esto te lo doy a Ti, Señor, con todo mi corazón para que Tú lo des a aquellos pobres que más lo necesitan"*[203].

Todos los años, especialmente por Navidad, regalaba vestidos para los pobres. A pesar de los continuos dolores de las llagas, desde su cama de enferma procuraba trabajar y hacer algo útil. Nunca podía estar ociosa. Y se dedicaba continuamente a confeccionar vestidos o gorritos u otras prendas de vestir para los pobres. Su sobrina María Catalina Emmerick en el Proceso certifica: *Su mayor alegría era ejercer la caridad. Cuando no se lo impedía la enfermedad, cosía constantemente para los niños pobres. Luise Hensel y Apolonia Diepenbrock se sentaban junto a su lecho y le ayudaban a confeccionar ropa para los niños*[204].

Ella, a pesar de su pobreza, siempre encontraba modos de socorrer a los necesitados. En una ocasión, le dio doce groschen al doctor Wesener para que se los entregara a un sastre que poseía una vaca, la cual acababa de morir. En otra ocasión le rogó que avisase a unos mendigos para darles comida, dinero y vestidos. Otro día supo que alguien estaba a la puerta pidiendo, y envió al doctor Wesener para que le entregase algo de dinero que tenía ahorrado. *Para ella, ayudar a los pobres y atenderlos era una obra plenamente grata a Dios*[205].

---

201 Tagebuch Wesener, p. 565.
202 Sch, tomo I, p. 22.
203 Sch, tomo I, p. 21.
204 Bouflet Joachim, *Ana Catalina Emmerick*, Ed. Palabra, Madrid, 2004, p. 266.
205 Akten, p. 50.

La pensión que recibía del gobierno de 132 táleros anuales, la distribuía a los pobres, de modo que murió tan pobre como los más pobres[206].

Ella pudo decir al final de su vida: *Siempre he considerado el servicio al prójimo como la mayor de las virtudes. Desde mi juventud he pedido a Dios que me dé fuerza para servir a mi prójimo y serle útil*[207].

Su sobrina María Emmerick declaró: *Mi tía tenía un carácter jovial y era sencilla y natural… Era pobre, vivía de una pequeña pensión del gobierno después de la secularización del convento. Le ofrecían muchos regalos, pero no retenía nada para sí, todo lo daba a los pobres*[208].

d) ALEGRÍA

A pesar de que Ana Catalina sufría tanto por sus llagas y por tantas enfermedades, era una persona muy amable, jovial y con sentido del humor. Dicen los testigos del Proceso que era especialmente amable y cariñosa con los niños[209]. Se ponía muy alegre cuando venían las almas del purgatorio a darle las gracias por su ayuda por haberlas sacado de allí y se iban al cielo.

Al morir su madre, lloró mucho; pero el mismo día por la tarde, la encontraron muy alegre y, al preguntarle el porqué, respondió: *Porque mi madre ha salido del purgatorio y yo estoy feliz*[210].

Otra fuente de inmensa alegría era obedecer. Ella dice: *La obediencia era mi fuerza y mi consolación. Gracias a la obediencia, yo podía orar alegre y contenta y podía estar con Dios con el corazón libre*[211].

Especialmente le daba gran alegría el poder hacer felices a los demás. Dice el padre Overberg: *Ella sentía una gran alegría cuando podía hacer algún servicio a cualquiera de las hermanas que la habían herido*[212].

---

206 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 278.
207 Positio, tomo I, Informatio super virtutibus, p. 171.
208 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 17.
209 Positio, tomo I, Informatio super virtutibus, p. 182.
210 Positio, tomo I, Informatio super virtutibus, p. 174.
211 Sch, tomo I, p. 57.
212 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 269.

Esto mismo reafirmó Clara Söntgen: *En el convento su mayor alegría era poder hacer algún servicio a sus hermanas, especialmente a las que no la querían*[213].

En la mesa, tomaba lo menos agradable y dejaba lo mejor a otras. Y ello lo hacía siempre con alegría y placer de lo que yo me asombraba[214].

Pero, sobre todo, la fuente de toda su alegría era la comunión de cada día. En esos momentos de unión íntima con su Señor y su Dios, ella se sentía en el cielo y, por eso, normalmente, después de comulgar, se quedaba en éxtasis, perdiendo los sentidos y viviendo unos momentos de cielo.

Todos los que la conocieron están de acuerdo en reconocer su dulzura y amabilidad de trato y también en su humor festivo y jocoso[215].

Durante la investigación civil, había un médico muy gordo que la aborrecía y le hacía sufrir. Cuando más tarde se hablaba de él, Ana Catalina, con sentido del humor, comentaba sonriendo: *Bah, yo le resultaba antipática por lo delgada que soy*[216].

Ciertamente, como diría un testigo del Proceso: *No se pueden imaginar lo afable que era y cuán exquisita era su bondad*[217].

e) AMISTAD

Ana Catalina era amiga de todos y por todos estaba dispuesta a sufrir. Cuando le hacían algún servicio era muy agradecida. Brentano dice: *Había cosas que, por descuido, por inadvertencia o torpeza, le causaban graves molestias. Así, por ejemplo, junto a su lecho había una hendidura en el muro por donde penetraba el aire helado y nadie se había percatado de taparla. La tapé con un pedazo de hule y ella me lo agradeció muchísimo*[218].

Al final de su vida eran muchas las personas que venían a darle gracias y a pedirle oraciones. Ella recibía a todos por igual, a ricos o pobres, católicos o

---

[213] Ibidem.
[214] Ibídem.
[215] Bouflet Joachim, o.c., p. 277.
[216] Akten, p. 376.
[217] Akten, p. 8.
[218] Brentano, *Semblanza de Ana Catalina, Autobiografía*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 2004, p. 152.

protestantes. En ocasiones la visitaban soldados que partían a la guerra para pedirle oraciones, y ella los encomendaba. *Más de uno regresó para darle las gracias, convencido de que debía a sus oraciones el hecho de continuar vivo, pues había participado en batallas en las que todo el mundo caía a su alrededor*[219].

Normalmente las personas que iban a visitarla con buena voluntad se quedaban prendadas de su amabilidad y acababan haciéndose amigas de ella. Así le pasó al padre Lambert, al padre Limberg, a Christian Brentano y a su hermano Clemente Brentano, el escritor de sus visiones; lo mismo sucedió con el conde de Stolberg, Apollonia von Diepenbrock, que la ayudaba en sus ratos libres a coser y a su médico de cabecera, el doctor Wesener.

Pero su mejor amiga fue Luise Hensel (1798-1876). Era hija de un pastor protestante que vivía en Berlín. Hacía tiempo que se sentía atraída hacia la fe católica y era amiga de Clemente Brentano, que quería casarse con ella, pues era poeta como él y tenía un alma bella. Se convirtió al catolicismo el 23 de noviembre de 1818, aunque lo mantuvo oculto durante un tiempo. Pensó en hacerse religiosa, pero las circunstancias no le fueron favorables.

El 13 de abril de 1819 fue a visitar por primera vez a Ana Catalina y su impresión fue inolvidable. Dice en sus *"Recuerdos": Me recibió con gran afabilidad, ¡manifestando una amabilidad tan humana...! En cuanto estuvimos solas, me besó tiernamente y me acarició como se acaricia a un niño. Yo me sentía profundamente humillada, pensando en mis pecados y en las estupideces que había hecho; y, mientras me acariciaba y me besaba, le dije estas torpes palabras: "que si supiera lo que era yo, no me acariciaría tan afectuosamente". Entonces me soltó de golpe, me miró de tal manera que sentí que penetraba hasta lo más profundo de mi ser. Luego me dijo muy seriamente: "Créeme, yo llego hasta el fondo del corazón de los que vienen a mí. Dios me ha hecho ese regalo". A continuación me sonrió amablemente y me dijo: "Tienes buena voluntad", y volvió a acariciarme*[220].

Este encuentro marcó el comienzo de una amistad imperecedera y entrañable. Las obligaciones de Luise no le permitieron permanecer en Dülmen. Regresó en abril de 1821 para pasar ratos deliciosos junto a la enferma, a quien cuidaba con amor. Dice Luise: *Cuando le arreglaban la cama, la tomaba en mis rodillas o entre mis brazos, y me daba la impresión de que no pesaba nada. Su rostro no se correspondía con su extremada delgadez. No tenía arrugas, ni*

---

[219] Akten, pp. 322-323.

[220] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 341.

tampoco demacrado el rostro. Cuando hablaba de cosas santas su expresión era muy bella y muy joven. Yo disfrutaba viéndola así, y a menudo la provocaba haciéndole preguntas. Pero tenía el cuello tan delgado que, a través de los pliegues de la piel, se podían distinguir la tráquea y los tendones[221].

De ella siempre guardará un hermoso recuerdo. Por eso, cincuenta años después de su última visita, escribirá: *Me queda el tierno recuerdo del modo en que un día, en el momento de marchar bendijo mis ojos, mi boca, mi pecho y mis hombros rezando en voz baja; yo no entendía nada, hasta que al bendecir mis hombros dijo en voz alta e inteligible: "Para que se hagan lo bastante fuertes como para llevar lo que Tú llevaste". ¡Cuántas veces he meditado esta frase! Me regaló también una vieja estampa en la que se ve un corazón que sube al cielo rodeado de cruces por todas partes; debajo se lee: "Por numerosas cruces y padecimientos, hacia el lugar de la alegría". Y añadió que aquello tenía que realizarse en mí*[222].

Especialmente era amiga de los niños, que eran la niña de sus ojos, por los que trabajaba haciéndoles vestidos.

9. MILAGROS EN VIDA

Una vez recibió de una bienhechora dos libras de café por el día de su fiesta. Hizo su desayuno con ese café durante todo un año sin que disminuyera en absoluto, de modo que ella se alegraba mucho. Pero al caer gravemente enferma, se acabó ese alimento.

Otra vez, al regresar del coro a su celda, que había dejado cerrada, se encontró en la ventana dos táleros. Ella se los entregó a la Superiora, quien le autorizó para comprar una provisión de café, que le duró (milagrosamente) *mucho tiempo*[223].

Ella recuerda: *Un día la condesa de Galen me obligó a tomar dos piezas de oro para que se las diese a los pobres. Yo las cambié por pequeñas monedas con las que compré el material necesario para hacer vestidos y zapatillas que luego repartiría. Este dinero fue maravillosamente bendecido por Dios, porque todas las veces que terminaba las pequeñas monedas, encontraba de nuevo las*

[221] Ib. p. 351.
[222] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 356.
[223] Sch, tomo I, p. 229.

dos piezas de oro en mi bolsillo y de nuevo las hacía cambiar. Así ocurrió hasta que tuve una enfermedad en que estuve dos meses muy mal[224].

Otro día el médico del convento, que era un poco tosco, había reprendido a una pobre mujer que tenía un dedo muy mal y cuyo brazo estaba muy inflamado y casi negro. Le dijo que tendría que cortarle el dedo. La pobre mujer, pálida de terror, vino a verme y me rogó la ayudase. Yo recé por ella. Hablé con la Madre y me permitió vendarle la llaga. Tomé salvia, mirra y hierba de Nuestra Señora, lo hice hervir con agua y un poco de vino, añadí un poco de agua bendita y le hice un cataplasma para el brazo. Fue Dios mismo quien me lo inspiró, pues a la mañana siguiente, el brazo estaba totalmente desinflamado. El dedo, que todavía estaba mal, lo hice mojar con aceite y cenizas calientes. Al final se abrió, saliendo una gruesa espina. La mujer muy pronto curó[225].

Luise Hensel cuenta otro caso. *Un día, cuando me había puesto el abrigo y los guantes para volver a la posada, sacó de una cajita que tenía cerca de la cama unos trozos de tela que la querida Apollonia Diepenbrock le había dado, así como unos patrones de papel y unas grandes tijeras, y me pidió que cortara unos gorros y unas chaquetas para niño. Estábamos en tiempo de Adviento y ella cosía siempre con la Virgen María para el niño Jesús. Yo le objeté que había caído la tarde, que estaba oscuro y que no podría trabajar durante la noche. Le dije que volvería a la mañana siguiente para cortar todo lo que quisiera. Pero insistió en que le cortara los patrones de dos chaquetitas y de tres o cuatro gorros que, al menos en parte, estaban compuestos de pequeños retales. Por fin, satisfecha, reunió los recortes en un paquete que dejó a su lado y me dejó marchar.*

Imposible describir mi sorpresa cuando, al llegar al día siguiente para coser aquellas prendas con ella –yo pensé que en un día no tendría tiempo de acabar ni siquiera una–, le vi colocar delante de mí, encima de la manta, una tras otra, las prendas acabadas, alisadas, cosidas sin el menor defecto. Sonreía maliciosamente. La mejor costurera no habría podido acabar en una noche todos aquellos esmerados trabajos de costura, tan finos, sin ningún defecto, incluso si hubiera estado en una habitación caliente, bien iluminada, ¡y con las manos sanas! Y sin embargo, aquel trabajo, realizado en medio de la más completa oscuridad, era claramente un milagro. Uno de aquellos gorritos había sido hecho con catorce o quince pequeños trozos de tela[226].

---

[224] Sch, tomo I, p. 231.
[225] Sch, tomo I, p. 233.
[226] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 357.

CAPÍTULO SEXTO
LOS NOVÍSIMOS

1. EL INFIERNO

Veamos lo que Ana Catalina nos dice del infierno, lo que conocía por experiencia y no sólo de oídas. Según el Catecismo de la Iglesia, el infierno es el estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados (Cat 1033).

Un día fue llevada por su ángel a ver el infierno. *Hallándome una vez muy turbada y abatida a la vista de las miserias que me rodeaban y de tantas penas y violencias como sentía, pidiendo a Dios que se dignara concederme siquiera un día tranquilo, pues vivía como en el infierno, mi guía me reprendió muy severamente. "Para que no compares tu estado con el infierno", me dijo: "voy a mostrarte el infierno"... Llegamos a un país espantoso. Cuando llegué al lugar de espanto, me pareció que entraba en un mundo desconocido. Cuando me acuerdo de lo que vi, tiemblo de pies a cabeza. Al principio lo vi todo globalmente; allí había una sima tenebrosa, todo era fuego, tormentos, noche. Los límites del horizonte eran siempre la noche. Al acercarme vi un país de infinitos tormentos*[227].

Otro día, cuando el ángel abrió la puerta del infierno, me vi en medio de una confusión de voces de espanto, de maldiciones, injurias, aullidos y lamentos. Algunos ángeles lanzaron hacia abajo ejércitos enteros de espíritus malignos. Todos se vieron obligados a reconocer a Jesús y adorarle, y éste fue su mayor tormento. Gran multitud de ellos fueron encadenados en un círculo alrededor de otros que estaban también sujetos; en medio de ellos había un abismo tenebroso. Lucifer fue arrojado con cadenas en él y allí a su alrededor todo eran tinieblas[228].

Cuando iba a orar al cementerio de noche, sentía yo en algunos sepulcros una oscuridad más profunda que la de la misma noche; esto me parecía más negro que lo enteramente negro, como sucede cuando se abre un agujero en un paño negro, que el agujero parece todavía más negro que el paño.

---

[227] Sch, tomo III, p. 25.
[228] S. pp. 383-384.

A veces veía salir de ellos como un vaho negro que me estremecía. Me sucedía también que cuando el deseo de ayudar me impulsaba a penetrar en estas tinieblas, me sentía repelida hacia atrás. En estos casos la idea viva de la santísima justicia de Dios era para mí como un ángel que me libraba de lo que hay de espantoso en tales sepulcros[229].

El infierno es el rechazo a Dios y a su amor, es no poder decir Jesús jamás.

2. EL PURGATORIO

El purgatorio es el estado de purificación en que están las almas después de la muerte, porque en el *cielo no puede entrar nada manchado* (Ap 21, 27). El catecismo de la Iglesia católica afirma que *los que mueren en gracia, pero están imperfectamente purificados, sufren después de su muerte una purificación a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo* (Cat 1030).

En el purgatorio no hay desesperación, porque están seguros de la salvación. Ana Catalina sintió desde su más tierna edad la necesidad de orar por ellos. Y así nos dice: *Siendo todavía niña fui conducida por una persona, a la cual no conocía, a un lugar que me pareció el purgatorio. Vi muchas almas allí que sufrían vivos dolores y que me suplicaban que rogara por ellas. Me parecía haber sido conducida a un profundo abismo donde había un amplio espacio que me impresionó mucho, me llenó de espanto y turbación. Vi allí a hombres muy silenciosos y tristes, en cuyo rostro se vislumbraba, a pesar de todo, que en su corazón se alegraban, como si pensaran en la misericordia de Dios. Fuego no vi ninguno; pero conocí que aquellas pobres almas padecían interiormente grandes penas.*

Cuando oraba con gran fervor por las benditas almas, oía voces que me decían al oído: "¡Gracias, gracias!". Una vez había perdido, yendo a la iglesia, una pequeña medalla que mi madre me había dado, lo cual me causó mucha pena. Consideré que había pecado por no haber cuidado mejor de aquel objeto y con esto me olvidé de rezar aquella tarde por las benditas almas. Pero cuando fui al cobertizo por leña, se me apareció una figura blanca, con manchas negras, que me dijo: "¿Te olvidas de mí?". Tuve mucho miedo y al punto hice la oración que había olvidado. La medalla la encontré al día siguiente bajo la nieve, cuando fui a hacer mi oración.

---

[229] Sch, tomo III, p. 4.

Siendo ya mayor iba a misa temprano a Koesfeld. Para orar mejor por las ánimas benditas tomaba un camino solitario. Si todavía no había amanecido, las veía de dos en dos oscilar delante de mí como brillantes perlas en medio de una pálida llama. El camino se me hacía muy claro y yo me alegraba de que las almas estuvieran en torno mío, porque las conocía y las amaba mucho. También por la noche venían a mí y me pedían que las aliviase[230].

Es muy triste que actualmente se socorra tan poco a las ánimas benditas. Es muy grande su desdicha, pues no pueden hacer nada por su propio bien. Pero cuando alguno ruega por ellas o padece o da alguna limosna en sufragio de ellas, en ese mismo momento se permuta esta obra en bien suyo, y ellas se ponen tan contentas y se reputan tan dichosas como aquel a quien dan de beber agua fresca cuando está a punto de desfallecer[231].

Esta noche (27 de setiembre de 1820) *he pedido mucho por las ánimas benditas, y he visto muchos admirables castigos que ellas padecen, y la incomprensible misericordia de Dios. He visto la infinita justicia y misericordia de Dios, y que no hay cosa alguna verdaderamente buena en el hombre que no le sea útil. He visto el bien y el mal pasar de padres a hijos y convertirse en salud o desdicha por la voluntad y cooperación de éstos. He visto socorrer de un modo admirable a las almas con los tesoros de la Iglesia y con la caridad de sus miembros. Y todo esto era una verdadera sustitución y satisfacción por sus culpas, no faltándose ni a la misericordia ni a la justicia aunque ambas son infinitamente grandes.*

He visto muchos estados de purificación; en particular he visto castigados a aquellos sacerdotes aficionados a la comodidad y al sosiego, que suelen decir: "Con un rinconcito en el cielo me contento; yo rezo, digo misa, confieso, etc., etc.". Éstos sentirán indecibles tormentos y vivísimos deseos de buenas obras, y a todas las almas a quienes han privado de su auxilio las verán en su presencia, y tendrán que sufrir un desgarrador deseo de socorrerlas. Toda pereza se convertirá en tormento para el alma, su quietud en impaciencia, su inercia en cadenas, y todos estos castigos son, no ya invenciones, pues que proceden clara y admirablemente del pecado, como la enfermedad del daño que la produce[232].

¡Oh, cuántas gracias he recibido de las benditas almas! ¡Ojalá quisieran todos participar conmigo de esta alegría! ¡Qué abundancia de gracias hay sobre la tierra, pero cuánto se las olvida, mientras que ellas suspiran ardientemente!

---

[230] Sch, tomo I, pp. 29-30.
[231] Sch, tomo III, p. 2.
[232] S. p. 302.

Allí, en lugares varios, padeciendo diferentes tormentos, están llenas de angustia y de anhelo de ser socorridas. Y aunque sea grande su aflicción y necesidad, alaban a Nuestro Señor. Todo lo que hacemos por ellas les causa una infinita alegría[233].

El doctor Wesener relata en su "*Diario"*: *El padre Limberg se quedó una noche a cuidarla, porque no estaba en casa su hermana y Catalina estaba muy mal. Hacia las 11 de la noche, estando junto a su lecho, apoyado sobre una mesita, oyó que alguien tocaba como con una llave. Se levantó, miró por todas partes y no encontró nada raro. Otras veces, ocurrió el mismo fenómeno y no pudo encontrar la causa de aquellos golpes. Dos semanas más tarde, el padre Limberg me dijo que la enferma había oído los ruidos durante la noche y que habían sido las almas del purgatorio; porque desde hacía tiempo ella no había rezado por ellas*[234].

En octubre de 182l, como se acercaba el día de *Todos los difuntos*, ella hacía duros trabajos por la noche en favor de las almas en pena, conocidas o desconocidas. *A veces se aparecía un alma o su ángel para pedir tal cosa como satisfacción. Una noche vino el alma de una difunta y le dijo que un bien mal adquirido le había sido transmitido por sus padres y que ahora lo tenía su hija y quería que le advirtiera que hiciese un largo viaje en medio de la nieve para devolverlo*[235].

Ella nos dice: *Cuando iba al purgatorio, no sólo conocía a mis amigos, sino también a parientes de ellos, a quienes nunca había visto. Entre las almas más abandonadas he visto a aquellas pobres de quien nadie se acuerda y cuyo número es grande, pues muchos hermanos nuestros en la fe no hacen oración por ellas. Por estas pobres almas olvidadas, ruego yo sobre todo*[236].

En ocasiones veía pasar delante de sus ojos, durante la noche, una intensa luz y oía decir: *Te lo agradezco*. Ella creía que era un alma del purgatorio, que venía a darle las gracias[237].

Clara Söntgen informó en el Proceso: *Por la noche, cuando estábamos acostadas, rezábamos juntas por las almas del purgatorio. Solía ocurrir que, cuando habíamos terminado nuestra oración, una hermosa luz surgía ante*

---

233 Sch, tomo III, pp. 6-7.
234 Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1193.
235 Sch, tomo II, p. 66.
236 Sch, tomo I, p. 10.
237 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 310.

nuestro lecho. Llena de alegría, Emmerick me decía: "¡Mira, mira esa luz maravillosa!". Pero yo estaba tan asustada que no me atrevía a mirar[238].

Una mañana le dijo al padre Rensing: *Diga a la gente en el confesionario que rece mucho por las almas del purgatorio… Ellas* (al salir) *rezarán por nosotros en agradecimiento. Rezar por ellos es agradable a Dios, porque les ayudamos a gozar más rápidamente de la visión beatífica*[239].

3. EL LIMBO[240]

La Iglesia no descarta la existencia de un limbo temporal para los niños muertos sin bautismo antes de que vayan al cielo. Sobre este punto Ana Catalina tuvo revelaciones esclarecedoras en un tiempo en que todavía estas ideas de la salvación de estos niños estaban muy lejanas. Ella cuenta la historia real de una mujer que había matado al hombre que la había violado y también había matado al niño que había sido concebido. Y dice: *Al poco tiempo, murió arrepentida también esta mujer que deberá padecer en expiación todos los años que la providencia divina tenía destinados de vida a su hijo hasta que el niño, con el transcurrir del tiempo, haya alcanzado el momento de gozar de la luz eterna*[241].

Otro caso real, que ella misma nos relata, es sobre una joven campesina, que dio a luz a su hijo secretamente por temor a sus padres. El niño murió sin bautismo al poco tiempo. Y dice: *Yo he sentido verdadera solicitud por ese pobre niño muerto antes del bautismo y me he ofrecido a Dios para satisfacer y expiar por él... Ya hace mucho tiempo que he tenido revelación sobre el estado de estos niños que mueren antes del bautismo. No puedo explicar con palabras aquello en lo que veo consistir su pérdida, pero me siento tan conmovida que*

---

[238] Akten, p. 160.

[239] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 418.

[240] ¿Ha sido suprimido el limbo de las enseñanzas de la Iglesia católica? Lo cierto es que nunca fue un dogma de fe, aunque durante algunos siglos fue una opinión generalizada que los niños muertos sin bautismo iban al limbo y que nunca irían al cielo. En el Catecismo de la Iglesia católica se dice: *En cuanto a los niños muertos sin bautismo, la liturgia de la Iglesia nos invita a tener confianza en la misericordia divina y a orar por su salvación* (Cat 1283). Poco a poco, se fue abriendo paso la idea de la salvación de estos niños y el año 2006 la Comisión teológica internacional publicó un documento con la aprobación del Papa Benedicto XVI en el que se decía: *Además de la teoría del limbo (que continúa siendo una opinión teológica posible) puede haber otros caminos que integren y salvaguarden los principios de la fe en la Eucaristía*. No se descarta la existencia del limbo y, a la vez, habla, como dice el titulo del documento, de *La esperanza de salvación para los niños que mueren sin bautismo* (Ed. BAC, Madrid, 2007). Esto quiere decir que se pueden salvar estos niños y que podría haber un limbo temporal, pues no necesariamente se salvan inmediatamente después de su muerte.

[241] Visión del 31 de diciembre de 1820, en *Visiones y revelaciones*, tomo 3, Ed. Guadalupe, México, 1944, p. 511.

siempre que vengo a saber de un caso semejante me ofrezco a Dios con la oración y el sufrimiento para satisfacer y expiar por aquello que otros han descuidado a fin de que el pensamiento y el acto de caridad que yo hago puedan compensar lo que falta en virtud de la comunión de los santos[242].

Otro caso: *Un día se me apareció un niño de tres años de edad, que había fallecido sin bautismo. Me dijo que no podía ser sepultado y que yo debía ayudarlo. También me dijo lo que debía hacer para su aprovechamiento con continuas plegarias... Al día siguiente, vino a verme una pobre mujer de Dülmen, pidiendo ayuda para cubrir los gastos de la sepultura de su hijo muerto. Era el mismo que yo había visto la noche anterior. Lo hicimos sepultar. Y todo esto lo hicimos en sufragio y mérito del alma del niño*[243]. *Después de haber sepultado al niño lo vi de nuevo. Y ahora estaba radiante y se iba a una fiesta, donde muchos niñitos estaban reunidos en alegre diversión*[244]. La obra buena de sepultarlo y las oraciones de Ana Catalina consiguieron que fuera liberado y fuera al cielo, alegre y feliz.

Por eso, ella misma dice: *Se debe orar para que ningún niño muera sin bautismo*[245].

4. EL CIELO

Según el catecismo de la Iglesia, *el cielo es la comunión de vida y amor con la Santísima Trinidad, con la Virgen María, los ángeles y todos los santos* (Cat 1024).

Ana Catalina vivía momentos de cielo en la tierra, cuando estaba en éxtasis, especialmente después de la comunión. También tuvo muchas visiones relativas al cielo: *Vi una innumerable multitud de santos en infinita variedad, siendo sin embargo una sola cosa en cuanto a lo interior de su alma y en su modo de sentir. Todos vivían y se movían en una vida de alegría y todos se penetraban y se reflejaban los unos en los otros. El espacio era como una cúpula infinita, llena de tronos, jardines, palacios, arcos, ramilletes de flores, árboles,*

---

[242] Visión del 12 de abril de 1820; ib. p. 499.
[243] Visión del 29 de junio de 1821; ib. p. 513.
[244] Visión del 1 de julio de 1821; ib. p. 514.
[245] Visión del 12 de enero de 1820; ib. p. 489.

todo unido con caminos y sendas que brillaban como el oro y las piedras preciosas. Arriba en el centro había un resplandor infinito: el trono de la divinidad.

Todos los religiosos estaban juntos según su Orden y dentro de él se hallaban colocados más o menos altos según habían sido sus vidas... Los jardines eran indeciblemente hermosos y resplandecientes… Todos cantaban una hermosa canción y con ellos cantaba también yo. Entonces, miré a la tierra y la vi yacer entre las aguas a modo de una pequeña mancha. Todo lo que había en torno mío me parecía inmenso. ¡Ah, es tan corta la vida! ¡Llega tan rápidamente su fin! Pero es tanto lo que se puede ganar en poco tiempo, que no me atrevo a entristecerme. Con gusto, quiero aceptar todas las penas que Dios me envié[246].

Ciertamente, la vida es tan corta que vale la pena aprovechar bien el tiempo y vivir para la eternidad. El cielo nos espera. Dios, como padre amoroso, nos espera con los bravos abiertos para darnos una felicidad sin fin. El cielo será la plenitud de la felicidad, la felicidad colmada, donde todos hablaremos el lenguaje del amor. Ahora bien, no todos serán igualmente felices. Nuestro cielo será tan grande como la medida de nuestro amor. Por tanto, lo importante es aprovechar bien el tiempo para crecer cada día en el camino del amor, para tener cada día más capacidad de amar, ya que según esa capacidad seremos más o menos felices en el cielo.

No nos cansemos nunca de amar, de hacer el bien, de servir, porque como decía san Agustín, *la medida del amor es el amor sin medida* (Epist 109, 2)

CAPÍTULO SÉPTIMO
SUS GRANDES AMORES

1. AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Desde el día de su primera comunión, Jesús Eucaristía se constituyó en el centro y esencia de su vida. Sin Él no podía vivir y lo amaba con todo su corazón. Por eso, le dolía tanto cuando veía sacerdotes que celebraban la misa por rutina y sin devoción. Sobre ello nos dice: *Veo a todas horas del día y de la noche las misas que se dicen en todo el mundo y en comunidades muy remotas, donde todavía se celebra como en tiempo de los apóstoles. Sobre el altar se me*

[246] S. pp. 279-280.

ofrece en visión una asistencia celestial con que los ángeles suplen las negligencias de los sacerdotes. Por las faltas de devoción de los fieles ofrezco yo también mi corazón y pido a Dios misericordia. Veo muchos sacerdotes que desempeñan su ministerio de un modo deplorable. Guardan las formas, pero muchas veces no se cuidan del espíritu. Siempre tienen presente que los está viendo el pueblo, y con esto no piensan en que los ve Dios.

Los escrupulosos quieren convencerse de su propia devoción. Muchas veces durante el día estoy viendo de esta manera la celebración de la misa por todo el mundo; y cuando me dirigen alguna pregunta, me parece como si tuviera que interrumpir una ocupación para hablar con un niño curioso. Es tanto lo que Jesús nos ama, que perpetúa en la misa la obra de la redención; la misa es la redención oculta que se realiza constantemente en el Sacramento. Todo esto lo vi desde mis primeros años, y creía que todos los hombres lo veían como yo[247].

En la festividad de san Isidro Labrador me fueron enseñadas muchas cosas acerca del valor de la misa que se dice y que se oye; y supe que es una gran dicha que se digan tantas misas, aunque las digan sacerdotes ignorantes e indignos, pues mediante ellas se libran los hombres de peligros, castigos y azotes de todo género. Conviene que muchos sacerdotes no sepan lo que hacen, que si lo supieran, no podrían celebrar, de pavor, el santísimo sacrificio. Vi cuán admirables bendiciones nos vienen de oír misa, y que con ellas son impulsadas todas las buenas obras y promovidos todos los bienes, y que muchas veces el oírla una sola persona de una casa basta para que las bendiciones del cielo desciendan aquel día sobre toda una familia. Vi que son mucho mayores las bendiciones que se obtienen, oyéndola, que encargando que se diga y se oiga[248].

Para ella, el momento más importante de la misa, después de la consagración, en el que a veces veía con sus ojos al niño Jesús en la hostia, era el momento cumbre de su unión con el mismo Jesús en la comunión.

Brentano testifica: *El hambre de la comunión, a veces, es para ella muy violenta. Está toda lánguida y se lamenta de la privación de este alimento cotidiano. Cuando está en éxtasis, ella grita a su prometido celeste: "¿Por qué me dejas languidecer así? Sin ti yo no puedo vivir. Tú solo me puedes socorrer. Si debo vivir, dame la vida". Cuando sale del éxtasis, dice: "Mi Señor me ha dicho que así puedo ver lo que soy sin Él"*[249].

[247] S. p. 362.
[248] S. pp. 400-401.
[249] Sch, tomo II, p. 428.

Su deseo de recibir la comunión era tan profundo que *un día, toda inflamada en tan gran deseo del adorable sacramento fue transportada en espíritu a la iglesia. Se encontró arrodillada delante del sagrario, estando a punto de abrirlo para darse a sí misma la comunión. Pero entonces se dio cuenta de que eso era algo ilícito y le rogó al confesor que la confesara y le diera la absolución. Él quiso tranquilizarla como si se hubiera tratado de un simple sueño, pero ella estaba segura de que no había sido un sueño, sino que se había encontrado realmente en persona delante del sagrario*[250].

Se levantaba antes de medianoche y también hacia las tres o cuatro de la mañana, porque sentía un deseo violento que no le permitía esperar mucho tiempo para recibir la santa comunión y, cuando la recibía, su alma se llenaba de una gran alegría… Cuando había comulgado, sus hermanas notaban en ella una serenidad y una fuerza especial, aún cuando estuviera débil y enferma[251].

Frecuentemente deseaba comulgar antes de la hora señalada, pues su deseo de la Eucaristía se hacía tan vehemente que no podía soportarlo. En una ocasión, poco después de medianoche, creyó morir por ello: sentía como si le abrasara un fuego interior, como si la fuerza que le arrastraba hasta la capilla fuera tal, que se le hubieran arrancado los miembros si no entraba en ella. El padre Lambert la reprendió por llamar a su puerta a una hora tan intempestiva, pero, viendo el estado en que se encontraba, accedió a darle la comunión[252].

A menudo veía en torno al Santísimo Sacramento una viva luz, o en la sagrada Forma, una cruz de color marrón o de un tono distinto al blanco. Si hubiera sido blanca, decía, no habría podido verla. La cruz no era más grande que la hostia, pero a veces ésta era mayor de lo habitual…También solía ver en la sagrada Forma al niño Jesús, muy pequeño, pero ¡tan resplandeciente y tan hermoso![253].

Una vez, cuando iba a tocar la campanilla en medio de la misa, vi al niño Jesús sobre el cáliz. ¡Era tan hermoso! Yo creía estar en el cielo y quería saltar la reja para ir hasta el niño Jesús, pero entonces me dije: "No, no, ¿qué voy a hacer?"[254].

Era tan grande el atractivo del sagrario para ella que, estando en el convento, mientras trabajaba estaba mirando continuamente hacia la iglesia,

---

250 Sch, tomo I, p. 438.
251 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 295.
252 Akten, p. 88.
253 Akten, pp. 85 y 95.
254 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 309.

donde estaba Jesús sacramentado. Cuando era sacristana, lo tenía todo muy limpio por amor a Jesús y besaba el cáliz y la hostia para que Jesús, al llegar, encontrara su beso por adelantado. Durante las noches hubiera querido quedarse para acompañar a Jesús ante el sagrario, pero la Priora se lo prohibió para que no llamara la atención. Sólo se lo permitía en algunas fiestas especiales.

Una noche, con permiso, estuvo acompañando a Jesús con su ángel custodio y se le aparecieron su padre san Agustín, santa Rita de Casia y santa Clara de Montefalco, religiosa de su Orden[255].

Para ella la comunión era fortaleza para el alma y para el cuerpo. Declara su director espiritual, el padre Overberg: *La he visto tan débil que no se podía tener de pie ni siquiera sentarse en la cama. A veces no puede ni hablar de manera audible. Pero, después de recibir la comunión, se siente tan fortalecida que puede soportar una entrevista por algunas horas. En esos momentos los dolores desaparecen totalmente o le quedan muy suaves*[256].

Clara Söntgen afirma: *Ella siempre estaba más fuerte cuando comulgaba, y me decía que entonces Dios le daba muchas fuerzas de más. Ella gustaba comulgar los jueves en honor del Santísimo Sacramento... Un día le pregunté por qué los jueves se ponía el mejor hábito y ella me dijo que era en honor del Santísimo Sacramento*[257].

2. AMOR A MARÍA

Desde su infancia Ana Catalina tuvo una gran devoción a la Virgen María. Y así declara: *Hoy, después del mediodía, he llorado mucho y estrechado fuertemente contra mi corazón una imagen de la Madre de Dios, repitiendo esta invocación: "¡Tú eres mi Madre!". Con esto recibí mucho consuelo.*[258]

En la habitación que le construyó su padre en su casa para trabajar de costurera, colocó una imagen de la Virgen y un pequeño belén de cera en el que sólo estaban María y el niño Jesús.

---

255 Sch, tomo II, p. 430.
256 Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 18.
257 Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 437.
258 Ana Catalina Emmerick, *Autobiografía*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 2004, p. 113.

En la encuesta eclesiástica, ella afirmó que *vio muchas veces a la Madre de Dios y que su trono era muy hermoso. Ella la veía también con el niño Jesús. Y la Virgen habría estado muy amable con ella*[259]. Asegura: *No hay ningún ser que se pueda comparar con María. Su rostro excede al de todas las mujeres en inefable pureza, en inocencia, gravedad, sabiduría, paz y suave y devota amabilidad. Parece noble y distinguida y, al mismo tiempo, sencilla e inocente como un niño… ¡Quién pudiera ver la hermosura, pureza y clara profundidad de María!*[260].

En una de sus visiones dice: *Vi a los pobres pecadores arrepentidos, arrodillados ante Jesús junto al que estaba María. Ellos le pedían a María que intercediera por ellos. Así comprendí que es realmente el refugio de los pecadores y que todos lo que se dirigen a ella con sólo un poco de fe serán perdonados*[261].

Además, no olvidemos que conocía la vida de María perfectamente a través de las visiones que tuvo por gracia de Dios. Por eso, Brentano pudo escribir, de acuerdo a sus relatos, la *Vida de la Virgen María*, al igual que la *Dolorosa Pasión de Jesucristo*.

Cuando cometía errores o imperfecciones acudía a María con fe para que intercediera ante Jesús, y le decía: *¡Oh, Madre mía, eres doblemente mi madre! Tu hijo te entregó a mí como madre, cuando dijo a Juan: "Ahí tienes a tu madre". Yo estoy unida a tu hijo, pero le he desobedecido y en medio de mi vergüenza no me atrevo a presentarme delante de Él. Ten piedad de mí. ¡Es siempre tan bueno el corazón de una madre! Pídele que me perdone. A ti no te lo negará*[262].

¡Qué hermosa familiaridad con María, a quien veía frecuentemente con el niño Jesús! Y María se lo dejaba para que pudiera disfrutar de sus besos y abrazos y sentirse así inmensamente feliz.

De una visión en que vio a María manifiestó lo siguiente: *¡Oh, qué hermoso era su trono! ¡La Madre estuvo tan amable conmigo! Cuando me ofreció el Niño, me sentí tan feliz, tan llena de alegría, que no sabía qué decir, exclamando solamente: "¡No puedo más, no puedo más!"*[263].

---

[259] Positio, tomo II, Summarium, parte 2, p. 310.
[260] S. p. 256.
[261] Akten, p. 47.
[262] Akten, p. 103.
[263] Akten, p. 79.

Y en otra ocasión *vi a María con el Salvador bajo la apariencia de un niño pequeño. Me inundó una alegría inexplicable cuando aquella Madre buena me puso el Niño en los brazos, y sentí una pena enorme al tener que separarme de él; pero, finalmente, me decidí a devolvérselo*[264].

María Emmerick, su sobrina, manifiestó en el Proceso: *Después de la escuela, yo pasaba mi tiempo libre junto a mi tía y he visto que tenía junto a sí el libro de la Regla de san Agustín y lo leía mucho. Recitaba el rosario con fervor y hacía meditación, teniendo entre sus manos un crucifijo. Me enseñó a rezar el rosario, y a todos los animaba a rezarlo*[265].

3. AMOR AL ÁNGEL CUSTODIO

Ana Catalina tenía una gran amistad y una confianza plena con su ángel, a quien veía desde su más tierna infancia. *Siendo todavía una niña, cuando sus padres se retiraban a descansar, se levantaba ella de su lecho y oraba con su ángel de la guarda por espacio de dos o tres horas, y, muchas veces, hasta el amanecer*[266]. Su ángel era su guía y compañero. *Y ella era como un niño dócil y silencioso en manos de su ángel*[267].

Mientras ella no tuvo la dirección espiritual de los sacerdotes de la Iglesia, el ángel era su único guía, cuyas indicaciones regulaban su vida. Pero cuando comenzó a recibir los santos sacramentos y a someterse al juicio del confesor, mostró a éste la misma sumisión y el mismo respeto que antes había mostrado a su ángel[268].

Nunca entró en la casa de Dios sin ser acompañada por su ángel custodio, en quien tenía el modelo de cómo debía comportarse en adoración ante Jesús Sacramentado[269].

Su ángel no consentía en ella la menor imperfección, castigando sus faltas con reprensiones y penitencias, muchas veces dolorosas, y siempre de mucha humillación interior. Por lo cual se juzgaba a sí misma con suma severidad mientras su corazón rebosaba bondad y dulzura para los demás[270].

---

[264] Akten, p. 55.
[265] Positio, tomo II, Summarium, parte 1, p. 16.
[266] Sch, tomo I, p. 25.
[267] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1396.
[268] Sch, tomo I, p. 92.
[269] Sch, tomo I, p. 68.
[270] Sch, tomo I, p. 67.

Catalina le había pedido a Dios que la preservara de todo pecado y que le diese a conocer y cumplir siempre su santa voluntad. Dios escuchó su oración. La hizo acompañar paso a paso para protegerla e iluminarla por su ángel en su largo viaje de una vida de trabajos, combates y sufrimientos. Él le enseñó cómo afrontar los peligros, soportar los sufrimientos y luchar en los combates. También el ángel le mostraba por adelantado en visiones o símbolos... sus sufrimientos próximos o lejanos, a fin de que pidiera fuerzas para soportarlos. También le mostraba cualquier acontecimiento importante o encuentro con personas... para que ella se comportara de acuerdo a ellos. Y recibía avisos precisos sobre la manera de comportarse. Y, si era necesario, el ángel le decía los términos en los que se debía expresar. Esta solicitud del ángel se extendía a todos los objetos, trabajos y asuntos de que ella debía ocuparse[271].

Cuando trabajaba de costurera, *sus manos eran como dirigidas por su ángel con firmeza y seguridad. Al principio se acercaba con temor a la mesa de la costura, porque sabía que no podría librarse de las imágenes que arrebataban su espíritu y no quería llamar la atención. Pero sus súplicas en demanda de auxilio fueron escuchadas y el ángel puso en su boca las palabras que había de responder, cuando era inesperadamente interrogada, y gobernaba sus manos para que la labor no se le cayese de ellas*[272].

Una noche fue en bilocación a una gran iglesia y vio al Santísimo Sacramento rodeado de ángeles. Y ella relata: *Vi la figura resplandeciente del niño Dios… Pasé casi toda la noche acompañada de mi ángel delante del Santísimo Sacramento*[273].

Su ángel la llevaba muchas veces en viajes alrededor del mundo para ayudar a la gente. Ella misma asegura: *El ángel me llama y me guía, ya a un lugar, ya a otro. Con frecuencia voy en su compañía. Me conduce a donde hay personas a quienes conozco o he visto alguna vez, y otras veces a donde hay otras a quienes no conozco. Me lleva sobre el mar, con la rapidez del pensamiento, y entonces veo muy lejos, muy lejos. Él fue quien me llevó a la prisión donde estaba la reina de Francia.*

Cuando se acerca a mí para acompañarme a alguna parte, la mayoría de las veces veo un resplandor y después surge de repente su figura de la oscuridad de la noche, como un fuego artificial que súbitamente se enciende. Mientras

---

[271] Sch, tomo I, p. 91.
[272] Sch, tomo I, p. 112.
[273] Sch, tomo II, p. 430.

viajamos es de noche por encima de nosotros. Vamos desde aquí, a través de comarcas conocidas, a otras cada vez más lejanas, y yo creo haber recorrido distancias extraordinarias; ya vamos sobre calles o caminos rectos, ya torcemos en campos, montañas, ríos y mares. Tengo que andar a pie todos los caminos y trepar muchas veces escarpadas montañas; las rodillas me flaquean doloridas, y los pies me arden, pues siempre voy descalza.

Mi guía vuela, unas veces delante de mí, y otras a mi lado, siempre muy silencioso y reposado; y acompaña sus breves respuestas con algún movimiento de la mano o con alguna inclinación de cabeza. Es brillante y transparente, bien severo o bien amable. Sus cabellos son lisos, sueltos y despiden reflejos; lleva la cabeza descubierta y viste un traje largo y resplandeciente como el oro. Hablo confiadamente con él, pero nunca puedo verle el rostro, pues estoy humillada en su presencia. El me da instrucciones, y yo me avergüenzo de preguntarle muchas cosas, pues me lo impide la alegría celestial que experimento cuando estoy en su compañía. Siempre es muy parco en sus palabras. También le veo estando despierta. Cuando hago oración por otros, y él no está conmigo, le invoco para que vaya con el ángel de ellos. Si está conmigo, digo muchas veces: "Ahora me quedaré sola aquí; ve tú allá y consuela a esas gentes"; y luego le veo desaparecer[274].

También el ángel hacía de médico y enfermero, asignándole remedios celestiales para su curación. Ella misma asegura: *Los remedios los recibía de mi ángel y también de mi celestial esposo, de María y de los santos. Los recibía, ya en brillantes botellitas, ya en forma de flores, capullos y hierbas. A la cabecera de mi lecho había una repisa de madera donde hallaba yo aquellas admirables medicinas. Muchas veces los manojos de hierbas olorosas y delicadas estaban junto a mi cama o los tenía yo misma en la mano, cuando volvía en mí. Yo tocaba las tiernas y verdes hojas y sabía cómo habían de aplicarse. Con su buen olor me confortaban o comía de ellas o las ponía en agua y bebía. Siempre notaba alivio y estuve curada el tiempo necesario para ejecutar algún trabajo… Muchos de estos remedios podía poseerlos largo tiempo y, aun darlos a otros, para que se curasen. Todos estos dones son hechos reales que ciertamente sucedieron, pero el modo como en mí sucedieron no lo puedo explicar. Fueron cosa cierta y como tal los tomaba… También he recibido semejante don del santo patrón de mi Orden, en el día de su fiesta... Se me apareció san Agustín y me dio una piedra brillante y transparente en forma de haba, en la cual sobresalía a manera de grano de trigo un corazón con una cruz… Cuando*

[274] S. pp. 75-76.

desperté (del éxtasis) *me vi con esta piedrecita en la mano. La puse en un vaso con agua y bebí a menudo de ella y me vi curada*[275].

Otro día recibí de mi ángel un frasco lleno de bálsamo. Era un licor blanquecino, semejante a un aceite espeso. Me serví de él en una grave herida que me hizo un canasto lleno de ropa blanca mojada que cayó sobre mí, y pude también curar con ese bálsamo a otros pobres enfermos. El frasco tenía forma de pera con cuello delgado y alargado. Su tamaño era como el de una botellita o frasco de perfumes. Era de una materia muy transparente y lo tuve mucho tiempo en mi armario.

En otra época recibí pequeñas porciones de un alimento muy dulce al paladar, del cual comí durante bastante tiempo y del cual daba a los pobres para curarlos. Habiéndolo hallado la Superiora, me reprendió, pues yo no pude decir de dónde lo había recibido[276].

4. AMOR A LA IGLESIA

Ana Catalina amaba a la Iglesia católica como la única Iglesia fundada por Cristo. Por eso sufría cuando veía a sacerdotes que celebraban la misa por rutina o en pecado. Ella amaba a los sacerdotes y rezaba por ellos, pidiendo siempre su bendición, que para ella era un alivio en sus dolores.

Un día Brentano le dijo que para él la Iglesia era la Comunidad de todos los hijos de Dios sin distinción de denominaciones, pero ella inmediatamente lo refutó y dijo: *Sólo hay una Iglesia, la Iglesia católica. Aunque no hubiera en la tierra sino un solo católico, ése sería la Iglesia única y universal... Pero muchos sacerdotes no saben lo que son, muchos fieles desconocen su propio carácter e ignoran lo que es la Iglesia de la que forman parte. Ninguna potestad humana puede destruir la Iglesia. Mientras quede en la tierra un solo sacerdote debidamente consagrado, vivirá Jesucristo como Dios y como hombre en la Iglesia en el Santísimo Sacramento del altar; y el que, habiendo sido absuelto de sus pecados por el sacerdote, reciba este sacramento, estará verdaderamente perdonado y unido a Dios*[277].

Ana Catalina le dijo a Brentano: *Mi guía espiritual me ha reprendido por haberme excedido en alabar a los cristianos no católicos que son piadosos. Me*

[275] Sch, tomo I, pp. 218-220.
[276] Sch, tomo I, p. 22.
[277] Sch, tomo I, pp. 527-528.

dijo si no sabía quién era y a quién pertenecía. Y recalcó que soy una religiosa consagrada a Dios y a la Iglesia, ligada por santos votos; que debo alabar a Dios y a la Iglesia, orando llena de compasión por los infieles; que debería saber mejor lo que es la Iglesia, que es su Cuerpo místico, pero a los que se han desprendido de su Cuerpo y le han causado profundas heridas, a ellos debo compadecerlos y pedir a Dios que se conviertan, ya que alabando a estos desobedientes me hacía partícipe de su culpa; que esa alabanza no era caridad, porque con ella se enfría el verdadero celo por la salvación de las almas.

Verdad es que entre ellos hay muchos buenos, de los cuales me compadezco, pero veo que llevan el sello de su origen: están separados de la Iglesia y divididos entre sí.

Cuando brota en ellos alguna devoción, se levanta al mismo tiempo en sus almas un sentimiento de arrogancia y desvío de su madre Iglesia. Quieren ser piadosos, pero no quieren ser católicos.

Por esta razón, aun entre los mejores, veo algo defectuoso, veo juicio propio, dureza y orgullo. Sólo van por buen camino los infieles que, no conociendo a la única Iglesia santificadora, viven tan piadosamente como pueden… Cuando en mis visiones veía herejes bautizados que se unían con la Iglesia, me parecía verlos salir de entre los muros de la iglesia y aparecer en el altar ante el Santísimo Sacramento. Mientras lo no bautizados, los judíos, turcos o paganos, que se convierten, los veía entrar por la puerta del templo[278].

Ana Catalina vivía su fe católica en plenitud, especialmente en el amor a Jesús vivo y presente en la Eucaristía, amaba a María como Madre y a todos los santos como hermanos. De muchos de ellos conocía su vida hasta los más mínimos detalles, especialmente cuando le presentaban sus reliquias. Y ella sufría y se ofrecía víctima por la Iglesia, por el Papa y hasta por el último pecador para que todos pudieran salvarse y santificarse, cumpliendo la voluntad de Dios.

Es interesante observar la familiaridad que tenía con los santos, a quienes invocaba muy especialmente en el momento de recibir a Jesús en la comunión, para que le acompañaran en su acción de gracias.

Ella misma dice: *Conozco con mayor viveza que la luz del día que todos nosotros vivimos en la comunión de los santos y constante relación con ellos*[279].

---

[278] Sch, tomo I, pp. 532-533.
[279] Ana Catalina Emmerick, *Visiones y revelaciones*, tomo 3, Ed. Guadalupe, México, 1944, p. 311.

Frecuentemente tenía apariciones de algunos santos, especialmente de san Agustín, de santa Rita y santa Clara de Montefalco, religiosas de la Orden[280].

Un día vi a san Agustín que estaba a mi lado con todos los ornamentos episcopales, mostrándome mucho afecto. Me hallaba conmovida y muy contenta en su presencia y me acusaba de no haberle honrado especialmente. Pero él me dijo: "Te conozco y eres mi hija". Le pedí que me concediera alivio en mi enfermedad y él me dio un ramillete en el que había una flor azul. Al punto sentí una fuerza y bienestar por todo mi cuerpo[281].

Un día recibió la visita especial de dos santas del cielo. Clara Söntgen lo afirma en el Proceso: *Entré en su celda a primera hora (serían las 7 o las 8 de la mañana) para ver cómo se encontraba, pues estaba muy enferma. Le pregunté quién le había hecho la cama tan pronto y si no le había molestado que la despertaran a una hora tan temprana. Extrañada, me respondió que la Reverenda Madre y yo misma habíamos pasado a cambiarle la ropa de cama y que lo habíamos hecho muy bien, pero que le había sorprendido nuestra diligencia y el hecho de que estuviéramos vestidas de blanco, como en día de fiesta. Pues bien, ni la Reverenda Madre ni yo habíamos entrado en su celda*[282].

Ella se sentía agradecida por el don de la fe cristiana y cuando la visitaba algún protestante, conocía inmediatamente que lo era y le decía: *No somos de la misma fe*. Ella pudo decir: *Ahora comprendo lo que es la Iglesia, la Iglesia es infinitamente más que un conjunto de hombres que piensan de la misma manera; es el cuerpo de Cristo, que, como su cabeza, está esencialmente unido y se comunica constantemente con ella. Ahora conozco el inmenso tesoro de gracias y bienes que la Iglesia tiene de Dios; tesoro que sólo por ella y en ella puede ser recibido*[283].

Es admirable vivir en la tierra este maravilloso dogma de la comunión de los santos, sabiendo que todos los salvados formamos una sola Iglesia en Cristo: la Iglesia militante, purgante y triunfante.

---

[280] S. p. 402.
[281] S. p. 403.
[282] Akten, p. 162.
[283] Sch, tomo I, p. 527.

CAPÍTULO OCTAVO
MÁS ALLA DE LA MUERTE

1. ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Los últimos dos años y medio de su vida vivió en la casa de la hermana del padre Limberg, a donde la trasladaron la noche del 6 al 7 de 1821. Su hermana Drüke dejó de cuidarla y desde entonces la cuidó la señora Wissing. Ana Catalina era muy querida y mucha gente iba a visitarla, especialmente las mamás, para que bendijera a sus hijos y también los niños el día de su primera comunión, pues ella los quería mucho.

Ya desde hacía algunos años sufría de varias enfermedades como vómitos convulsivos, hepatitis, artritis, hidropesía, tos y fiebres continuas… Un problema que le hacía sufrir mucho era el de las escaras en la espalda. No podía ni siquiera volverse de un lado a otro. No podía estar acostada sobre el lado derecho por el dolor de la llaga del costado. Además, tenía los nervios muy sensibles y el ruido de la calle le daba fuertes dolores de cabeza. Algunas veces, cuando estaba mejor, se sentaba en la cama y podía trabajar y coser. Su vida era orar, sufrir y trabajar.

Su última enfermedad fue una tisis pituitosa que terminó en una parálisis de los pulmones. Todo el otoño precedente a su muerte y durante el principio del invierno de aquel año 1824, sufrió también de inflamación de los ojos y todo fue en vano hasta que terminó su tarea para Navidad como había anunciado previamente. (Asumió esta enfermedad por un cardenal que estaba mal de los ojos y le pidió oraciones)[284].

Empeoró gravemente el 27 de enero de 1824. Ese día pidió la unción de los enfermos. Pidió también que llamasen a su antigua Superiora, para que la acompañase cuando le administrasen el sacramento, pues quería morir como religiosa. El doctor Wesener dice en su *"Diario": Por la tarde, encarga a su confesor que haga venir a la madre Hackebram para que esté presente en calidad de Superiora y de representante de su antigua comunidad cuando le administre la extremaunción. Recibe los sacramentos con todo conocimiento, y luego envía a la Superiora y al vicario Niesing a casa del deán Rensing, para que, si en algo le ha ofendido, le pidan perdón en su nombre, asegurándole que*

[284] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, p. 1375.

fue involuntariamente y sin saberlo. Ellos lo hicieron así, pero el deán no se presentó[285]*.*

Pide también a la madre Hackebram que le haga un favor de caridad hacia sus enemigos: *Le rogó que fuera a casa de algunos vecinos de la ciudad que en otro tiempo habían hablado mal de ella, para que les pidiera perdón por si les había escandalizado en alguna ocasión*[286]*.*

También pide que llamen a su hermana Gertrudis (Drüke), que tanto le hizo sufrir, a su sobrina María y a su hermano para despedirse de ellos.

Siguen los días con mucho dolor y gravísimos problemas de salud. El 6 de febrero manda celebrar una misa por su amado padre Lambert

El 9 de febrero dice el padre Limberg: *Hoy antes de amanecer he administrado otra vez a la enferma la comunión. A los dos de la tarde empezaron a notarse las señales de su próxima muerte. Como gimiera a causa de los dolores que padecía en la espalda, quisieron disponerle las almohadas de otra manera; pero ella no lo consintió diciendo: "Pronto se habrá concluido todo; entre tanto permaneceré en la cruz". Lo cual me conmovió extraordinariamente. Le di la absolución general y recé las oraciones de los moribundos. Cuando las hube terminado, me tomó la mano, me la estrechó entre las suyas, me dio las gracias y se despidió de mí.*

Pasado algún tiempo, entró su hermana y le pidió perdón. Ana Catalina se volvió hacia ella, la miró fijamente y me preguntó: "¿Qué dice?". –"Pide perdón", le respondí. A lo cual contestó ella: "Nadie hay en la tierra a quien yo no haya perdonado". Y más tarde: "Creo que no puedo morir, porque muchas personas piadosas juzgan erróneamente bien de mí. Diga Ud., pues, a todo el mundo que soy una gran pecadora". Como quisiera yo consolarla otra vez, añadió ella con energía y como protestando: "¡Ojala pudiera declarar en voz alta para que todos los hombres me oyeran, que soy una miserable pecadora! Después se quedó más tranquila. Entre tanto había venido el vicario Hilgenberg y había empezado a orar junto a ella. Este anciano sacerdote permaneció de rodillas delante del lecho, orando por espacio de una hora.

A eso de las cinco y media llegó el Peregrino *a la habitación de la moribunda, en el momento en que el confesor decía: "Esto toca a su fin". Se hallaban en la estancia la hermana, el hermano y la sobrina de la moribunda, el*

---

[285] Tagebuch Wesener, p. 565.
[286] Ibídem.

vicario Hilgenberg, la hermana del confesor y la dueña de la casa anterior, la señora de Clemente Limberg. Todos estaban de rodillas en oración. Las puertas de la antealcoba de la enferma estaban abiertas para que ella respirara más fácilmente. Ya habían encendido el cirio de la agonía. Estaba la enferma reclinada en su cama, y su respiración era muy rápida. Su rostro tenía una expresión muy grave y profunda. Sus ojos elevados miraban al crucifijo.

Pasado un momento, sacó la mano derecha de debajo de las ropas del lecho y la puso sobre ellas. El confesor la consolaba dándole a menudo a besar la cruz. Ella buscaba con los labios los pies del crucifijo, y con gran humildad los retenía entre los labios, sin tocar la cabeza ni el pecho. Entonces pareció que quería comunicar alguna cosa al confesor. Hasta el fin le fue obediente, contestándole siempre que él le preguntaba. Se salieron todos de la estancia. Aquélla fue la última vez que la vio con vida el Peregrino. *Cuando volvió a la habitación inmediata donde los otros se hallaban sentados o de rodillas en oración, estaban dando las ocho. El confesor manifestó que la moribunda, después de haberse acusado de alguna cosa insignificante, había dicho: "Ahora estoy tan tranquila y experimento tal confianza como si nunca hubiera pecado". Y besó otra vez la cruz. El confesor rezó las preces de los agonizantes. Ella suspiraba diciendo muchas veces: "¡Ayúdame, Señor; ayúdame, Jesús!". Le puso el confesor en la mano derecha la vela de la agonía y tocó una campanilla de Loreto según era antigua costumbre en el convento de Agnetenberg siempre que expiraba alguna religiosa, y dijo: "Ya se muere". Eran las ocho y media.*

El Peregrino *se acercó a su lecho; estaba inclinada hacia el lado izquierdo, con la cabeza caída sobre el pecho y la mano derecha sobre las ropas del lecho. Su alma pura fue al encuentro del esposo celestial, para cantar eternamente el himno nuevo en el coro de las vírgenes que siguen siempre al esposo a dondequiera que Él va*[287].

Y afirma Brentano: *Una buena señora, que preparó su cuerpo para la sepultura el día 11, me contó: "Sus pies estaban cruzados como están los pies en la imagen de un crucifijo. Las cicatrices* (de las llagas) *estaban más rojas que de ordinario. Cuando levantaron su cabeza, salió sangre de la nariz y de la boca. Todos sus miembros conservaron su flexibilidad hasta en el ataúd"*[288]. Fue enterrada el día 13 de febrero y sus funerales fueron apoteósicos.

El vicario Hilgenberg escribió en una carta a Clara Söntgen en febrero de 1824: *A pesar de que la bienaventurada había pedido que sus exequias se*

[287] Sch, tomo III, pp. 574-576.
[288] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, pp. 1431-1432.

celebraran sin pompa alguna, la concurrencia de los fieles fue tan grande que nadie recuerda haber visto antes una multitud semejante, que llenaba la iglesia como en la misa del domingo. Todos estaban profundamente emocionados y todavía lamentan su muerte. Alegraos de tener en el cielo una amiga más que intercede por vosotros, y que tanto os amó durante su vida[289].

Muchos años después, uno de los asistentes declarará en el proceso informativo diocesano: *Yo asistí a las exequias de la sierva de Dios. Jamás he visto un entierro semejante, ni siquiera los de miembros de la familia ducal. Una inmensa multitud había formado una hilera (al paso del cortejo), desde la casa mortuoria hasta la puerta de la ciudad, y las personas que seguían el ataúd eran muy numerosas; personas de todas las condiciones, ricas y pobres, clérigos y laicos, habían venido de Dülmen y sus alrededores para encontrarse en un último homenaje a la difunta*[290].

2. EXUMACIONES

La misma tarde del día 13 de febrero, en que fue enterrada, vino un hombre rico a la casa del cura del pueblo y le pidió el cuerpo de la difunta a cambio de mucho dinero por cuenta de un médico holandés. La proposición fue desechada, pero parece que corrió la voz en el pueblo de que habían robado el cadáver y los habitantes fueron al cementerio a ver si habían profanado su sepultura[291].

Cinco semanas después, seguían hablando del robo del cuerpo y Luise Hensel, su gran amiga, decidió comprobar la realidad. Acompañada del vicario Niesing, del sepulturero y del calderero Meiners, fueron al cementerio entre la una y las tres de la madrugada.

Luise Hensel refiere: *La luna, oculta hasta entonces detrás de unos nubarrones, salió en aquel momento y resplandeció con todo su brillo; estaba en lo más alto del cielo, casi llena. Entonces vi entera a aquella persona querida, emocionante, sin huellas de descomposición, allí, delante de mí, como si durmiera. Desgraciadamente, estaba estrechamente envuelta en una sábana y vendada como un bebé. Su rostro conservaba las huellas de los padecimientos que había tenido hasta se quedó dormida para siempre, o, más exactamente, eran las huellas de un luchador agotado; su expresión no era en absoluto*

[289] Akten, p. 183.
[290] Proceso ordinario, fol 40 v.
[291] Positio, tomo III, Summarium, parte 2, pp. 1431-1432.

sombría, solo dolorida y fatigada… Le besé la frente, que estaba algo húmeda, probablemente a causa de la tumba. No se notaba el olor de la muerte, a pesar de que descansaba en la tierra desde hacía seis semanas... Con las dos manos, levanté la cabeza querida, con objeto de que el vicario Niesing deslizara debajo la placa de plomo. El cuello estaba completamente flexible[292].

Luise Hensel aseguró con claridad que *no había ni rastro de mal olor, a pesar del tiempo transcurrido y a pesar de haber hecho un tiempo lluvioso*[293].

A los dos días, en la noche del 21 al 22 de marzo de ese año 1824, las autoridades civiles, alertadas al saber que alguien había abierto la tumba, hicieron una exhumación oficial para comprobar si habían robado su cuerpo. Esta nueva exhumación fue ordenada por el presidente Wincke al burgomaestre Möllmann, y fue hecha en presencia de siete testigos. También encontraron el cuerpo incorrupto y sin mal olor.

La tercera exhumación tuvo lugar el 6 de octubre de 1858 con autorización del obispo para erigir sobre su tumba una cruz gótica de piedra, regalo de las damas de la nobleza romana Odescalchi y Del Drago. Encontraron solamente su esqueleto. El ataúd estaba totalmente destruido por la humedad. Los huesos fueron colocados en un ataúd nuevo, y se construyó una nueva sepultura de ladrillos, que fue bendecida. Al pie de la cruz, pusieron esta inscripción: *Ana Catalina Emmerick, de la Orden de san Agustín. Nacida el 8 de setiembre de 1774. Murió el 9 de febrero de 1824. Los fieles de Roma edificaron este monumento en 1858.*

Junto a su tumba estaban ya enterrados los cuerpos de su confesor padre Limberg, muerto el 23 de abril de 1854; del vicario Niesing, muerto el 30 de junio de 1854; un poco más lejos, la del doctor Wesener, muerto el 6 de marzo de 1832; y a la izquierda de Ana Catalina, la del deán Rensing.

En 1936 se decidió construir una segunda iglesia en Dülmen, a las puertas de la ciudad, en el terreno del cementerio. Las tumbas que se encontraban en el lugar escogido para construir la iglesia fueron desenterradas y los restos transferidos al cementerio de Mühlenweg. La tumba de Ana Catalina quedó intacta. La nueva iglesia debía servir de monumento funerario para Ana Catalina. Cuando en 1945 casi toda la ciudad fue destruida por los bombardeos, la tumba de Ana Catalina quedó indemne, aunque la iglesia quedó casi totalmente destruida. A principios de los años sesenta, se colocó una cruz de madera a

[292] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 362.
[293] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 363.

imitación de la cruz de Koesfeld. La tumba de Ana Catalina, a la sombra de la nueva iglesia reconstruida, es un lugar de peregrinación y de oración para muchos fieles católicos. En 1975 los restos de Ana Catalina se colocaron en la cripta de la iglesia de la Santa Cruz para que sirviera, como en principio había sido diseñado, como monumento funerario para ella.

Su tumba se abrió el 7 de febrero de 1975 y, después de ser limpiados sus huesos, fueron colocados en un ataúd de zinc, revestido por dentro con seda blanca, y se colocó una placa de plomo con la inscripción: *Ana Catalina Emmerick muerta el 9 febrero de 1824.*

Sobre el ataúd se colocó el epitafio:

Anna Katharina Emmerick
8 september 1774 - 9 februar 1824
Umgebettet am 7 februar 1975 durch
Bischof Heinrich Tenhumberg
(trasladada por el obispo H. Tenhumberg el 7 de febrero de 1975).

3. PROCESO DE CANONIZACIÓN

Después de su muerte la gente acudía a su tumba en demanda de ayuda. Y muchos hablaban de haber sido curados por su intercesión.

Sofía Heitkamp certifica en el Proceso: *Sor Martina, del convento de las Hermanas franciscanas, hace unos ocho años me contó que sufría un mal incurable a la laringe y que sólo le habían dado 15 días de vida. Hizo una novena con confianza a Ana Catalina, se aplicó a la garganta una reliquia suya y se sintió curada, pudiendo volver a trabajar inmediatamente*[294].

Cincuenta años después de su muerte, el vicario de Dülmen dio el siguiente testimonio: *Estoy en condiciones de afirmar, después de 20 años de experiencia en Dülmen, que en general las gentes de la localidad están convencidas de que Emmerick ha ayudado a sus devotos de modo maravilloso en numerosos casos de enfermedad y en otras necesidades. Y lo mismo en cuanto se refiere a los alrededores de Dülmen. Nunca he oído hablar en contra de esta opinión muy extendida entre el pueblo, que la honra e invoca como a una santa. Muchos tienen la costumbre de dirigirse a ella como a su protectora en las oraciones de la noche y de la mañana. Cuando se trata de enfermedades, los*

[294] Positio, tomo II, Summarium, parte 1, p. 81.

fieles piden reliquias y, en el caso de necesidades personales, los habitantes de Dülmen visitan su tumba confiando en su intercesión. Y son muchos los extranjeros que vienen con la misma confianza[295].

Debido a la fama de santidad que ostentaba, a los pocos años de su muerte se pensó seriamente en comenzar su Proceso de canonización, pero debido a la persecución de que eran objeto los católicos de la región de Westfalia (donde está el obispado de Münster), que desde 1815 pertenecía al Gobierno protestante de Prusia, no fue fácil hacer los trámites. El Proceso se comenzó en 1892, debido a la iniciativa del padre Pius Keller, provincial de los agustinos alemanes. Fueron consultados 131 testigos. En 1899 se terminó el Proceso y sus actas fueron enviadas a Roma. Los originales quedaron en Münster y se incendiaron durante la guerra en 1945.

En 1973, e1 obispo de Münster pidió que el proceso de beatificación fuese reabierto. Se pidieron otros estudios sobre los escritos. Las visiones habían sido descartadas del Proceso en 1927. En 1979, sesenta obispos alemanes dirigieron una petición al Papa Juan Pablo II para que el proceso siguiera su curso. Y después de más estudios, por fin fue aprobado el Proceso. El 24 de abril del 2001 se le concedió el título de Venerable, declarando la heroicidad de sus virtudes. El 7 de julio del 2001, por otro decreto, se reconoció el carácter milagroso de una curación atribuida a su intercesión. Fue beatificada en la basílica del Vaticano por el Papa Juan Pablo II el día 3 de Octubre de 2004.

---

[295] Positio, tomo I, Informatio super virtutibus, p. 221.

REFLEXIONES

En la vida de Ana Catalina podemos apreciar una inmensa capacidad de sacrificio y de amor al prójimo, hasta el punto de ofrecerse a sufrir en lugar de otros. Toda su vida fue una entrega total a la voluntad de Dios, que le pedía sufrimientos para salvar a los pecadores y a las almas del purgatorio y así reparar por tantos pecados que se cometen en el mundo. Su radio de acción no fue solo su ciudad, sino el mundo entero.

Es tan extraordinaro el don de bilocación de que estaba dotada que difícilmente puede encontrarse en la historia de la Iglesia un santo que lo tuviese de forma tan clara y habitual. Durante mucho tiempo viajaba en espíritu casi todos los días por la noche, acompañada de su guía espiritual, que muchas veces era su ángel custodio, y se iba, como ella misma refiere, hasta los más recónditos lugares del planeta. En sus viajes ayudaba a cuantos encontraba en necesidad, librándolos de peligros de muerte y de las asechanzas del demonio. Corregía a los pecadores y aconsejaba a todos.

Tuvo también de modo extraordinario, como nadie hasta ahora, el don de la hierognosis o conocimiento de lo sagrado. Ella podía distinguir la hostia consagrada de la que no lo era, un sacerdote ordenado del que no lo era, la bendición de un sacerdote de la de un seglar, el agua bendita del agua corriente, al igual que las reliquias verdaderas de las falsas.

Además tuvo el don de la inedia, al menos durante tres años continuos (1813-1816), como prueba de que vivía por puro milagro de Dios. Su conocimiento de las reliquias de los santos la llevaban a conocer también la vida de los santos de quienes eran las reliquias. Su unión con los santos del cielo fue tan estrecha que los sentía cercanos y a muchos los veía junto a sí. Todos los santos eran sus amigos. *Y cada día invocaba y era ayudada de modo especial por el santo del día*[296].

Padeció muchas enfermedades, y todas las sufría con paciencia y amor por los demás. Un día le dijo a Luise Hensel: "*Si los ángeles pudieran tener envidia, nos envidiarían por nuestra capacidad de sufrir". Ella tenía sed de sufrimientos y tomaba sobre sí todos los sufrimientos de aquellos por quienes quería sufrir y esto lo consideraba como un dulce botín*[297].

---

[296] Sch, tomo III, p. 541.
[297] Positio, tomo I, Summarium additivum, p. 358.

Algo también digno de anotarse fue su relación familiar con su ángel custodio, su amigo del alma, con quien vivía continuamente y a quien acudía en todas sus necesidades.

Además, amaba mucho a la Iglesia católica, por ser la única verdadera, y oraba continuamente por los sacerdotes. Vivía la fe católica en plenitud. Su vida es una imagen viva de lo que es la Iglesia católica y una clara demostración de que la Iglesia católica es la Iglesia fundada por Jesús.

Dos famosos convertidos, Jacques y Raïssa Maritain, pudieron decir: *Las revelaciones de Ana Catalina nos dan una imagen densa del catolicismo y, no obstante, viva y familiar. Nos enseñan muchas cosas innumerables a nosotros que ignorábamos todas, sobre la historia, los dogmas, la liturgia o la mística católica… Nuestra ignorancia tenía una gran necesidad del apoyo de las imágenes de esa especie de retrato de la Iglesia, trazado en las cuatro dimensiones*[298].

Por todo ello, nosotros podemos concluir este librito de su vida, diciendo: A través de su vida hemos contemplado le esencia de la Iglesia católica. Hemos visto como en un cristal transparente las maravillas de nuestra fe, de sus dogmas, de su doctrina y de sus sacramentos. Ana Catalina ha sido el instrumento de Dios para conducirnos de modo fácil y suave a comprender y recibir las inmensas bendiciones que la Iglesia católica tiene para nosotros y que nos expone a nuestra consideración. ¿Hasta cuándo dejaremos de ser católicos de segunda categoría? ¿Cuándo aprovecharemos al máximo las bendiciones de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, de la presencia maternal de María, de la amistad e intercesión de los santos, de la ayuda de nuestro ángel custodio, de las bendiciones sacerdotales, de las reliquias de los santos, del agua bendita y, especialmente, de la confesión y de la comunión?

El Señor quiere que seamos católicos de verdad y que seamos capaces de compartir nuestra fe con la alegría de sentirnos orgullosos de ser católicos y de vivir en la verdad que Jesús nos entregó por medio de la Iglesia.

---

[298] Raïssa Maritain, *Les Grandes Amitiés*, Seuil, Paris, 1956, pp. 158-159.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído esta maravillosa historia de fe, que es la vida de Ana Catalina Emmerick, podemos dar gracias a Dios por el regalo de nuestra fe católica, que hemos recibido sin merecerla.

La Iglesia es una institución humana y divina. Existen malos sacerdotes, hay escándalos de malos católicos, pero por encima de las bajezas humanas, la Iglesia siempre brillará con la presencia de los santos. Para saber cómo es la iglesia, debemos mirar la vida de los santos, que vivieron la fe católica en plenitud.

No nos avergoncemos de ser católicos, sintámonos orgullosos de nuestra fe para poder compartirla sin descanso con los demás. En el mundo hay demasiadas personas que viven tristes y confundidas, y que necesitan la luz de Jesucristo. Vayamos a ellas en su Nombre para hablarles de la bondad de Jesús y de tantos tesoros que nos ha dejado en nuestra Iglesia católica.

Que la vida de Ana Catalina sea para nosotros una guía y un estímulo para seguir sus pasos en la medida de lo posible y aspirar a la santidad. Dios quiere que todos y cada uno de nosotros seamos santos. ¿Alguna vez has pensado en serio en aspirar a la santidad? Todavía estás a tiempo; mientras hay vida, hay esperanza.

Que seas santo. Ése es mi mejor deseo para ti. Recuerda que Jesús Eucaristía te espera todos los días, que María, como buena madre, vela por ti; y que un ángel bueno te acompaña.

Que Dios te bendiga. Saludos de mi ángel y saludos a tu ángel.
Tu hermano y amigo para siempre desde Perú.

P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)4615894

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Adam Joseph Clemens Brentano, *Emmerick Erlebnis*, Herder, Freiburg, 1956.

Akten der Kirlichen Untersuchung über die stigmatisierte augustinerin Anna Katharina Emmerick, Würzburg, 1929 (Actas de la encuesta eclesiástica de junio de 1813, ordenada par Mons. Von Droste zu Vischering, vicario general de Münster).

Akten der staatlichen Untersuchungskommission von August 1819 im Staatsarchiv Münster (Actas de la investigación estatal de 1819 del archivo estatal de Münster).

Bouflet Joachim, *Ana Catalina Emmerick*, Ed. Palabra, Madrid, 2005.

Das bittere Leiden unseres Herrn Jesus Christus (La Dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo), Christiana Verlag, Stein am Rhein, 1996.

Das Deben der heiligen Jungfrau Maria (La vida de la santa Virgen María), Christiana Verlag, 1992.

Emmerick Ana Catalina, *Autobiografía*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 2004.

Emmerick Ana Catalina, *Visiones y revelaciones*, 3 tomos, Ed. Guadalupe, México, 1944.

Giovetti Paola, *La monaca e il poeta*, Ed. san Paolo, 2000.

Le rivelazioni di Anna Caterina Emmerick, 2 vol., 1960 y 1968; también en 1990.

Le visioni sulla Chiesa celeste e terrena, le povere anime del purgatorio, gli angeli custodi e la comunione dei santi, Cantagalli, 1995.

Positio super virtutibus, 3 volumenes, Roma, Tipografia Guerra ,1992.

Schmoeger, *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick*, Santander, 1979.

Schmoeger Carlos, *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick*, Ed. Sol de Fátima, Madrid, 1999.

Schmoeger Carlos, *Vie D´Anne Catherine Emmerich*, 3 volúmenes, Paris, Librairie Tequi, 1950.

Schmoeger Karl, *Das Leben der gottseligen Anna Katharina Emmerick*, Ed. Herder, Freiburg, 1867-1870, en 3 tomos.

Schmoeger K., *Life of Anna Catherine Emmerick*, Fresno, California, 1956, 2 vol.

Schmoeger K., *Vita della serva di Dio Anna Caterina Emmerick*, Ed. Marietti, Torino, 1869-1871, 3 vol.

Tagebuch Dr. Med. Franz Wilhelm Wesener über die Augustinerin Anna Katharina Emmerick, Pattloch Verlag, 1973 (Diario del médico Wesener sobre la agustina Ana Catalina Emmerick).

Wegener Thomas, *Anna Katherina Emmerick*, Christiana Verlag, Stein am Rhein, 1990.